

LA DESHEREDADA



LA REINA
DEL
HIGHLANDER



A. R. CID

LA DESHEREDADA

LA REINA

DEL

HIGHLANDER



A. R. CID

Título —La desheredada: La reina del highlander

© 2019 por A. R. Cid

Diseño de cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

Agradecimientos

Este libro va dedicado a todos los que han sufrido, pero siguen en pie, a mi familia y a mis lectoras incansables.

Gracias por estar siempre ahí. Os quiero mucho.

Sinopsis

Me acusaron de traición cuando no era más que una niña, me culparon por las decisiones de mi padre y con crueldad trataron de acabar conmigo. El clan MacLeod me atacó sin piedad, quisieron arrebatar-me mucho más que la vida... Por suerte logré escapar.

Quiso el destino poner, cuatro años después, a su laird a mis pies. Desangrándose, perfecto para hundir mi cuchillo en su pecho, no pude... Lo arrastré a mi cueva y lo curé. Y con él volvió el pasado, las pesadillas, el dolor.

Lo peor fue descubrir que aquel hombre no me era indiferente. Al tiempo que la guerra se desataba en sus tierras, nos vimos inmersos en una batalla muy diferente.

Cuanto más cedía a la tentación más odio albergaba mi corazón, fue por eso por lo que decidí pelear, no por ideales, sino en un vano intento de salvar a todos cuantos pudiera. ¿Y si el monstruo de mis pesadillas no fuera como había imaginado?

Mi madre lo coronó, mi padre trató de acabar con él. El rey, al que Tormod juró lealtad, me había condenado a ser una desheredada. ¿Qué haría yo con el destino que me había tocado vivir?

Mi cuerpo lo necesita, mi alma clama por él. Tormod MacLeod me pertenece, es hora de que él se postre ante mí.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

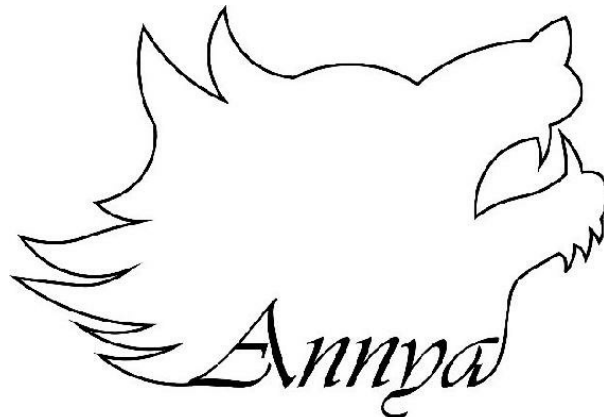
[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

Epílogo

2 años más tarde

Capítulo 1



*E*ntre las gotas de lluvia, que golpeaban con fuerza las hojas de los árboles y creaban a mi alrededor un sonido que siempre me ha encantado, podía distinguir algo más. Un murmullo, apenas perceptible, pero capaz de ponerme la piel de gallina.

Miré hacia las nubes deseando que grandes rayos hicieran su aparición, o incluso la nieve, que tanto llegué a odiar en el pasado, también me servía. Haría cualquier cosa para evitar que alguien me encontrara, sobre todo si era un hombre.

Mis dedos acariciaron la quemadura de mi hombro, temblorosos, sintiendo como aquel escalofrío, que acompañaba siempre a los escabrosos recuerdos que me asolaban, hacía acto de aparición sin que pudiera evitarlo.

Prefería la soledad de aquella cueva, el frío, el hambre en ocasiones. Prefería soñar y hablar con los animales, había aprendido a fundirme con aquella montaña, a vivir de ella, agradeciéndole que me hubiera salvado cuando más necesité ayuda.

Recordaba aquella tarde como si fuera hoy, aunque cuatro largos años me separaban de aquella muchacha herida que corría por salvar su vida.

A cada paso que daba podía sentir a mis perseguidores cada vez más cerca, el miedo me atenazaba el pecho, el miedo a volver a sentir las manos de aquellos hombres paseándose por mi piel, la certeza de que prefería la muerte a que pudieran concluir lo que trataron de empezar contra mi voluntad.

En algún rincón de mi mente guardaba aquel fatídico día. Odio, era lo único que me quedaba por la gente que habitaba aquellas tierras, colores que antes me definieron y que ahora repudiaba. Yo no fui nada para ellos, no cuando más necesité que me auxiliaran, y yo jamás tendería la mano a un escocés.

La guerra nunca fue cosa de mujeres, y mucho menos de niñas, pensé mientras me escondía detrás de un matorral y apretaba con fuerza el puñal entre mis dedos. Aquella hoja me había

alimentado y vestido, era una extremidad más de mi cuerpo y era diestra en su uso. Llevaba mucho tiempo entrenándome, usando aquella montaña como mi campo de batalla personal, quizás porque temía volver a sentirme indefensa, volver a verme a merced de algún otro hombre que decidiera que era hermosa (entre otra serie de horribles palabras que había tenido que escuchar mientras trataban de forzarme).

Oí los gruñidos de Casineb y me puse en tensión. Sonreí al sentirme arropada, al saber que aquel lobo de negro pelaje lucharía a mi lado hasta nuestro último suspiro. Él era mi familia, una familia que había elegido y la única que me quedaba.

Nos movimos como uno solo, pisaba con cuidado, con el oído alerta avanzaba cortando la lluvia, sin preocuparme de calarme hasta los huesos o de su frío tacto. Estaba lista para morir, sonriendo ante la posibilidad de que todo terminase aquella noche, sintiéndome viva y preguntándome como sería despedirse al fin. ¿Quería desaparecer? Todavía no, sin embargo, prefería vivir siempre como si estuviera lista para partir, yo mejor que nadie sabía que todo puede cambiar en apenas un segundo.

Casineb era la muerte, el odio, el temor. Era, como yo, alguien a quien su propia manada había traicionado, dejándolo herido y abandonado para morir. ¿Qué me hizo salvarlo cuando ni yo misma tenía nada que llevarme a la boca?

Fueron sus ojos, tan diferentes a los míos, pero que reflejaban la misma traición. Luché por ambos, arrastrándome por el fango, recogiendo bichos o restos de animales muertos, todo lo que logré encontrar.

Seguimos rodeando a nuestro enemigo, cercándolo, aprisionándolo incluso antes de que supiera que estábamos ahí.

No se dejan testigos, hacerlo sería como guiar a más ante nosotros, al menos esa era la teoría. ¿Sería capaz de llevarlo a cabo cuando tuviera ante mí a un hombre de carne y hueso?

Lo vi al lado del barranco, arrastrándose despacio, arañando la tierra y gimiendo de dolor. Sus ojos estaban cerrados, la sangre manchaba su abdomen y el pelo negro le caía sobre la cara, dándole un aire maléfico. Viéndolo, recordé las viejas historias, narraciones fantásticas que me relataba Naela cuando el sueño me esquivaba. Una buena mujer, muerta ahora.

Me detuve sin saber cómo actuar, qué hacer ante alguien que a todas luces no representaba un problema. Podría arrastrarlo hasta el pueblo más cercano, por sus ropas sabía perfectamente cuál era su hogar, pero odiaba a todos y cada uno de ellos y no tenía pensado volver allí.

Suspiré dejándome caer sobre la hierba mojada. Casineb me observaba desde detrás de aquel guerrero caído, pude leer en sus ojos la curiosidad, las ansias, el respeto. Esperaba en silencio la llegada de una orden. Sin ser conscientes de ello, habíamos formado nuestra propia manada, una en la que las palabras no eran necesarias, un gesto, incluso un sentimiento, que él podía oler a través de mi piel, era suficiente. Al verlo tan cerca de uno de los hombres de MacLeod supe que no podría seguir sin él, amaba a aquel lobo por encima de todo y haría cualquier cosa por protegerlo.

El hombre trató de levantar el rostro al presentirme cerca, no logró ubicarme y finalmente se rindió. Su cabeza rebotó contra el suelo, el sonido llegó hasta mí y sentí que mi corazón temblaba.

Me acerqué con miedo, temiendo que se tratase de un engaño, alguna argucia pensada para atraparme. Me coloqué a unos centímetros para comprobar que estaba inconsciente y su respiración era muy superficial.

La luna apenas iluminaba nuestro camino, Casineb gruñó a modo de protesta y yo suspiré sin tomar una decisión. Odiaba a todos los que portasen aquellos colores, me odiaba a mí misma solo

con mirarlos.

—Cas, tengo miedo. —Sin embargo, no era capaz. No me veía capaz de hundir mi puñal en su pecho, si al menos me mirase, si dijera algo... Guardé el puñal en mi cinturón y enredé los dedos en el negro pelo de aquel cerdo. Un hombre inmenso, fuerte, un peligro andante. ¿Qué hacía allí? Nadie subía tanto la montaña, todos temían aquel lugar en el que las bestias reinaban. Solo cuando el año era muy malo y el hambre llegaba a la mesa se aventuraban tan lejos, pero eran partidas de caza durante el día, partidas que yo evitaba con facilidad—. ¿Qué debo hacer?

Y Cas acudió a mí. Su gran cabeza acarició mi pierna derecha y me empujó ligeramente. No supe interpretarlo, quizás porque incluso tocar a aquel desconocido me causaba repulsión. Los veía a todos como monstruos, seres del averno cuyo único propósito era hacer daño.

Había refrescado mucho en la última media hora. El aire frío se colaba entre la ropa, mojada de por sí, y empezaba a sentir aquel entumecimiento tan traicionero, no tenía pensado quedarme congelada en aquel lugar.

—Debería acabar con tu sufrimiento. —Lo amenacé sabiendo que no obtendría respuesta. El aire comenzaba a gemir, sonidos que muchos pasan por alto, lamentos o avisos que la madre tierra nos enviaba. Asentí recibiendo aquella orden silenciosa, comprendiendo que era el momento de volver a casa—. Cas, deberemos cuidar de él, por el momento —maticé. Tiré con más fuerza hasta poder ver bien el rostro de aquel hombre. Sus labios finos, su mentón cuadrado, la cicatriz en su mejilla que descendía hasta ocultarse bajo la ropa. Era un guerrero, alguien cuyo destino era combatir y hacer que la sangre corriera. Sus manos no temblaban al empuñar una espada, ni tampoco cuando el acero descendía sobre el cuello de hombres, mujeres o niños.

Cas agarró el brazo de aquel gigante entre sus dientes cuando yo comencé a tirar de él. Pesaba mucho, demasiado, apenas avanzábamos y la lluvia no arreciaba, actuando como un látigo sobre nosotros, golpeándonos, exigiéndonos que desistiéramos.

¿Qué tenía pensado hacer con él? ¿Cómo lograría controlarlo cuando recobrará el sentido? Entre todas aquellas preguntas había otra que sobresalía, una que evitaba, pero que resonaba con fuerza en mi mente. ¿Y si trataba de forzarme o de hacerme volver?

El tiempo allí transcurría de diferente manera. Se estiraba de forma exquisita, o se acortaba con ferocidad cuando el día era agradable. Todo era perfecto a su manera, aunque habría deseado sentir los rayos de sol sobre mi piel, pues la tormenta no hacía más que oscurecer mis augurios.

Llegamos hasta la cueva y lo lancé sobre mi cama. Lo dejé allí y lo até a conciencia, e incluso después de envolver sus muñecas y tobillos seguía mirándolo de reojo, esperando sentir el frío acero de su espada sobre mi cuello.

Nada ocurrió. Encendí el fuego, me despojé de mis ropas y las puse a secar. Bebí, comí, tapé a Casineb con un par de pieles, él seguía inconsciente.

Con el paso de las horas mis ojos volaban con, cada vez más frecuencia, a su abdomen, ahí donde la sangre se concentraba, preguntándome si simplemente no me había sentado a esperar, observando de reojo la muerte de aquel animal de rasgos duros. ¿Era eso? ¿Lo había llevado hasta allí para no mover ni un dedo y disfrutar del espectáculo?

Decidí despojarlo de sus ropas, era lo más lógico. Quizás lavar la herida... No obstante, para hacerlo, era necesario que lo tocara. Me acerqué temiendo despertar al dragón, me quedé observando sus anchos brazos, su pelo negro y la forma en la que arrugaba el ceño. Posiblemente estuviera sufriendo, cada pocos minutos gruñía entre la bruma de la inconsciencia y se quejaba.

Me arrodillé a su lado y tiré de la capa. Fui alejando las prendas en un intento de ver la herida, al percatarme de pronto de que, para llevar a cabo mi primer cometido tendría que liberar

sus brazos, no me sentí capaz de tamaña hazaña.

Busqué la herida y cuando la hallé solo encontré una solución. Apenas sangraba, pero temía una infección o algo peor. Yo solo conocía un método, uno que, por desgracia, había sentido en mis propias carnes, uno que, sin duda, funcionaba.

Acerqué la hoja del puñal a las llamas y esperé pacientemente. Lo miré sonriendo, una sonrisa cruel, sabiendo que lo hacía por ayudarlo no mermaba en absoluto el placer de presentir el dolor que iba a infringirle, pensando en todo momento en los hombres que me habían atacado cuando no era más que una muchacha, temerosa, arrancada de mi hogar a la fuerza, obligada a huir. Puse el rostro de aquel canalla en otro hombre, por un instante me sentí culpable, pero mis pupilas se centraron en el tartán que cubría su hombría y eso me reconfortó.

—No hay bondad en esos colores —me recordé. Apreté la hoja contra la herida y sus ojos se abrieron de golpe. Me miró horrorizado, quiso hablar, no consiguió emitir nada más que un aullido grave, que salió despedido y me hizo saltar hacia atrás—. Quemé la herida —susurré de pronto, sin saber por qué. Hacía cuatro años que no hablaba con otra persona que no fuera la curandera, Nanha, que de vez en cuando visitaba.

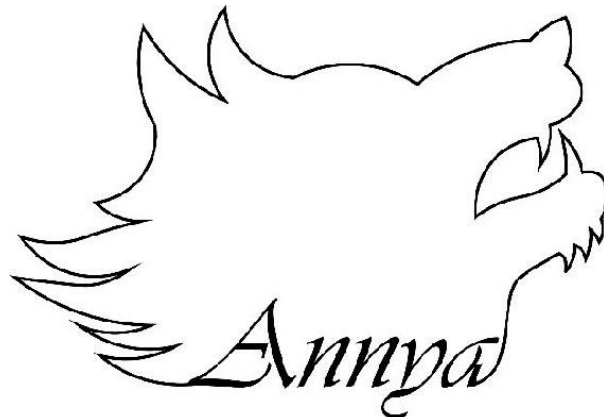
—Bruja —respondió. Había auténtica locura en aquellos ojos negros. Respiraba agitadamente y vi aquel brillo que presagiaba la presencia de la fiebre. Sus ojos luchaban por permanecer abiertos, en ellos vislumbré temor ante el futuro, comprendí que estaba viviendo entre dos mundos. Tenía un pie en ambos, sin decidir el rumbo que debía tomar. Suspiré más tranquila al comprobar que finalmente se dejaba engullir por el mundo de las sombras.

—No debí traerle —me dije. Puede parecer sencillo abandonar a alguien a su suerte, demasiado—. No debí hacerlo. —Cuando el hocico de Casineb acarició mi mejilla supe que estaba llorando. Su lengua comenzó a lamer mi rostro, tratando de borrar la presencia salada de aquellos fantasmas, que oprimían mi pecho y me arrebatában el aire. Incluso tanto tiempo después temía, pues sabía que aquellos que me habían atacado seguían odiándome, que pudieran localizarme, si alguien me descubría no creía poseer las fuerzas suficientes para volver a escapar. Aquel era mi hogar y debía defenderlo—. Cas, no permitas que ocurra nada malo. No me abandones. —Abracé su lomo y su aroma me tranquilizó. Su pelaje era suave. Cas gimió y yo besé su frente—. Lo siento.

Nos tumbamos uno al lado del otro, después de arrastrar al desconocido al lado de la fogata. Era lo máximo que podía hacer. Yo puse distancia como precaución y me acurruqué con Cas, buscando su calor y consuelo. Lo abrazaba con desesperación, sabiendo que tan pronto cerrase los ojos estaría a merced de aquel hombre o de los recuerdos. Hacía mucho tiempo que lidiaba con los fantasmas.

—Abrázame.

Capítulo 2



Con diecinueve años hui de quién era, dejé mi pasado atrás para aprender a sobrevivir. Fue entonces cuando comprendí cuán protegida había estado, lo mimada e insoportable que fui. Cosas que di por sentadas se deshacían entre mis dedos, cuando el hambre, la sed o el frío me azotaron sin compasión ni tregua, por más que intentaba ponerles remedio.

Yo nunca necesité aprender a cazar, buscar agua o hacer fuego. Esas tareas no eran propias de la hija de un laird, yo solo debía saber llevar el castillo y coser. Ahora se me antojaba ridículo tratar de llenar las paredes de aquel sitio de fría piedra o remendar la ropa de alguien que ni siquiera repararía en ello. Sin embargo, en aquel entonces era feliz. Me sentía arropada por Naela y mis padres preferían concedérmelo todo antes que tener que tratar conmigo.

No obstante, incluso en mi antigua vida, nada era perfecto. En todo momento sentía la espada que caería sobre mí en cuando la guerra hubiera terminado, pues estaba prometida desde mucho antes de que hubiera aprendido a hablar, de que hubiera sabido negarme. Mi palabra nunca contó, mi padre tomó las decisiones y yo cargaba con las consecuencias.

Un mundo de hombres, en eso se resumía todo. Un mundo en el que la fuerza ganaba al ingenio, al menos en apariencia.

No obstante, los días siguieron pasando y, de una u otra manera, yo seguía respirando. Tras cinco días caminando hasta que las suelas de mis botas se rompieron, hasta que mis músculos se negaron a moverse, al fin hallé un lugar que me hizo sentir medianamente segura. Allí no había sonidos de personas, ni construcción alguna. Allí se alzaban los árboles y el terreno se convertía en laderas empinadas y rocas que cortaban mucho mejor que cualquier acero. Era el lugar más hermoso que tuve el privilegio de ver nunca.

Primero encontré una cueva, después un riachuelo que discurría pendiente abajo con aguas cristalinas y frías como el hielo. Después aprendí a cazar, pequeñas presas, pero di gracias por todas y cada una de ellas.

Recordaba lo que era quitar una vida, pedía perdón por cada conejo, por cada perdiz. Pedía perdón porque para sobrevivir había necesitado herir a otro ser que no merecía tan funesto destino, no por eso me detuve. Yo me volví fría, eficiente, aprendí equivocándome, las heridas de mi piel lo demostraban.

Aquella noche, en la que el cansancio me venció, tuve otra pesadilla. Fue como ser engullida por un lago oscuro, sentí que el aire escaseaba, que no lograba llenarme los pulmones y me quedaba congelada sin conseguir mover ni un músculo. Sabía que estaba soñando en todo momento, también que estaba muy lejos de mi pueblo, del castillo, de aquellas personas, pero eso no impedía a mi corazón latir desbocado o a mis piernas temblar.

Todo parecía real. El aire frío, los rayos de sol atravesando tímidamente las ventanas para dotar a aquel paisaje de belleza mientras nos destruían, a pesar de que ya nadie se defendía. Habían vencido, lo habían logrado sin perder a nadie por mi culpa. Los gritos de los hombres y mujeres, que antes trabajaban en el castillo, como sonido de fondo. ¿Cómo podía recordar tanto cuando lo que más deseaba era olvidar?

Y conseguí escapar. El jefe de aquellos hombres se acercaba y los cabrones me lanzaron al interior de una de las habitaciones con las manos atadas. Se disponían a violarme, mis ropajes ya estaban rotos y la carne a la vista, uno de ellos ya tenía los pantalones lejos y se tocaba listo para penetrarme, pero el jefe gritaba furioso y prefirieron esperar. Me dejaron allí con la promesa de volver a visitarme, una promesa que fue lanzada entre carcajadas e insultos.

Sus manos habían dejado sobre mi piel una sensación de suciedad, que tuve que apartar del interior de mi cabeza para lograr concentrarme en romper la cuerda que me mantenía atada. El dolor no importó cuando acerqué las manos a la vela y ésta comenzó a quemar mis ataduras, haciendo de paso que la piel de mis muñecas ardiera. Aquel dolor era insoportable, sin embargo, se me antojaba barato si con ello conseguía huir.

Cuando la cuerda cedió finalmente, miré la ventana planteándome seriamente saltar. El suelo estaba lejos, la caída sería mortal, pues no era a la muerte a quien más temía.

—Debo intentarlo al menos —me dije. Solo recogí el puñal de mi padre, fue lo único que acudió a mi mente en aquel preciso instante. Ni siquiera pensé en coger también una capa, no sentí el frío cuando me asomé al exterior preguntándome cómo conseguiría llegar al fondo sin abrirme la cabeza. El dolor de mi hombro era un recordatorio constante que traía ante mí el rostro de Leod MacLeod.

Pero aquellos sitios estaban llenos de sorpresas. Giré sobre mí misma y sonreí conocedora de un gran secreto. Aquel era el dormitorio del laird, el santuario de mi padre, un lugar hecho para que la familia sobreviviera y con una salida que solo el laird conocería.

El tiempo apremiaba, no sabía cuánto tardarían en volver y tampoco creía volver a tener tanta suerte. Moví aquel tapiz y caminé a tientas hasta que lo encontré, una abertura apenas visible, escondida tras una columna de piedra que parecía formar parte de la pared. Avancé a oscuras, sintiendo la humedad y el frío. Temiendo más a los que dejaba en el que había sido mi hogar que a las ratas o criaturas que pudiera albergar aquel estrecho pasadizo.

Oí los alaridos a los lejos, me buscaban. Los hombres gritaban mi nombre, llevados por el ansia de cazar y disfrutar de una presa que ya podían saborear. Las indecencias que aquellos seres pronunciaban hacían que mis rodillas se mecieran al ritmo de un viento inexistente. El aire se volvió espeso y toqué el puñal sintiendo que debía hacerlo, que aquel filo era mi mejor opción.

Ya estaba levantando el arma, lista para terminar con todo, cuando un brillo a lo lejos me

hizo correr. En ningún momento bajé la mano, avanzaba lista para apuñalar al que estuviera al otro lado, no encontré a nadie.

Y seguí corriendo, no podía mirar atrás. Si los oía todavía era porque estaban cerca, ahora conocían mi secreto, el túnel, usarían caballos y yo estaría perdida... Corrí hasta que respirar ardía y un punto en mi vientre amenazaba con doblarme en dos, e incluso entonces seguí adelante. Me arrastraría si fuera necesario, aun sabiendo que apenas lograba mover el brazo derecho volver atrás no era una opción.

¿Cuánto tiempo pasé huyendo? Cinco eternos días, hasta que mi cuerpo cayó casi sin vida al suelo, sin preocuparme por estirar las manos para amortiguar el golpe. Sintiendo que la preocupación, el dolor, el miedo, nada podría hacer mella en mí.

Recordé las últimas palabras de mi nodriza sin mover ni un músculo. No había lágrimas, tristeza, pena en mi interior, solo el cansancio y la apatía.

—Es solo una niña. Ella no tiene la culpa de que su padre... —Me miraba al tiempo que, a su manera, trataba de defenderme. Se interponía entre aquellos hombres y yo. Con los brazos abiertos quiso mantenerlos lejos, presintiendo las intenciones de aquellos seres. Ellos no estaban interesados en una vieja, al menos eso dijeron mientras, entre risas, hundían la espada en el corazón de mi Naela. Quise gritar, correr a sus brazos, no lo hice. Justo cuando la vida huía de su cuerpo, mientras le espada se hundía en su carne, giró el rostro y me miró con una cálida sonrisa colgada de sus labios.

—Lo siento —gemí, al tiempo que retrocedía hasta dar con la pared.

Nadie hizo nada más por ayudarme. Todos voltearon el rostro y se desentendieron mientras me sacaban a empujones de la torre, rumbo a las habitaciones. Cuando me arrastraban lejos incluso vi a algunos sonreír y comentar que me lo merecía. “No se trata más que de una consentida” “Así aprenderá que no es intocable” “Se creía mejor que yo” Escuché de pasada. Lo peor era reconocer a quiénes lo decían, esos que casi gritaban a mi paso y sonreían por mi mal, los mismos a los que yo había apreciado.

Al segundo día, tras dos interminables jornadas de viaje, sin apenas comer más que unas bayas, sentí que todo había terminado. Me habían llamado traidora, me habían acusado de luchar contra Escocia.

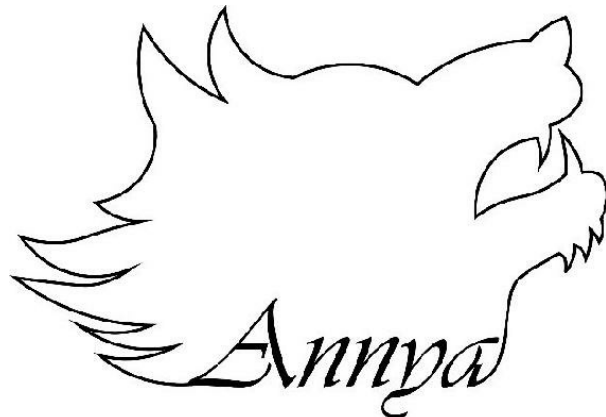
Sonreí mirando las nubes, preguntándome cómo sería estar por encima de los conflictos, de las decisiones de otros, tener una vida pacífica. Todo podría ser sencillo, pero tendían a complicarlo aquellos que deberían protegernos.

—Odio a los escoceses, odio las gentes que viven en esta tierra, pero amo las montañas y los animales que en ella anidan. —Cerré los ojos y recordé el poema que, con Naela, habíamos compuesto. Era nuestro secreto, pues temíamos la reacción de madre—. Cuando la noche se tiñe de rojo y la cima comienza a llorar, son las mujeres dormidas que sin duda vendrán. Esas que buscan venganza, amor y libertad. Las mismas que quieren misterios para poder desentrañar. Son seres oscuros, pues hablan con la verdad, esa que tantos temen y pocos han de abrazar. Cuando el miedo te embargue y la soledad amenace con llegar, huye hacia el monte y déjate encontrar. —Decían de Naela que era una bruja, pero yo veía en ella mucha luz. La insultaban desde las sombras, sin embargo, cuando alguien enfermaba la llamaban la primera. Nunca comprendí por qué no podían simplemente apreciarla, aunque ya no importaba. ¿Una bruja? Es posible, porque aquel estúpido poema, si es que podía llamársele así, me dio fuerza para levantarme y continuar.

Durante tres días más seguí adelante, guiada por solo el instinto, hasta que puse los pies en

aquella montaña. Supe que era el lugar y me detuve, siempre sintiendo las sombras de aquellos hombres, recordando los colores de su tartán y sus caras. Dejé libre mi pasado y traté de vivir pacíficamente.

Capítulo 3



Como cada noche me desperté asustada. El alba no había llegado, pero no se demoraría demasiado. Los animales comenzaban a salir de sus guaridas, la vida regresaba como cada mañana dando paso a lo que sería una dura jornada. Nada de eso me importó cuando abracé a Casineb, lo retuve contra mi pecho hasta que logré aplacar los temblores, él se dejó hacer.

—Ya estoy mejor —suspiré y miré hacia el “invitado”.

Dejé de lado mis preocupaciones y me coloqué la capa sobre los hombros. Aquella capa que tanto había tardado en hacer, compuesta por decenas de pieles de animales, pero que cumplía su función y que tan orgullosa me hacía sentir. Iba a salir de cacería cuando aquel gigante se removió y entreabrió los ojos. Quiso incorporarse, no lo logró. Levantó los brazos y se miró las muñecas gruñendo, luego su vista volvió a mí.

—¿Quién eres? —Su voz era ronca, profunda, cavernosa. A duras penas conseguía mantener un tono sosegado, supe, sin lugar a dudas, que si no se viera prisionero habría saltado sobre mí.

—¿Importa? —Eché un vistazo al bosque, me sentía tentada a huir. Reuní toda mi fuerza de voluntad y me volví hacia él aparentando una fortaleza y decisión que no sentía—. ¿Qué hacías en la montaña? —Estiré mis ropajes con cuidado y me senté a su lado.

—Deberías mostrar respeto cuando hablas con el laird de estas tierras —espetó autoritario. Levanté la ceja derecha escéptica—. Suéltame antes de que...

—¿Me matarás? —Sentí la furia bullendo en mis venas—. Prosigue, por favor... —Mis palabras fueron una suave caricia a sus oídos, prácticamente las susurré a su lado, con semblante serio y una sonrisa de medio lado, peligrosa—. Entonces eres el laird de esos animales, bestias inmundas. Conocía al antiguo laird... —Acaricié el puñal que pendía de mi cintura, casi podía oír como la hoja me suplicaba por su sangre.

—Me buscarán y darán contigo. —Cas se incorporó de un salto y llegó hasta mí. Ante aquellas amenazas, sus fauces se abrieron sobre la cabeza de nuestro “invitado”, una sola palabra mía y las

cerraría sobre su garganta, acallándolo para siempre. Supongo que comprendió el mensaje, porque apretó sus labios en una fina línea.

—¿Y lograrían encontrarte? Ahora me perteneces y no eres un hombre cualquiera, eres el laird de los MacLeod. —Me incorporé e hice una ligera inclinación ante él—. Voy a buscar algo con lo que llenar nuestras barrigas, deberías dar gracias por la clemencia que he mostrado. A estas alturas estarías muerto, aunque algo me dice que eso ya lo sabes. —Hice una ligera pausa, estiré la mano y Cas se colocó bajo ella. Ahora estaba completa, siempre juntos—. El laird nada menos... —dije para mí misma. La idea me mareaba, la posibilidad de ver aquel lugar lleno de hombres buscándolo me puso enferma —Deberías callar, has mermado mucho tus posibilidades de sobrevivir.

Y me alejé a pasos rápidos. Cas me guiaba y yo, como cada mañana, no pensé en nada al seguirlo. Él podía escuchar sonidos que yo no percibía, olía a nuestras presas desde la distancia, estaba mucho mejor preparado que yo para todo. Yo permanecí en la retaguardia, guarecida entre la maleza, esperando el momento adecuado. Cas, los cercaba y saltaba, yo remataba. La muerte de nuestras presas era una pena compartida por ambos.

Dos conejos después, y tras perseguir a un cervatillo durante un buen trecho, volvimos a nuestro hogar. Con la piel sudada, los músculos tensos y la mente mucho más despejada encendí el fuego y me senté cerca. En otro tiempo me habría preocupado por mi “invitado”, habría antepuesto sus deseos y bienestar al mío propio, habría actuado como si yo fuera menos, por ser él quién era y haber nacido varón. Ahora era un bulto molesto que hacía aparecer en mi mente funestos pensamientos. Por algún motivo no era capaz de dar el gran paso.

—Mandas sobre todos y acabas desangrándote en medio de ninguna parte. Curioso. —Me giré y él me atravesó con la mirada. Se mantenía firme, seguramente tratando de liberarse de las cuerdas.

—Me siguen por lealtad, porque soy fuerte y capaz de mantenerlos a salvo.

—A los tuyos, a aquellos que han tenido la suerte de nacer en tus tierras o ser de tu sangre. — Me mordí el labio con fuerza reteniendo el gemido de dolor—. Pero eres cruel, despiadado incluso, con tus enemigos. La piedad no es una cualidad de los que portan tus colores. Despreciable.

—¿Me conoces acaso para poder hacer acusaciones tan graves?

—Lo hago, conozco a los que llevan tu tartán. —Aparté la capa y el vestido hasta que dejé al descubierto mi hombro. La piel que lo cubría estaba deformada, era una pasta del color de la carne, pero colocada de cualquier forma. Ya no era lisa ni suave, solo el resultado de una quemadura que había impedido que muriera desangrada. Eso había ocurrido pocas horas antes de que sus hombres consiguieran entrar en el castillo de padre, horas en las que ingenuamente cabalgaba sin escolta por mis propias tierras. Nada le importaron nuestros antepasados ni la familia que poseía aquel lugar, nuestra suerte nunca fue algo relevante. Me engañaron, me traicionaron y me obligaron a abrirles las puertas.

Él miró la cicatriz y regresó a mi rostro. No me reconocía, tampoco pretendí tal cosa.

—Yo no sé quién eres.

—Lo sabrás, te lo prometo. —Me estiré sin vergüenza. Noté su mirada curiosa recorriendo mis ropajes, mi cuerpo. El vestido había sido modificado con poca maña por una servidora, había cortado las faldas en dos y lo había convertido en un pantalón cubierto por pieles. Tosco, poco bonito, pero que me camuflaba y me daba libertad de movimientos.

Nunca había tocado a un hombre por iniciativa propia, la idea era como pedirme que metiera

los dedos en la mierda de cualquier animal, al menos cuando los rostros de los hombres eran como los de aquellos seres que trataron de forzarme. Por algún motivo, cuando miraba al gran laird ya no me parecía tan repulsivo. Su rostro era fuerte y de líneas hermosas, sus anchos hombros tenían una fuerza que me confundía sin llegar a aterrarme, y eso me hizo ver en él al mismísimo demonio.

—Puedo darte dinero y tierras. No tienes por qué vivir de esta manera, has salvado mi vida. Solo suéltame y déjame marchar —pidió sin mucha convicción.

—No lo harías cuando conocieras mi nombre —contesté bajando el tono, pero sin dar más detalles.

Él seguía tumbado, yo me acerqué a él. Me coloqué sobre su cadera, a horcajadas, mi daga brillaba en mi mano derecha. Él se removió, trató de golpear mi rostro con ambas manos entrelazadas, formando un puño que me dejaría inconsciente sin remedio, no contaba con mi rapidez ni con lo sencillo que fue colocar la hoja sobre su cuello.

Es extraño porque, a pesar de estar concentrada en mantenerme con vida y a él controlado, aquel movimiento debajo de mí me puso nerviosa. No era desagradable, ni molesto, una inquietud que fue incrementando la presión en mi bajo vientre. Mi respiración se convirtió en un gemido quedo, mis ojos se quedaron congelados en los suyos. Nos observamos sin hablar. Él estaba tenso, noté como crecía, yo me arrepentí de haber seguido aquel impulso, quise amedrentarlo de manera burda y ahora estaba perdida como nunca antes. Una necesidad desconocida que no quise seguir, apreté un poco más la hoja sobre su piel hasta que una gotita de sangre, diminuta, hizo acto de aparición.

—No vuelvas a intentarlo —dije con voz aguda.

—El destino no siempre es lo que aparenta. ¿No crees?

—No sé a qué te refieres.

—¿Por qué me salvaste si tanto me odias?

—Porque no nos parecemos. —Quise incorporarme, olvidando mi pretensión inicial, sus manos se aferraron a mi rodilla derecha volviendo a hacerme caer sobre él. Su piel estaba caliente, quizás demasiado. Sus manos eran inmensas en contraposición con las mías y sus ojos negros me recordaron a Cas, salvaje, pidiendo a gritos un hogar, demandando con furia lo que creía que por derecho debía pertenecerle. Ambos llegaron a mí heridos, pensé incrédula, sin embargo, no debía dejarme confundir.

—Me gustan tus atenciones —respondió cambiando el curso de la conversación. Me pregunté qué era aquella sensación, qué tenía él de diferente. Deslicé la daga sobre su cuello sin llegar a herirlo de nuevo.

—Me alegro. Quiero que te recuperes para no sentirme cruel al regar el suelo con tu sangre. Me cobraré cada herida, cada año que he pasado lejos de lo que es mío. Me cobraré venganza por lo que me habéis robado y, —Acaricié sus labios con la daga. Él estaba petrificado, me recordaba a una escultura hecha en piedra. Deslicé la punta por el contorno de aquella boca, dibujé sobre su piel totalmente concentrada—. por cobarde. Lo recuerdo todo —maticé. En su semblante comprendí que él no, no todavía.

—Yo no soy un cobarde —respondió como si fuera evidente y estuviera hablando con una niña.

—Lo eres —aseguré sintiendo que sus dedos se agarrotaban sobre mi pierna—. Lo eres por ocultarte tras tus hombros, por permitirles hacer lo que les venga en gana con aquellos que no pueden defenderse. ¿En qué te convierte?

—No comprendo de qué me acusas.

—El desconocimiento no te exime de tus pecados. Eso solo te convierte en un laird penoso, alguien que jamás debió tener tanto poder en sus manos. —Aproximé mi rostro al suyo, la daga hacía de frontera—. Causas dolor sin saberlo, ¿es eso? Solo sigues las órdenes del rey sin pensar. —Su aliento salió con fuerza de entre sus labios y penetró en mí—. Pero eras tú... Estoy segura. —El problema era que no recordaba la cara de aquel hombre, no había llegado a verlo.

—He pagado muy caros mis errores, zorra —replicó entonces, molesto.

Cas gruñó y yo me levanté, para ello fue necesario que apoyara mi mano izquierda al lado de su cabeza, mi pelo acarició la piel de su rostro en el proceso.

—Cas, vigílalo. —Casineb se posó sobre sus cuartos traseros, su pelaje negro brilló a la luz de las llamas. Sus ojos quedaron fijos en el laird y me respondió con un ronco gruñido que elevó su pelaje lo justo para hacerlo parecer inmenso. Dejé que mis dedos recorrieran su lomo y me acerqué a la entrada.

Agua limpia, trozos de ropa cortados en tiras alargadas y un mejunje que había hecho para mí una auténtica curandera, una mujer que visitaba de vez en cuando y que jamás hizo preguntas incómodas cuando llevaba algo para intercambiar. Ella vivía alejada, como yo, del resto del mundo. Muchos tenían sus conocimientos y yo disfrutaba de aquellas visitas.

Con aquellos tesoros entre los dedos volví a aproximarme. Destapé su herida y, bajo su atenta mirada, comencé a esparcir el ungüento. Si le dolía no lo dijo, tampoco emitió sonido alguno.

—Desperdicias tus recursos conmigo, si lo que tanto anhelas es mi muerte. —Tapé el botecito sin atreverme a mirarlo. Hablé mirándome las manos llenas de ampollas y de heridas, duras como las de un guerrero, pero pequeñas y ágiles.

—No soy una asesina.

—Pero quieres matarme.

—No podría confiar en tu palabra. —Entonces alcé los ojos y sonreí cansada—. No podría confiar en que no regresarías y traerías contigo a todos mis demonios. Destrozarías el único hogar que me queda, acabarías con los animales que pueblan este bosque y Cas perecería tratando de protegerme. ¿No es eso peor?

—Yo soy fiel a mi palabra —repuso él.

—Siempre lo somos, al menos eso creemos al principio. —De uno de mis bolsillos saqué un anillo y se lo lancé al rostro. Sus ojos lo miraron asustados y volvieron a mí.

—Estás muerta. Yo... —Y calló de pronto.

—En cierta forma tienes razón —contesté alzando el rostro como la gran dama que un día fui. En mis venas corría sangre guerrera, era la descendiente de hombres poderosos que se alzaron sobre sus congéneres, aunque nada de eso importaba en aquel instante. La deshonra cayó sobre mí en el mismo instante en el que mi padre eligió luchar en el bando de los ingleses.

—Eres la hija de John Comyn, conde de Buchan. La niña que logró escapar.

—Una niña —Asentí volviendo a acariciar mi hombro—. ingenua que creyó que estaba a salvo, que no vio en vuestros colores amenaza alguna y que, sin saberlo, abrió las puertas de su hogar al enemigo. —Acaricié su barba de varios días, la sentí áspera bajo la yema de mis dedos. Paseé las uñas por su piel con la rabia contenida al saberme culpable de muchas muertes, de aquellos que realmente me quisieron en algún momento—. Quizás sea lo justo, gane quien gane la batalla será culpable.

—¿Es lo que pretendes? ¿Quieres suicidarte?

—Me subestimabas por verme mujer. —Chasqueé la lengua en fingida molestia

—Es difícil vencer cuando has perdido las ganas de vivir.

—¿Es eso lo que te ha ocurrido a ti? Después de todo lo que has conseguido, después de robar lo que me pertenecía por derecho.

—Tu padre es un traidor.

—¿Y yo? ¿Qué ves cuando me miras a mí? —Él se incorporó ligeramente apoyado sobre sus codos.

—Una mujer hermosa y confusa. El dolor a veces nos convierte en seres rabiosos que luchan contra aquello sobre lo que no tuvimos control alguno. —Al oírlo hablar no parecía un salvaje. Si cerraba los ojos y simplemente escuchaba no era un asqueroso highlander el que tenía a mi vera, no era un hombre capaz de esgrimir la espada con soltura y sesgar decenas de vidas sin que eso le arrebatase el sueño. Las apariencias engañan, por muy bonita que fuera la piel que cubría a aquel hombre lo cierto era que su interior estaba podrido.

—Voy a disfrutar vencéndote. Caerás a mis pies y suplicarás por tu vida. Vengaré a esas personas que nadie recuerda, gente humilde y trabajadora, me vengaré a mí misma. —Aunque esa nunca fue mi meta en la vida supe que era lo que necesitaba.

Abandoné el calor de aquella cueva y caminé por mi bosque. Podía sentir la vida que desprendía aquel lugar, los árboles irguiéndose majestuosos, ciervos, pájaros, conejos... entre aquellas aguas había escondido, hace mucho tiempo, mi colgante y, sin saber por qué, necesité volver a sentirlo sobre mi piel. Aquella A que madre me regaló hace toda una vida, aquel trozo de oro que perteneció a una dama, a una mujer con gustos sencillos y sueños estúpidos. ¿Quién quería atar su vida a un hombre que le doblaba la edad y decidiría sobre absolutamente todo lo que me concernía? Aunque a la Annya que una vez fui no le parecía tan horrible, eso le garantizaba protección y tranquilidad. Era estúpida.

Introduje los dedos en aquellas gélidas aguas, los sentí congelarse despacio, temblé ligeramente y finalmente lo atrapé. Lo saqué con cuidado, despegando las plantas de él con esmero y lo limpié contra mis ropas. Sonreí cansada.

—El pasado siempre regresa, Naela. —Sentada en la orilla cerré los ojos y me permití por primera vez recordar. Al pensar en ella el dolor y la culpa se mezclaban en mi interior, una amalgama de sentimientos que siempre rechacé por sentirme superada, no obstante, con aquel hombre en la cueva me sentía más cerca que nunca de lo que había dejado atrás.

Naela nunca fue como el resto, se notaba solo con mirarla. En sus ojos azules había sabiduría y algo más, cuando hablaba me abstraía con sus palabras, a veces incluso podía ver a través de sus ojos otras tierras, otras gentes.

Ella decía que el mundo era inmenso, que podías caminar hasta perder las fuerzas y seguirías encontrando más, pero que las personas no distaban mucho unas de otras. Solía contarme una historia para dormir, ella decía que era un cuento que le relataba su madre, algo que inventaron para mantener entretenidos a los jóvenes, sin embargo, daba igual cuántas veces me la contase, yo sentía en mi piel el cálido aire del desierto, la arena bajo las suelas de mis pies. Yo volaba por aquel paisaje, tan cruel y hermoso al mismo tiempo, con una sonrisa en el rostro, sabiendo que nunca podría comprobar por mí misma si existía realmente.

No obstante, lo que hacía a aquella historia realmente inolvidable eran sus personajes. Una muchacha de ojos azules y pelo castaño que, enfrentándose a todos aquellos que decían conocer el camino que debía tomar, emprendió un viaje por seguir al hombre que había amado. Un hombre sin nada que ofrecer, pero con grandes sueños. Aquella joven dejó lujos y familia, se

puso sus mejores ropas y llenó una saca con todo lo que quería conservar.

Lo que ambos compartían era el deseo, que los mantenía unidos, aquel sentimiento que nació una mañana de verano, cuando lo encontró limpiando el templo, apenas siendo ambos unos niños. Un amor que se disfrazaba de amistad y que creció entre juegos secretos e idiomas inventados.

Cada vez que Naela me contaba la historia siempre aparecían detalles nuevos, como si acabase de recordarlos, dotando lo que ya sabía con pequeñas motas de color que me hacían cerrar los ojos y caer rendida entre inmensas dunas de arena y grandes construcciones de piedra. Ella sabía crear magia, tenían razón los que la acusaban de bruja, pero erraban en el motivo.

Qué sencillo era dejar correr las preocupaciones entre sus palabras, dejarse llevar e incluso preguntarse si aquella muchacha de ojos azules no era ella, por qué no estaba su amado a su lado, ¿en qué momento se habían separado sus caminos?

Nunca fui capaz de formular esas preguntas, quería pensar que conocía la respuesta. En ella se mezclaba la pena y la alegría. Siempre lucía una sonrisa, incluso el día que atravesaron su pecho me sonrió tratando de infundirme fuerza para lo que se aproximaba a mí, para la oscuridad que aquellos hombres albergaban, no obstante, sus ojos azules parecían haber perdido el brillo que la alegría concede, eran opacos a todo lo que pudiera llegar hasta su corazón. Solo yo le concedía un descanso, podía sentirlo en el alma, su amor hacia mí era el que solo quien da la vida puede sentir, solo una madre miraría de aquella manera a un niño.

Mi mirada se había perdido al fondo sin llegar a ver nada realmente. Podía observar las imágenes de mi mente fundirse con el paisaje real, crear un mundo hermoso que solo me pertenecía a mí. Quizás algún día se lo contase a alguien, lo dudaba.

La luz se encendió tras mis pupilas. Grandes columnas de humo se elevaban hacia las nubes. Ascendían sin prisa, formando oscuras nubes que marcaban el lugar afectado con claridad, sentí un escalofrío.

El pueblo estaba lejos, pero podía llegar a ellos, ¿realmente quería averiguar lo que pasaba allí abajo?

Fue el rostro de la curandera, aquella que vivía en la linde del pueblo por no tener que soportar comentarios dañinos o acusaciones maliciosas. Ella que poseía un tierno corazón fue odiada en silencio, apenas la soportaban, pero la mantenían lo suficientemente cerca por si llegaban a necesitarla. La historia siempre tiende a repetirse, el miedo a lo que no pueden comprender les hace atacar por instinto.

Corrí pensando en Nanha, sintiendo que no podría perder a nadie más. Éramos dos desconocidas, dos personas que se cruzaron por casualidad y se sentían identificadas en la otra. Comprendíamos lo que era sentirse diferente, no querer ser como los demás. A medida que descendía me coloqué el collar, yo era ella y ella era yo. Nanha me había salvado.

Me alegré de que su casa estuviera apartada cuando, tras media hora, llegué al camino principal. Incluso desde allí podía oír los gritos, las súplicas. El fuego lamía los hogares de las personas que allí vivían, eran atacados sin piedad y nadie se libraba. Había llegado hasta allí en un abrir y cerrar de ojos, oteé la entrada de su pequeña casa de piedra con temor. Al verla entreabierta supe que algo malo ocurría. Ella jamás dejaba la puerta abierta, era desconfiada por naturaleza, caminé presintiendo lo que iba a encontrar.

Toqué aquel trozo de madera y escuché conteniendo el aliento. Solo obtuve el silencio como respuesta, me faltaba coraje, mis ojos se nublaron, no obstante, se lo debía. Apreté los dientes y di

un par de pasos más.

La ventana estaba abierta de par en par, la cama deshecha y objetos por el suelo. Nada se encontraba en su sitio, las hierbas de aquella mujer, que con tanto mimo había secado y recolectado, estaban diseminadas por el lugar sin orden alguno. La busqué unos segundos hasta que un pie llamó mi atención.

Ya no era mi cuerpo el que avanzaba, yo lo sentía lejano. Debería estar preparada, pero había mucha sangre y su rostro se había quedado congelado en una mueca de miedo absoluto. Sus ojos estaban abiertos, miraban fijamente el techo y yo me acerqué a cerrarlos, creyendo ingenuamente que así podría descansar mejor.

Estaba aturdida, no lo suficiente para no escuchar que había alguien fuera. Sentí las ramas crujir bajo sus botas, era solo uno.

Tenía dos opciones, no me vi con fuerzas para huir y sonreí con desgana. La muerte era una posibilidad, pero no aquella noche. Las estrellas brillaban en el firmamento, aunque el humo me impidiera verlas, estaban ahí y debía recordarlo. No dejaría que el miedo me hiciera olvidar tantos años de entrenamiento, era ágil y capaz de soportar aquella prueba. Deseaba volver con Cas, pero no como la mujer que dejó a una amiga abandonada, tirada sobre el suelo, sino como aquella que vengó una muerte cruel e injusta. Clavaría mi hoja en su corazón, la hundiría hasta el mango y me quedaría mirando como aquella bestia inmunda moría.

No hice más que esperar y él acudió a mí. En aquel lugar yo era pequeña y él inmenso, yo podía moverme y él tropezaría con todo. El conocer por dónde me movía me dio cierta ventaja, que tenía pensado aprovechar.

Hay detalles, como su redondeada barriga y el pelo rojizo fundiéndose con su barba, que no podría olvidar, aunque quisiera. Recuerdo que pensé que era muy bajo para ser un hombre, tonterías sin sentido que anidaban en mi mente mientras mi corazón distribuía por mi cuerpo aquella sensación de poder. Era como si mis músculos hubieran acumulado la fuerza de mil hombres, el cansancio se había evaporado y podía oler, ver y percibirlo todo. Ojalá siempre me sintiera de aquella forma, pensé enfebrecida.

—Una bonita zorra. ¿Te escondías de nosotros? —Miraba su rostro, le vi mover la boca para hablar y abrir un gran agujero entre la barba, ni rastro de sus labios. Moví el puñal, nerviosa, conteniendo el impulso de saltar sobre él, temiendo que mi impaciencia me traicionara—. Si me acompañas te presentaré a unos amigos, prometo que no vamos a hacerte daño.

—¿Fuiste tú? —pregunté señalando con la punta de mi acero el lugar en el que Nanha seguía tumbada. Me dolía saberla de aquella manera.

—¿Eso? Era una vieja, ¿acaso importa?

—¿Tu vida vale más que la suya? —inquirí sin poder contener mi lengua. Mis pupilas se pasearon por sus piernas esqueléticas y aquella ceja, que prácticamente separaba la frente del resto de su rostro. Era muy peludo...

—¿Vas a atacarme con eso? Es mejor que lo dejes, no deseo que te hagas daño, aún —respondió él, pasando por alto mis palabras, sin preocuparse lo más mínimo en excusarse. No sentía vergüenza por lo que había hecho, prácticamente ya lo había borrado de su mente.

—Pruébame.

—Acepto la invitación.

Se lanzó sobre mí con las manos desnudas. Quería inmovilizarme, necesitaba mi cuerpo intacto para disfrutar de él a su antojo. Yo me moví con soltura hacia la derecha y el puñal cortó el aire junto a su brazo. Fui rápida, él tardó el ver la herida en su muñeca, casi el mismo tiempo en el

que su cerebro procesó el dolor.

—¡Zorra!

—¿Repetimos? —Yo me estaba divirtiendo como nunca antes. Me sentía poderosa, invencible. Era como un insecto que podía aplastar, podría haber clavado el puñal directamente en su cuello, sin embargo, había pospuesto la puñalada final. Quería que sufriera, que viera la impotencia de saberse condenado. Quería que saboreara el miedo que Nanha reflejaba en su rostro. Aquellos ojos cálidos ahora no albergaban nada. Animales como el que ahora gruñía ante mí no merecían vivir, no hacían más que destrozar a gente buena. Yo eliminaría el problema.

Esta vez, cuando pasó por mi lado, me agaché para evitarlo e hice que mi hoja penetrara ligeramente en su talón. Con la misma velocidad me alejé de sus brazos, que como inmensas y orondas alas se mecían en un vano intento de atraparme.

—¡Te destrozaré! ¡Haré que hasta los viejos disfruten de tus carnes! —Cuantas más amenazas profería más sentía su impotencia. Yo me mantuve en silencio, no era necesario que abriera la boca, en mis ojos se podía leer mi férrea determinación—. Todos aquellos que amas, los de ese pueblo de mierda, están ahora muertos o follando con mis hombres. Tú acabarás como ellos.

—Nadie de los que viven allí abajo me importa —confesé sin más—. ¿Quién te envía? Dudo que alguien tan estúpido como tú sea capaz de tomar una decisión así. ¿Qué crees que ocurrirá cuando el laird de estas tierras se entere?

—¿El laird? Dicen que está muerto, aunque no me importa lo que haga ese cerdo. Mi señor quería sangre y yo se la he dado. Es hora de que recupere todo lo que ellos le han quitado y yo obtendré mi peso en oro a cambio. —Asentí sin querer averiguar más.

Esta vez fui yo quien llegué hasta él. No se lo esperaba, vi la confusión deformar con lentitud aquel rostro redondo. Sus ojos verdes se clavaron en los míos mientras mi hoja penetraba su carne. Fue rápido, aunque ambos lo saboreamos con lentitud. Dios había detenido el tiempo para que pudiéramos apreciar la belleza que escondía aquel momento.

Extraje mi puñal y lo limpié en su capa. Él había caído al suelo y yo me senté junto a Naela para esperar a que el pecho de su asesino dejase de moverse.

Nadie me creará jamás, pero aquella noche en la que la luz era absorbida por aquellas inmensas lenguas de fuego, que se elevaban hacia las nubes tratando de escapar de lo que acontecía en la tierra, aquella noche vi como Nanha se levantó de su cuerpo y, con una elegancia y vitalidad que no le había visto nunca antes, se sentaba a mi lado.

Yo no la miré directamente, temía que si lo hacía se evaporase. Me concentré en el pecho de aquel cabrón sintiendo la respiración de la mejor curandera de la zona a mi vera, quise decirle algo, pero no encontré las palabras. ¿Una disculpa por no haber llegado a tiempo? No me vi capaz y preferí callar.

Ella me había ayudado en un momento en el que yo había escogido morir, me había curado y jamás hizo preguntas. Era mucho más que la anciana que visitaba cada cierto tiempo, pero ninguna de las dos era dada a muestras de afecto, más allá que mi presencia ocasional en su puerta.

Cuando finalmente la muerte acudió a por el alma de aquel cabrón sentí que la alegría me traspasaba, supe que no era mía, sentí que Nanha había encontrado descanso. Nunca podré explicarlo, no obstante, habría jurado ante cualquiera que ella me había traspasado, dejando tras de sí una cálida sensación de agradecimiento y tranquilidad.

Por extraño que parezca me levanté con una sonrisa y emprendí el camino de regreso. Abajo seguían gritando, podría haber hecho algo, aunque una persona sola contra una docena no me daba posibilidad alguna de salir con vida. Decidí concentrarme en los sonidos de fondo, en la

naturaleza, en la vida que seguía su curso sin preocuparse por la maldad humana.

Llegué hasta el río y me lavé como pude, no todo, pero sí lo más gordo. Miré mi reflejo en aquellas negras aguas y fue entonces cuando, a pesar de mi sonrisa, las lágrimas lamieron mi rostro.

—Lo siento —dije entonces queriendo convencerme de que aquellos gritos, las súplicas, los niños que sabía que vivían allí, no me importaban nada—. Lo siento —repetí tapándome los oídos y preguntándome si era culpa mía. Quizás era mejor que dejase que aquel dichoso laird se largase. Meneé la cabeza incapaz de pensar más.

Capítulo 4



*L*a vi llegar llena de sangre y con la mirada perdida. Era una mujer realmente hermosa, de inmensos ojos verdes y labios gruesos. Su pelo dorado caía sobre su espalda hasta alcanzar su cadera, su cuerpo era fuerte, terso, perfecto.

Las cuerdas me habían despellejado las muñecas, la herida de mi barriga ardía, pero eran los escalofríos lo que peor llevaba. Cuando la vi suspiré aliviado sabiendo que me ayudaría, el tiempo corría en mi contra y la necesitaba. No me importaba nada, solo sentirme mejor.

—Duele... —gemí estirando mi mano hacia ella. Me había soltado poco antes, cuando ya no quedaban fuerzas en mi interior para tratar de escapar. Suspiré cansado, pero negándome a rendirme.

—¿Tratabas de huir? —sentí la burla tiñendo sus palabras.

—Duele... —repetí apretando mi ropa, buscando a tientas algo más con lo que poder cubrirme —Ayúdame...

Ella se acercó. Sentí sus manos heladas en mi frente, sus labios se posaron a continuación en un beso que no llegó a terminar. Su toque fue doloroso, pero por algún motivo no pude apartarme.

—Estás ardiendo —susurró contra mi oreja.

Y contra mis deseos comenzó a desnudarme. Yo luché lo que pude, sin embargo, ni siquiera era capaz de mantener mis párpados abiertos, aunque en todo momento fui consciente de su presencia. Era la caricia de una mariposa de hielo contra mi piel.

—Tu pueblo arde en llamas, ellos te necesitan —dijo mientras humedecía mi frente. El agua que dejaba caer sobre mi pecho eran cuchillas afiladas que me hacían vibrar de pies a cabeza, ella no se detuvo—. La mataron, Nanha era buena, no merecía un final tan horrible. —Sentí su pena y quise decir algo. Ella me había tomado como prisionero, pero no era cruel ni vengativa, cuidaba de mí y no me había hecho daño alguno. Solo trataba de protegerse y eso hizo que me concentrara para coger su mano en la mía. Pensar era difícil, hablar e incluso moverse. Mi cuerpo había

dejado de ser mío para ser un trozo de carne pesado, un dolor agudo y agotador.

—Lo lamento. —Lo que ella no sabía era que lamentaba mucho más que lo acontecido aquella noche, lamentaba aquel aciago día años atrás, lamentaba lo que yo había hecho. Al mirarme me preguntaba si sabía realmente quién era yo, ¿podría perdonarme algún día?

—Debes volver —soltó apretando mis dedos con fuerza—, te recuperarás y los protegerás. — No llegaba a comprender el razonamiento de aquella mujer de hermoso cabello dorado. Sus labios seguían moviéndose, pero las palabras eran un sonido lejano que no conseguía atrapar.

Y en medio de aquella nube me dormí para despertar con su llanto de fondo. El crepitar de las llamas, quemando la madera, no ocultaba aquellos gemidos que trataba de controlar. Ella no había vuelto a atarme y, sin saber el tiempo que había pasado inconsciente, me incorporé lo justo para verla.

Dejé atrás el mareo que me asoló, esperé hasta que el suelo volvía a estar en su sitio y traté de acercarme, cuando un gruñido detuvo mi avance. Al instante, el puñal ya estaba en su mano.

—No te muevas. —Annya se levantó despacio sin apartar los ojos de mí—. Veo que ya te encuentras mejor.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Dos días. —Se frotó los ojos con la manga de su jersey—. Si te ves con fuerzas nos iremos ahora mismo. —Yo no quise tal cosa, me gustaba aquel lugar. Dejé caer mi trasero y fingí sin remordimiento alguno. Yo era un líder, un guerrero, alguien que había perdido la esperanza y la alegría hacía tanto tiempo que sentirme simplemente en paz me pareció un regalo.

—Concédeme un día más.

—¿No te importa tu clan? Esas personas confían en ti.

—Una de esas personas me traicionó. ¿Quién te dice que si regreso no vuelva a intentarlo? Ellos me eligieron como su líder, pero estoy cansado de la responsabilidad. Yo nunca pedí tal regalo, solo buscaba una familia —confesé sin terminar de abrirme—. Estoy cansado de luchar contra fantasmas.

—Has hecho muchos enemigos. —Temblé durante un instante, temí que lo hubiese recordado.

—Siempre traté de tomar la decisión correcta. —Aquello era una batalla en toda regla. Me sorprendía ver a una mujer respondiéndome directamente, retándome sin bajar la mirada. Me gustaba que fuera diferente, aquel fuego que la convertía en un igual, alguien capaz de pelear por lo que creía justo—. ¿De quién es esa sangre? —pregunté al ver que sus ropajes seguían impregnados en ella, aunque ahora ya estaba seca.

—Vengué la muerte de Nanha. Al fin encontrará descanso. —Lanzó el puñal y éste pasó rozando mi pelo para clavarse detrás de mí—. No intentes nada. —Y miró de reojo aquel inmenso lobo negro que no apartaba sus ojos de mí.

—¿Te sientes mejor?

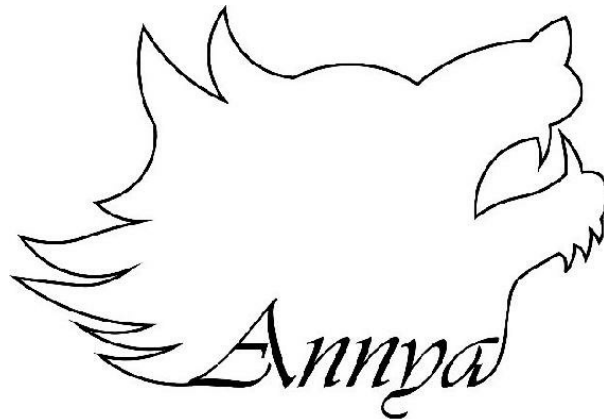
Ella no respondió y yo volví a tenderme. La calma era una ilusión, podría romperse en cualquier momento. Yo era un laird, podría tener aquello que anhelase, todas las mujeres que habitaban en mis tierras serían felices en ser las elegidas, muchas incluso me habían hecho proposiciones nada castas, ninguna me interesó tras la muerte de mi esposa.

Alguien quería borrar me del mapa, a mí y a todos aquellos que pudiera considerar familia. Esa misma persona asesinó a Kayla, con mi hijo en su vientre. Fue por ese motivo por el que me negué sentir, aunque fuera mero interés. Me volví frío, calculador. Busqué riqueza y poder, alzarme sobre los demás y hacer que fueran felices sin llegar a acercarme realmente a las personas que formaban mi clan. Era como un dios que desde lejos observa su creación, sabiendo

que los mantiene alimentados y protegidos, conformándose con ver felices a sus hijos.

Con Anya todo era diferente. En mi interior volvía a experimentar el deseo, mi polla despertaba con inusitada fuerza, deseando volver a batallar en terreno enemigo. Era mirarla y todo yo vibraba, su voz tenía la capacidad de enfurecerme o apaciguarme. Supe, desde el mismo instante en el que la vi, que era una bruja, porque solo eso explicaría aquella corriente que nos conectaba. No podía dejarla atrás, ella era mía, aunque no supiera todavía cómo iba a hacerla comprender algo que para mí era obvio. Me quedé dormido tratando de encontrar una solución a tamaño conflicto interior. Unas palabras mágicas que no creía que existieran.

Capítulo 5



*E*l bien y el mal no es algo blanco o negro. Yo no me consideraba ni una cosa ni otra, yo solo era yo.

Tras quitar la vida de aquel hombre me miré las manos y me pregunté si debía sentir algo diferente. ¿Por qué la culpa no me arrebatava el sueño? Es más, tras aquel suceso se instaló sobre mí una paz enfermiza, saboreé aquella sensación como un descanso momentáneo y miré a mi gran laird.

Él, con su sola presencia, ocupaba todo el espacio. Imponente, desprendía seguridad y poder por cada poro de su cuerpo, no necesitaba decir que era importante para que los demás lo percibieran y había algo más. Una energía que me llamaba, una cálida sensación de paz que me invadía cuando estaba a su lado, sin embargo, nada opacaba el odio que al mirarle sentía.

Cas me rozó y yo acaricé el hocico de mi guardián personal. Besé su frente y cerré los ojos, el aroma de aquel lobo era el de mi hogar, un lugar seguro en el que podía refugiarme y sabía que en él siempre encontraría a alguien que me amaría incondicionalmente.

—Estás diferente. ¿Qué ha pasado? —La voz de Tormod rebotó en las gruesas paredes de piedra de aquella cueva sobresaltándome. Lo miré, conteniendo el grito que pugnaba por salir entre mis labios.

—Solo estoy cansada, harta de la muerte y el horror que tanto le gusta a los guerreros. Portáis vuestras claymore con orgullo, sabiendo que antes o después habréis de usarlas, sin pensar en la persona que morirá llegado ese momento. —Me senté a su vera, él estaba desatado, podría haberme asesinado allí mismo, aunque tampoco me importaba que lo intentara. No quedaba miedo en mi interior, solo un cansancio extremo al sentir que había regresado al punto de partida, volví a sentirme como cuatro años antes, demasiado perdida, no tenía ni idea de cuál era el camino correcto.

—Me enseñaron que la guerra consistía en proteger a aquellos que amas, que un hombre ha de

saber proteger su hogar o no es digno de él. Nadie...

—¿Y lo has conseguido? —pregunté acercándome despacio. Nuestros rostros frente a frente, la verdad ardiendo debajo de nuestras pupilas. La noche había extendido su manto en el cielo, solo las estrellas y la hoguera aportaba algo de luz.

—He salvado muchas vidas.

—No me has contestado.

—¿Ves esta cicatriz? —Temblé cuando sentí su mano sobre la mía, Cas gruñó y yo levanté la mano izquierda deteniendo a mi lobo. Volví a mirar a aquel hombre que tanta curiosidad me inspiraba. Con suma lentitud acercó mis dedos, entre los suyos, y los llevó hasta su mejilla, donde pude sentir aquella cicatriz profunda, que descendía hasta internarse bajo su ropa y terminar en su pecho izquierdo. Estaba tocando a mi enemigo, alguien que debía rematar y cada vez el impulso era menor.

—¿Un trofeo?

—Bannockburn. —La confusión se pintó en mi rostro, él no apartaba su mano y yo seguía recorriendo con mis dedos aquella marca en un descenso peligroso—. Una batalla, una de las más cruentas que puedas imaginar. Yo estaba furioso después de tantas pérdidas, necesitaba sangre y me convencí de que solo buscaba seguir los pasos de mi padre, necesitaba que Leod se sintiera orgulloso de mí.

—¿Lo conseguiste?

—No creo que pudiera haber dicho mucho, murió hace cuatro años. Demasiadas pérdidas. —recalcó. Lo miré sorprendida—. Él acompañó a veinte hombres a tus tierras y nunca regresó —completó haciendo realidad mis temores—. Mis hombres dijeron que en el asalto al castillo uno de los guerreros que lo protegían atravesó su pecho.

—Míenten —solté a bocajarro. Su mano se tensó sobre la mía. Se acercó a mi boca y yo traté de alejarme, él tiró de mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando TUS HOMBRES me atacaron, cuando se disponían a usarme tu padre los llamó. Tu padre seguía con vida cuando ya habían tomado el castillo, cuando yo hui —hablaba despacio sobre sus labios. Vi el temblor de su mentón, el instante exacto en el que comprendió que su padre había caído a manos de los suyos. Sentí pena por él, durante un segundo quise consolarlo entre mis brazos. Incapaz de claudicar hasta aquel nivel, proseguí aquella incursión llevando en todo momento su inmensa mano sobre la mía. Su respiración se agitó, cogió aire con fuerza y lo contuvo unos interminables segundos—. Pero me alegro. —Y repitiendo aquel gesto por millonésima vez me toqué el hombro.

—¡Él era un buen hombre!

—¿Qué ocurrió en la batalla de Bannockbrun? —inquirí en un vano intento de cambiar el rumbo de sus pensamientos. Su rostro había pasado del dolor al odio intenso, la rabia y la ira, la venganza tomaría pronto forma en su mente.

—Morí. —Era tan inmenso, incluso allí sentado a mi lado. Su pecho, sus brazos, sus piernas, se encogía sobre sí mismo, pero no podía ocultar cuán enorme era. A su vera me sentía delicada, hermosa, por la manera que tenía de observarme. Sus ojos negros atravesaban mis ropas, se internaban en mi piel, incluso más adentro, leyendo en mí con facilidad, al menos esa era la sensación que tenía—. Me hirieron de tal gravedad que la sangre me cubrió por completo. La herida tenía que ser mortal de necesidad, me quedé allí tumbado, mirando cómo mis amigos morían, se ponían en medio cuando el enemigo trataba de rematarme y perecían en mi lugar. —

Cerró los ojos y volvió a abrirlos con rapidez, con un gesto que borró el inicio de las lágrimas—. Ellos caían y yo no podía moverme, la cabeza me daba vueltas, el mundo entero se movía sin control alguno. Yo me veía sentenciado, lo había asumido.

—Y aun así te levantaste —susurré yo. Su mano izquierda se posó en mi mejilla mientras la derecha apretaba mi mano contra su pecho. Sentí su corazón latiendo con fuerza, rápido, cada vez más rápido. Nos quedamos en silencio, lo justo para apreciar la tensión que nos rodeaba.

—Me apoyé en la espada y conseguí erguirme. Estaba cansado de ver cómo morían, la culpa me corroía y... —Su mano tiró de mí hasta que nuestros labios se unieron. ¿Por qué se lo permití? Su olor me atraía, mi piel estaba sensible y el calor me devoraba desde dentro. Y lo permití, dejé que sus labios acariciasen los míos, apoyé las palmas en sus hombros.

Aquella sensación me recorrió, me hizo olvidar el curso de mis pensamientos para concentrarme en su tacto, en su lengua, que aprovechó que mis labios no se encontraban firmemente cerrados para penetrar mi boca. Mis uñas se clavaron en su piel, me aferré a él y me uní en aquella danza que me hacía desear más.

Cuando se separó quise protestar, volver a atraer a mí aquella sensación que provocaba en mi interior, el placer que poco a poco había cosquilleado en mi bajo vientre, no lo hice. Sus labios estaban hinchados, me toqué los míos sin pensar.

—Muchos hijos se quedaron sin padre en aquel lugar, hermanos, tíos. Muchas mujeres lloraron durante semanas las pérdidas de aquellos que jamás regresarían y yo seguía en pie, sin palabras o consuelo que pudiera darles. —Lo miré sin comprenderle, las ideas regresaron con una bofetada a mi mente. No llegaba a comprender la sensación que me había envenenado la sangre hasta el punto de hacerme olvidar quién era él.

—Comprendo. Pobrecito. —Me mordí el labio con furia desmedida. Sentí el sabor de la sangre y me detuve, las palabras salieron ácidas de mi boca—. ¿Qué ocurrió una vez la batalla terminó? ¿Tuvisteis vosotros compasión de aquellos que un día fueron aliados y en aquel momento se encontraban al otro lado?

—¡Trataron de matarnos! —se excusó él. Asentí cansada, la cabeza comenzaba a molestarme.

—¿Y yo? Gran laird, ¿qué hice yo para que tus hombres marchasen sobre mi castillo? ¿Qué hicieron las mujeres que fueron violadas y asesinadas? ¿Y esos hombres que nunca tocaron un arma y se dedicaban a cuidar de los rebaños? ¿Qué hicieron todos ellos? —No me vi capaz de mentar a Lianne ni a Naela, hablar de sus muertes era demasiado para mí.

—Yo no di la orden, fue mi padre —excusas de nuevo.

—Pero la habrías dado si en aquel momento hubieras sido el gran laird. Blanco o negro, siempre ha sido igual. —Le sostuve la mirada, lo reté en silencio hasta que me cansé. Lo abofetéé con fuerza. La marca de mi mano en su mejilla me pareció el mejor de los trabajos, podía ver todos mis dedos en ella, sonreí con auténtico placer—. No me das pena, al menos tú pudiste elegir. Fuiste a aquella batalla porque así lo querías. —Me levanté y alejé hasta que las llamas de la hoguera quedaron a unos centímetros de mí. Tiré un leño a su interior con las ideas bullendo, crepitando, pidiéndome que acallase los gritos que con sus palabras habían acudido. Aquel pueblo, el pueblo lleno de personas que me habrían repudiado estaba ardiendo, en su interior podía seguir alguien con vida y puede, tan solo puede, que fueran personas inocentes—. Tengo que irme —dije sin saber por qué consideraba que regresar era una buena idea. Confiaba en que todos los cobardes que habían atacado a meros campesinos se hubieran retirado ya, temerosos de que los hombres del laird aparecieran.

—Permíteme acompañarte —sugirió Tormod sorprendiéndonos a ambos.

—¿Por qué habría de hacerlo? No quiero que me apuñalen por la espalda. —El de nuevo lo guardé para mí.

—Tendrás una espada más a tu servicio. —Me giré con una sonrisa cínica bailando en mi boca, casi saltaba, haciendo que mi ojo derecho se cerrara en un tick nervioso que me vi incapaz de controlar.

—¿Y qué va a hacer un hombre que apenas consigue mantenerse en pie? —Se había puesto en pie solo para rebatirme, me sacaba una cabeza con facilidad. Cas se incorporó también—. Véceme si puedes. Hazlo y te permitiré dejar este lugar, quizás el exterior te venga bien. —Abrí las piernas y las flexioné esperando la embestida, confiaba en que la herida le frenase, sabiendo que mi ventaja radicaba en no dejarme tocar.

Él caminó hacia mí, Cas, con rapidez, se colocó entre ambos. Tormod miró aquel inmenso lobo negro levantando la ceja derecha, yo sonreí sarcástica.

—¿No controlas a tu perro? —preguntó con sorna.

—Ese es tu problema, no sabes cuándo mantener la boca cerrada. —El lomo de Cas se elevó y enseñó los dientes con furia—. Cas es parte de mí, daría la vida por él. Me das pena, —Agarré una tira de cuero y envolví mi puño en ella. Me detuve de pronto, —¿por qué sigues aquí?

—Tú me trajiste.

—No me refiero a eso. ¿Por qué no vuelves a tu castillo? —Él retrocedió y supe que había acertado—. Te escondes, eres un cobarde.

—Estoy cansado.

—¿De qué? Tu palabra es ley para todos los de tu clan.

—Jamás podrías entenderlo —susurró cansado. Gimió y se pasó las manos por el pelo. En su interior se libraba una gran lucha, Cas se acercó a él aprovechando la desesperación de aquel gran laird. Caminé hasta que me interpusé entre ambos.

—Los fantasmas nos persiguen a todos, no deberías creerte especial. Me alegra saber que sufres, quizás así logres algún día comprender a aquellos contra los que luchas. Algún día volverás a decidir sobre tus hombres, ambos lo sabemos, eres su laird y no podrás esconderte eternamente, al menos espero que cuando llegue el momento recuerdes lo que has sentido, pienses en que quizás ellos solo siguen órdenes, que no son tan diferentes a ti. —Mi discurso le dio tiempo para recuperar el control de sus emociones. Apenas quedaba espacio entre ambos, no podía moverme si lo tenía pegado a mí. Lo empujé y aproveché para golpear su mentón.

—Creo que has disfrutado. —Le había abierto el labio y él se lo lamió recogiendo los restos de sangre. Me miró con una sonrisa de medio lado que me arrebató el aliento. Apreté con más fuerza mi puño, dispuesta a demostrarle cuánta razón tenía—. Te gustó porque es la única manera en la que te permites tocarme. —Negué sus palabras con la cabeza, conteniendo el aliento—. Negar que me desees, eres una mujer y desees a un hombre que detestas. —Sus manos me apresaron, no lo vi venir. Me giró y me pegó contra la pared. Su cuerpo aprisionaba al mío, lo podía sentir cálido, duro, tentador. No traté de moverme, por el momento.

—¿También desees forzarme? ¿Es eso? Hazlo. —El gruñido de Cas se intensificaba con rapidez, ni siquiera comprendía por qué no se había lanzado todavía sobre Tormod.

—Tentarte. —Y su boca se acercó despacio. Con furia golpeé su nariz con mi cabeza, fue doloroso, pero mereció la pena verlo retroceder tambaleante.

Recogí mi capa, aprovechando su desconcierto, y corrí alejándome de él. Cas me seguía, tardé en recordar a dónde debía dirigirme.

Con agilidad descendí, de nuevo, aquella montaña. El aire frío me acarició el rostro, no sabía

que tenía tanto calor hasta que aquella brisa calmó, en parte, lo que el laird había provocado.

El humo seguía ascendiendo, no con tanta fuerza, en busca de una liberación en las nubes que no encontraría. Los gritos ya no se alzaban, ahora solo reinaba el silencio. Comprendí que era aquella ausencia de sonido lo que más miedo daba. En mi fuero interno esperaba alguna muestra de vida y tuve miedo ante lo que podría encontrar.

Ya no eran casas, solo trozos de madera que caían con cierto orden. Sangre, cuerpos sin vida, incluso cuencos rotos, se encontraban desperdigados por el suelo. Era como si una gran tormenta hubiera estallado en aquel lugar, destrozando lo que antes había pertenecido a aquella gente, lanzándolo a nuestro alrededor, tratando de causar la máxima devastación posible. Incluso los cuerpos, que antes les habían pertenecido, se habían convertido en cascarones vacíos.

Temí lo que pudiera encontrar porque ya lo presentía. Notaba en mis huesos la presencia de la muerte por todas partes, eran como miles de hálitos helados que me traspasaban, intentando detenerme, tratando de avisarme.

Sin permitir que mi mente me detuviese avancé en silencio, manteniendo la calma, de cuando en cuando oteaba a mi alrededor, levantando la vista de mis propias botas, con la esperanza tratando de escapar.

De pronto un grito, parecía de bebé. Me sobresaltó, irrumpió de pronto en la quietud de la noche, rasgándola, eché a correr. Me movía huyendo de lo que dejaba tras de mí y ansiando llegar hasta quien me necesitaba, necesitaba dejar atrás incluso a mi propia sombra.

Pocas cosas me sorprenden, aquello lo hizo. Sentí la desesperación, el miedo, la tristeza. Las lágrimas, espesas y gruesas, descendieron por mis mejillas mientras traspasaba el umbral de una de las pocas casas que permanecían en pie. También allí había sangre, un charco que se me antojaba enorme, creciendo con lentitud bajo el cuerpo de una mujer joven, hermosa, herida.

Me aproximé y toqué su pecho. Respiraba con suavidad mientras un pequeño, de no más de un año, lloraba con fuerza a su lado, aferrándose a sus ropajes con tozudez, exigiéndole que se levantase, que lo acunase entre sus brazos para calmar el miedo que había tomado el mando en su joven mente.

Inspeccioné su herida y gemí por dentro.

—¿Hay posibilidades? —le pregunté a Cas sin saber qué era lo correcto. No obstante, al mirar a su hijo, sentí que al menos debía intentarlo. No quería llegar a arrepentirme. Las llamas todavía no se habían extinguido, sentí que aquel era mi cometido y cogí mi puñal con manos trémulas. Salí de aquella casa con convicción, aproximé la hoja a una de aquellas improvisadas hogueras y recé por primera vez en mucho tiempo.

—¿Vas a rematar a alguien? —La voz de Tormod me sobresaltó, no lo esperaba tan cerca. Cas solía avisarme cuando alguien se aproximaba sin que yo lo detectase, pero se había quedado guardando a aquella joven.

—Salvarla —respondí pasando por su lado a toda prisa. Entré en la casa, medio derruida, de aquella mujer y me dirigí a ella sin permitir que la duda me tocara. Observé un gesto de dolor en el rostro de Tormod al ver lo que me proponía. Se acarició el abdomen y supe perfectamente lo que rondaba su mente—. Coge al niño. —Tormod no reaccionaba—. ¡Cógelo! —grité. El llanto del niño se incrementó hasta que sentí que rebotaba por mi cabeza. Esta vez Tormod reaccionó al momento. En unos segundos cautericé la herida apretando el metal de mi puñal contra su pierna—. Tenemos que llevárnosla.

—¿Ahora nos acoges a todos? —Ver a un ser tan indefenso en los brazos de un guerrero, de un hombre con brazos tan anchos como su fino cuerpecillo, me hizo sonreír. Sentí calidez al verlo

como un padre, una idea que me sorprendió.

—Pueden volver. ¿Cómo sobreviviría ella sola? ¿Quién cuidará la herida? —Me senté al lado de aquella mujer, manchándome con su sangre en el proceso. Sus párpados seguían cerrados, su boca se entreabría gimiendo en medio de lo que parecía una pesadilla. Besé su frente para comprobar su temperatura y hacer algo que no fuera espiar a Tormod. Él no apartaba sus ojos negros de mí.

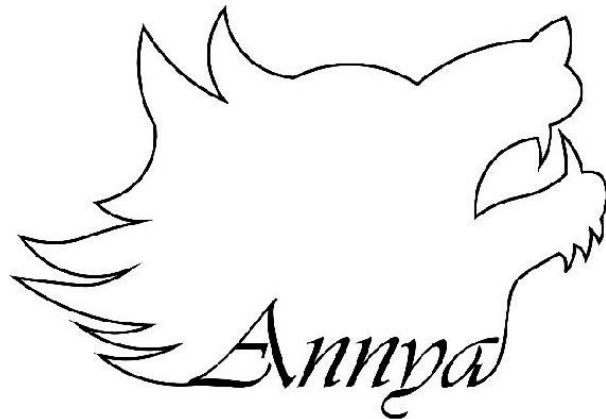
Tormod me cedió al niño, mucho más grande de lo que aparentaba en sus brazos. Se movía mucho, sentí que podría escurrírseme con facilidad y me pregunté si hacía falta algún tipo de instinto o algo así para tener hijos.

El gran laird se inclinó, gimió y se tocó el vientre, pero no se detuvo. Recogió el cuerpo de aquella mujer y se incorporó lanzando un gruñido.

—¿Te duele? —pregunté sintiendo que no debería importarme.

No llegó a contestar.

Capítulo 6



Y, tras dos horas de lenta caminata, llegamos al fin. Tormod prácticamente se desmayó sobre mi lecho, no llegó a apartar las pieles, ni siquiera esperó a que hubiera atendido a aquella mujer debidamente.

El niño se durmió poco después de acercarlo al pecho de su madre. Me tumbé en un lado preguntándome cómo había pasado de estar sola a estar rodeada y sentirme una invitada en mi propio hogar. Allí tumbada tuve tiempo de recordar el beso de Tormod, con una sonrisa que no conseguía borrar, recuperé aquella sensación chispeante en mi vientre, creciendo, ganando fuerza cuando mis ojos se posaban en él.

Quizás fuera el silencio o las respiraciones acompasadas, tal vez la tristeza de no encontrar a nadie más con vida en aquel pueblo. Estaba más cansada de lo que pensaba, el sueño me venció sin que fuera consciente de que había perdido la batalla antes de saber que estaba luchando.

De nuevo había gritos, al principio desconocidos, poco a poco se transformaron en voces conocidas. Súplicas, ruegos y más llanto.

Y de pronto me encontraba en el prado caminando, pocas veces me alejaba tanto del castillo. Sin embargo, los rayos del sol calentándome la piel, la brisa cálida, los pájaros cantando... era un paisaje que invitaba a perderse y estaba harta de tanto deber. Cansada de las obligaciones que padre me imponía y de las discusiones. Las acusaciones entre ambos eran constantes, un odio que se profesaban y que a duras penas conseguían esconder ante aquellos que no fuera yo. Conmigo se quitaban las máscaras de padres amorosos o matrimonio bien convenido, ellos eran rivales, se odiaban con ferocidad y no serían lágrimas lo que soltarían por la muerte del otro.

¿Estaba huyendo? Quizás por unas horas, solo buscaba evadirme, ¿era tan malo eso?

Unos hombres del clan MacLeod se acercaban. Sus ropas estaban rasgadas, caminaban convalecientes e intuí que alguien les había atacado por el camino. Ingenua de mí, corrí hacia

ellos, dispuesta a ofrecerles todo cuanto pudiera para que se recuperasen.

Traté de detener a la Annya que se acercaba a aquellos monstruos, la veía y al mismo tiempo era ella, grité hasta que las cuerdas de mi garganta ardieron sin que ningún sonido escapase entre mis labios. Ella siguió avanzando y yo sabía lo que ocurriría a continuación. Estaba condenada a presenciarlo sin poder modificar el resultado. La impotencia se volvió insoportable.

—Milady. Espero que pueda prestarnos auxilio. —Un hombre alto se aproximó a mí. Era mayor, aunque no por ello había perdido atractivo. Sus ojos negros me parecieron aterradores y hermosos, era como mirar un pozo oscuro en el que podías encontrar cualquier cosa. No supe leer en ellos.

—Claro, pueden acompañarme y pediré que los atiendan —respondí con una sonrisa, contenta por poder ayudar. Padre estaría orgulloso, al fin me miraría reconociendo mi existencia, no como un fantasma con el que tenía que compartir el espacio.

—Perdone mi torpeza. Soy Leod MacLeod. —Me tendió una mano inmensa y yo acerqué la mía tímida. Me sentí diminuta a su lado, un rubor ascendió hacia mis mejillas y me encogí suplicando que no se hubiera percatado. No se trataba de que realmente me gustase, era demasiado mayor, me dije, sin embargo, nadie me había mirado antes de la forma en la que él lo hacía. Me reconocía como mujer, era algo de lo que estaba completamente segura.

Fue la casualidad de aquel gesto y mi agudeza visual, o tal vez mera casualidad simplemente, pero reparé en que no había herida alguna acompañando aquellas manchas de sangre. Mis ojos se abrieron incrédulos y las piernas me temblaron al momento. Sentí el peligro, vi el cambio en la actitud de aquellos hombres, la sonrisa lobuna que apareció en algunos de ellos mientras acariciaban sus claymores.

—Quizás es mejor que me adelante y pida ayuda —sugerí. Era tarde, ellos no me permitieron alejarme.

—Pequeña, solo trato de salvar vidas. —Fue cuanto me dijo el laird traidor. Su mano derecha oprimió mi brazo y tiró de mí hacia el acero que empuñaba con la izquierda. El dolor me dejó sin palabras, sin aire, solo lo miré con la incredulidad pintada en el rostro.

Recogió mi cuerpo con dulzura y yo no supe qué decir o pensar. Empezaron a caminar hacia el castillo y yo me quedé congelada. Debía hacer algo, pero ¿qué? El tiempo se acababa, a cada paso nos acercábamos más y más. Sentí que si abría la boca estaría muerta, yo no quería morir, sin embargo, ¿qué sucedería con los demás si mantenía silencio? Y tardé demasiado en decidir. Cuando los guardias preguntaron quién iba ellos dijeron que alguien me había atacado, que tuvieron que matar al asaltante para protegerme y me traían de vuelta. ¿Quién no abriría las puertas?

Y así comenzó. Sin más. No esperaron una señal, simplemente desenvainaron y acometieron contra todo aquel que trató de defenderse, incluso después siguieron asesinando y... cerré los ojos negándome a ver más, pero no sirvió de nada. Daba igual lo que intentase, podía sentirlo en mi piel como aquel día.

Sin embargo, algo ocurrió. Atacaron al laird y éste me dejó a un lado. No vieron que ella se acercaba, Naela... Ella me recogió y me ayudó a avanzar, hasta que logramos hacernos fuertes en una de las torres. Aguantamos un día, no necesitaba que el tiempo transcurriese, conocía el final. Ella me curó la herida, salvando mi vida de paso, pero entrarían en aquel lugar, lo harían y ella moriría por protegerme.

—No lo hagas. —Era yo la que hablaba mientras miraba el hierro candente.

—*Es necesario.* —*contestó ella cansada de una discusión sin sentido. Se sentó a mi vera y comenzó a hablar. Mi grito de dolor no detuvo su discurso, yo traté de concentrarme en sus palabras como había hecho siempre. Me negaba a reconocer que aquel fuera el final de la vida que había conocido, mi padre lograría solucionarlo todo. Pero él ya había huido, varias horas antes de que aquellos MacLeod me hubieran encontrado, alguien lo avisó y él no trató de llevarme con él—. Aquella joven era valiente y justo por eso estaba aterrorizada. La tormenta golpeaba el cascarón del barco con tanta fuerza que los maderos amenazaban con separarse, con romperse por mil pedazos.* —*Siempre me encantó aquella historia, sin embargo, en aquel instante no era lo que precisaba.*

—*Nos violarán y nos matarán.* —*Mis temores hechos palabras.*

—*A ti no. Tú eres importante.*

—*¿Lo soy? Las mujeres no valemos nada.* —*Miré por la ventana sorprendiéndome de que el sol siguiera allí fuera, esplendoroso—. Podríamos huir. Podemos escapar de ellos, solo debemos encontrar un buen momento.*

—*No llegaríamos lejos.*

—*¿Y qué hacemos? ¿Es mucho mejor quedarnos sin hacer nada?*

—*Nos salvarán.* —*Parecía completamente segura de eso, yo no lo estaba tanto. Quizás porque al tratar de pensar en alguien al que le importase mi muerte solo acudía ella a mi cabeza. Pensé en Lianne, pero ella tenía que encontrarse en un lugar seguro.*

—*Lo dudo.*

Me desperté antes de que llegase la peor parte, en un estado de agitación como nunca antes. Gateé hasta su hijo, recordando sus ojos, la espada atravesando mi carne.

Al sentirme sobre él abrió los ojos, tan parecidos a los de su padre, tan parecidos... coloqué el puñal sobre su garganta y apreté ligeramente, no podía detenerme... mi mano tembló.

—*¿Por qué dudas? ¡Hazlo!* —*exigió sin defenderse.*

—*Cuando ella despierte me acompañarás. Mataré a los cerdos que acompañaban a tu padre, los degollaré mientras duermen* —*siseé sobre su rostro—. Y después a ti.*

—*No puedo permitirte tal cosa.*

—*¿Por qué? ¿Acaso no te dijeron que tu padre murió asaltando el castillo?*

—*No puedo permitirte lo porque yo mismo encontraré a los traidores y acabaré con ellos* —*aseguró tratando de imponerse.*

—*No. Necesito hacerlo yo.* —*Un escalofrío me recorrió entera, fruto de la pesadilla que había tenido el placer de disfrutar minutos antes—. Lo necesito.* —*Y dejé caer el puñal, yo misma caí sobre su cuerpo. Sus brazos me envolvieron y no tuve fuerzas para alejarme—. Lo necesito* —*repetí por tercera vez.*

Giró llevándome con él y me encontré bajo su cuerpo. Con suavidad abrió mis piernas y se acomodó entre ellas. Besó mis labios y se retiró para observarme en silencio.

—*¿Qué esperas conseguir? Los mataré yo, no tienes por qué cargar con ello.* —*Se apretó contra el centro de mi ser, sentí aquella dureza y quise más, mucho más—. Después...*

—*No necesito que lo hagas por mí.* —*Y entonces sentí que el consuelo era mejor que negarme a lo que mi cuerpo reclamaba. Decidí olvidarme por un momento del pasado, de quién era él, aferrarme a la intensidad que aquel contacto provocaba en mí—. Me acompañarás porque te necesitaré para dar con ellos, no dirás quién soy y me ayudarás a vengarme.*

—*¿Por qué habría de hacerlo?* —*Y volvió a apretarse contra mí.*

—*Porque no te has ido, porque sigo con vida, porque no has reclamado la recompensa por mi*

cabeza. Ni siquiera lo has intentado, —Sonreí sintiéndome poderosa—. no esta vez.

Él no contestó. Asaltó mi boca y yo lo encerré entre mis piernas. Me miró sorprendido.

—No me tientes, Scáthach. —Yo también conocía la leyenda. Ella era una guerrera, una maestra del arte de la lucha, fuerte, independiente, dicen que invencible. Ella era La Sombra, La Doncella de la Guerra.

—¿Qué ocurrirá si lo hago? —Me lancé de lleno a la hoguera, esperando descubrir un placer indescriptible.

Sus manos se internaron con maestría bajo mi ropa, me fueron desprendiendo de ella poco a poco, al tiempo que sus labios, su lengua, me invadía y se enlazaba con la mía en un baile sensual que me aturdía.

Noté su urgencia, que incrementaba mi necesidad. Yo misma ansiaba frotarme contra él, notarle allí donde siempre me dijeron que no debía tocar, guardando mi virtud como el mejor de los tesoros, sin comprender por qué ser el primero era importante.

Ahora, mirándolo, sintiéndolo a él, comprendí las vueltas que daba el destino. Un Dios caprichoso había puesto en mi camino al hijo de mi peor enemigo, a un hombre que encarnaba a todos aquellos que yo odiaba con cada fibra de mi ser, al laird del clan que me despojó de lo que era mío por nacimiento, por pecados que no me pertenecían. Me habían lanzado a un hombre que debería haber asesinado y lo tenía entre las piernas, lo deseaba como nunca antes había deseado, era tal la intensidad que todo lo demás dejó de importar. Me sorprendía cómo todas aquellas emociones, que antes me habían martirizado, desaparecían para ser reemplazadas por una única orden. Dentro.

Y sin haberlo hecho antes, con la vergüenza escondida en el interior de mi mente, repitiéndome que mientras mis ojos permanecieran cerrados, mientras mis manos, mi cuerpo actuara en la oscuridad podría sobrellevarlo, me dejé llevar.

El instinto era sabio, una sabiduría que había pasado de generación en generación, supe que aquel acto era algo mucho más grande que nosotros dos, que aquellas emociones eran incontrolables, nada importaba más allá de sus dedos, su lengua, su boca, todo él descubriendo en mi piel zonas muy sensibles que espoleaba hasta que los gemidos me traicionaban y él los rescataba asaltando mi boca. Una y otra vez, mientras la ropa terminaba de desaparecer.

Y de pronto estábamos desnudos, frotándonos, necesítndonos. Lo sentí cercano, como si lo conociera desde siempre y nos hubiéramos reencontrado después de mucho tiempo. Aquellas caricias era nuestra forma de hablar, incluso en los gestos que conteníamos sentía la necesidad, una emoción primitiva y poderosa que me mantenía allí, mirándolo, suplicando por algo, pero sin saber el qué.

—Yo soy el hombre que debería encarcelarte, aquel al que le confiaron la tarea de acabar con tu linaje. Tú eres la mujer que puede reclamar lo que ahora es mío y puede causar la caída del rey al que le he jurado lealtad —resumió el en un instante—. Lo siento. —Pero daba igual cuantas veces lo repitiera.

—Sí, lo soy.

—Si lo hacemos estaremos traicionando a todos los que confiaron en nosotros.

—Sí. —Lo miré como si fuera tonto—. Si alguien te mata seré yo.

—Así me gusta, Scáthach —soltó con ironía—. Dudo mucho que después de probarme no desees más. Después de esta noche me pertenecerás —dijo con complacencia.

—¿Yo a ti? —pregunté con desdén. Sus ojos negros se quedaron fijos en mis labios y yo en ellos. Hablé todavía más despacio al tiempo que él se frotaba contra mí —Harás todo cuanto te

diga.

—Eso no es posible.

—Ya lo veremos. —Él mordió mi oreja, la mordisqueó y su aliento sobre ella me hizo temblar. Comenzó a empujar, mi cuerpo se resistía.

—Va a doler, agárrate a mí. —Hice lo que me decía sin pensar.

Y cuando creía que iría despacio me atravesó de una empellada. Me mordí el labio ante la necesidad de gritar, recordando que no estábamos solos y clavando las uñas con fuerza en la piel de sus hombros.

Lo empujé y él se resistió. Ver la pena en sus ojos me cabreó, golpeé su mentón con fuerza y aprovechando su desconcierto lo hice girar hasta que quedé encima. Aquel movimiento provocó que lo que fue dolor dejase de serlo para convertirse en algo cálido, necesitaba más.

—El control me pertenece. —Él sonrió y levantó las manos. Aquel gran highlander me observaba y sentí vergüenza, estaba desnuda sobre él, indefensa a su escrutinio. Moví ligeramente las caderas, verlo gruñir y entornar los ojos me hizo ganar valor.

Y una vez empecé no pude detenerme. Sus manos se posaron en mis caderas, me guiaban y yo trabajé aunando esfuerzos con él. Lo dejé todo de lado, quién era, quién había sido.

Atrapó mis pechos en sus manos, los apretó con fuerza para, a continuación, acariciarlos con una ternura sorprendente. Seguí cabalgándolo, sintiendo el poder de su respiración en mis caderas, sus pulmones se llenaban cuando ascendía sobre él y al descender lo perdía todo en un gruñido grave, que reverberaba por él y llegaba hasta mí.

Y algo creció en mi interior, lo sentía recorriéndome desde el vientre hasta la punta de los pies. Estaba a punto de desbordarme, mi cuerpo no era capaz de retener aquella sensación, quise aferrarme a ella, sabía que el final estaba cerca, pero me negaba a alcanzarlo. Lo miré y sonreí al verlo tan perdido como yo, me pareció el hombre más guapo que había visto nunca, deseé poder abrirme a él, mostrarme como realmente era, quise mucho más de la vida.

Él agarró mis manos y las entrelazó con las suyas. Sus ojos alcanzaron los míos y no pude desviar la mirada, me hundí en aquella oscuridad tan llena de matices, conectando aquella corriente con la suya, aferrándome con uñas y dientes a una conexión indescriptible.

—Te dije que no podrías olvidarme, Scáthach. —Me mordí el labio mientras volvía a alzarme. Yo estaba en la cima del mundo, luchando contra mí misma, contra él, jugando con un fuego que una mujer jamás debería sentir si no era en compañía de su esposo, y eso, si dicho esposo era un hombre generoso.

—¿Podrías hacerlo tú? Creo que he grabado mi nombre a fuego en tu cuerpo —contesté oteando las marcas rojas que mis uñas habían dibujado sobre su piel. Finas líneas que se estiraban y recorrían sus hombros y pecho.

—Nunca, ahora tengo que hacer que tú lo comprendas. —Y sin avisarme elevó sus caderas robándome el aire. Lo miré esperando más, sin decidir si me había gustado o deseaba encadenarlo para que no volviera a hacerlo, para que yo manejara aquel momento. Él comenzó a moverse de manera mucho más feroz, golpeaba mi interior con dureza y cada penetración me pareció lo mejor del mundo.

Y ahí perdí el control. Me dejé arrollar por aquella energía que me pedía a gritos más. Más, ¿más de qué? No importaba, solo más y solo con él. Solo él, aquellas palabras se repetían en mi mente mientras continuaba perdida en aquella oscuridad en la que sus ojos eran los reyes. ¡Qué diferente podía haber sido todo si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias! El pasado, era algo que traté de mantener alejado mientras mi cuerpo se quedaba laxo entre sus brazos. Me

convertí en una muñequita de trapo que necesitaba que la abrazasen, necesitaba que él me moviera, me sentía realmente agotada.

—¿Y bien? —Él mismo había palpitado en mi interior hacía apenas unos segundos. Sonreía orgulloso, realmente pletórico, no se parecía en nada al hombre de horas antes. Tenía que estar agotado, al mirar hacia abajo vi que la herida, ahora ampolla, no tenía muy buena pinta, debía dolerle horrores, pero nada de eso borraba la enorme sonrisa que lucía.

—¿Y bien qué?

—¿Querrás repetir? —inquirió él.

—¿Esa es forma de hablarle a una mujer? ¿No tienes buenas intenciones para conmigo? —pregunté con sarcasmo. Él besó mi frente sin mover ni un ápice la expresión de su rostro, un gesto que por algún motivo no soporté. Aquella ternura, incluso cariño, cuando éramos enemigos, cuando su familia había dado el golpe final a quién fui una vez, simplemente no pude soportarlo.

Me aparté sintiendo que debía cubrirme. Recogí mis ropas y me apresuré a taparme, como si con eso pudiera borrar lo ocurrido. La culpa me recorría, el saber que aquel hombre era el hijo de Leod... Me tapé los ojos queriendo acallar las voces. Al recordar que él la había... Apreté mis ojos con más fuerza.

—Esto no debió ocurrir jamás —solté, mirándolo con deseo escondido. Mi corazón me preguntaba qué podía haber de malo en algo tan hermoso, pero solo necesitaba cerrar los ojos para que mi cerebro mandase sólidos argumentos en forma de recuerdos.

—Podemos hacer lo que deseemos. Nadie tiene que saber quién eres, si lo deseas podríamos...

—¿Qué? ¿Ser tu puta? ¿Es eso? —Sentí repugnancia por mí misma. Él ponía ante mí un espejo que me devolvía el reflejo de alguien que no me gustaba en absoluto.

—No he dicho eso.

—¿Entonces qué has dicho? ¿Contra quién luchaste en Bannockburn? Dime, ¿a cuántos más has matado que lleven mi sangre?

—No sé qué quieres decir...

—No me tomes por tonta. —Recogí mi puñal sintiendo que todo era mucho más sencillo antes de que irrumpiera en mi vida. Blanco o negro, el gris no me gustaba en absoluto—. Pocos clanes se atreven ya a enfrentarse a Robert I, pocos recuerdan que él es el mayor traidor que pueda existir.

—Si dices eso acabarás muerta. Esta tierra le pertenece, es el rey y cuanto antes lo comprendas antes...

—¿Qué? ¿Volveré a mi hogar? —Sentí ganas de llorar porque en el fondo deseaba regresar, no sola, pues Cas me acompañaría allí a donde fuera, pero regresar al lugar en el que había crecido, en el que un día fui feliz era, quizás, el único sueño que me quedaba, aunque lo acallaba avergonzada—. Robert jamás lo permitiría, aquellas tierras son valiosas y comerciará con ellas cuanto pueda. Ni él ni el rey inglés merecen el trono, al final se alzan sobre la sangre de aquellos que confiaron en ellos.

—¿Y tú en quién crees? —me preguntó asombrado. Medité con seriedad antes de responder, tal vez porque yo misma había pensado mucho en ello. Mi madre siempre había estado de lado de Robert, mi padre por el contrario lo odiaba en cuerpo y alma. ¿Y yo? ¿Qué sentía yo?

—En mí. —Y supe que era cierto—. En aquellos que no necesitan reinar para ayudar a los que les rodean. —Naela, Nanha y Lianne. Ellas habrían sido las mejores reinas, pero nadie alzaría a tres mujeres sin ganas de guerra. Era la sangre la que importaba, pero si regaba la tierra, si las

vidas se malgastaban sin ningún tipo de control—. En sobrevivir y en que no les importo nada mientras no interfiera en sus planes.

—Es nuestro rey —repitió como si yo no hubiera abierto la boca, parecía que no necesitase pensar mientras supiera lo que debía decir. Sentí pena por él.

Y el gran highlander debía regresar, lo sentía, era lo correcto. Yo permanecería en aquella cueva, en las sombras. Envejecería y nadie recordaría que hubo un tiempo en el que el gran conde de Buchan tuvo una hija. Las personas olvidarían, todos lo hacen, solo yo sentía que el tiempo no había pasado y, si lo había hecho, fue para dar la vuelta y acabar en el mismo punto.

Le lancé la crema a Tormod y me tumbé deseando dormir. Un descanso más que merecido, sabiendo que era un arma de doble filo, deseando que por una vez fuera un sueño agradable, recordándome a mí misma que si quería recordar no tenía que acudir siempre a uno de los peores momentos de mi vida y, por una vez, mi cabeza tuvo piedad de mí.

Capítulo 7



25 de marzo de 1306

*E*n aquellos años convulsos, un matrimonio no solía realizarse por amor. Se parecía más a un intercambio de mercancías, forjando de paso nuevas alianzas. El cariño y el deseo eran algo esquivo, si había algo de suerte el tiempo podía crear ciertos lazos, aunque la mayoría de las veces demasiado endebles para perdurar. Al final esas dos personas simplemente se alejan, evitan pensar que, en un pasado, quizás ya lejano, unieron su vida a la de otra persona, el paso de los años los hará sentir estúpidos por tal decisión, aunque cuando yo di el “sí quiero” parecía la respuesta más acertada.

¿Cómo habría podido negarme? ¿Cuál habría sido la opción aceptable? Lo que supe desde el primer instante en el que vi a John era que jamás podría sentir nada por él. Traté de encontrar algo que nos uniera, pero no veía en él nada que yo pudiera admirar. Era un hombre simple al que simplemente le importaba el poder. Yo era una mercancía más que perdía su valor con rapidez, me tomó un par de veces y cuando me quedé en estado me desechó, ya había cumplido mi función. Él olvidó quién era yo, que sangre de reyes y guerreros corría por mis venas y jamás debió hacerlo. Tampoco volvió a intentarlo más tarde cuando la desgracia cayó sobre nosotros.

No sé si lo hice por desesperación, no sé si simplemente sentí que era lo correcto. ¿Qué pensé cuando me coloqué ante Robert y lo coroné? Sabía que aquel era el mayor desafío de mi vida, en aquel momento terminé de romper nuestro matrimonio de manera irreparable, al menos a ojos de todos aquellos que no nos hubieran visto juntos antes. Sin embargo, estaba agotada de que se me tratase como a un sirviente más.

Aquella mañana llovía, como casi siempre en aquel lugar. Las nubes se deslizaban con lentitud por el cielo, oscuras, amenazantes y yo sonreía por primera vez en mucho tiempo. Robert se veía imponente, varias cadenas de oro envolvían su cuello y una gruesa corona danzaba sobre su cabeza de manera totalmente ridícula. Los hombres y la ostentación, aunque a mí nada de eso me

importaba.

—Es un gran día, ¿no lo nota? —dijo mirándome como si fuera una reina y tratándome como tal. Era cierto que el día anterior lo habían coronado, sin embargo, ambos sabíamos que para que fuera legítimo debía ser un MacDuff quién debía colocar aquel trozo de metal sobre su cabeza y mi hermano jamás aceptaría. Él besaba el suelo que yo pisaba porque unas palabras mías lo legitimarían mucho más que cualquier batalla que pudiera librar. Lo miré sabiéndome superior, yo era quién era por derecho no lo había ganado por la fuerza. Sonreí con dulzura.

—Para los reyes, muy señor mío. Espero que me haya excusado, no logré llegar a tiempo. Creo que ayer también fue una fecha a recordar. —Lancé mi aguijón sabiendo que él se removería y así lo hizo.

—Lamento lo ocurrido y espero que pueda perdonarme.

—Fue un insulto bastante grave, pero el alma de una mujer es tierna y sabe olvidar. Es un día para comenzar de nuevo, renaceremos más fuertes que nunca. ¿No le parece? —Él me tendió su brazo y yo lo recogí inclinándome ligeramente. Caminamos hasta la abadía de piedra sin dejar de hablar, un intercambio cortés con el que tenía pensado comenzar una fructífera amistad. ¿Quién mejor para liberarme de mi esposo que el rey de Escocia?

—Me alegra que haya podido llegar. Temía que su marido lograra evitarlo.

—John lo intentó, pero soy esquivo cuando así lo deseo. Nunca debe subestimar a su oponente, mi rey, ese podría ser un error fatal.

—¿Puedo preguntarle por qué se opone a los deseos de su esposo de forma tan directa? ¿No teme las represalias?

—El miedo es algo que perdí hace mucho tiempo. Creo que ambos sabemos lo que es sobrevivir y luchar por lo que deseamos. ¿Me equivoco? —Él se tensó y yo supe que no me había equivocado. La muerte de John el rojo no había sido porque éste hubiera pedido ayuda a Inglaterra, solo un movimiento arriesgado por parte de Robert al ver que su tan ansiado trono peligraba en favor de quién había demostrado ser un fiero rival.

—Es usted muy perspicaz y directa.

—¿Lo considera usted un defecto? —pregunté bajando el tono de mi voz. Lo miré aleteando con fuerza mis pestañas y apreté, todavía más, su brazo contra mi pecho.

—No, hoy está probando con creces su lealtad hacia su rey, mi señora. —Asentí desviando la vista y la centré en aquella construcción de piedra que esperaba cuanto hiciera falta nuestra llegada. Se contaría durante años lo que allí estaba a punto de acontecer.

—Temo al futuro —confesé algo turbada—. La balanza puede deslizarse de pronto hacia el lado equivocado y quedaríamos a merced de aquellos que quieren doblegarnos, no me gustaría que un inglés decidiera sobre lo que siempre fue nuestro.

—Eso no ocurrirá.

—¿Lo siente? —inquirí de pronto, sintiendo cierta magia en el aire. Era como si alguien allá arriba supiera que era un día importante. Si estiraba los dedos tenía la impresión de que lograría sentir a los fantasmas envolviéndonos, guiándonos —Escocia es fuerte, no necesita a otro títere inglés.

—Y no ocurrirá. —Me giré de pronto y quedamos frente a frente.

—¿Por qué habría de creer en su palabra? ¿Cómo puedo estar segura de que, llegado el momento, cumplirá con lo que promete? El tiempo tiende a hacer olvidar los juramentos. —Temía pasarme el resto de mis días al lado de John, aquella era la peor de las condenas—. Necesito poder comenzar de nuevo.

—Por ahora ha de mantenerlo vigilado.

—Lo sé —lo corté levantando la mano—. ¿Y después? —Me acerqué al rey, al hombre tan cegado por sus ansias de poder que haría cualquier cosa. Él no tenía escrúpulos y yo tampoco, nos medimos unos segundos hasta que di el paso final y atrapé sus labios. Él se mostró sorprendido, podría decirse que indeciso, pero finalmente respondió a mi contacto con un beso húmedo que no llegó a agradarme. Los hombres poderosos no tendían a saber de pecados carnales, quizás porque no sentían la necesidad de complacer a las mujeres que tenían en el lecho. Me alejé pensando en uno de los hombres que trabajaban para mi marido, no recordaba su nombre, pero había sido uno de los mejores descubrimientos de mi vida. Le haría una visita tan pronto regresase—. Cumpliré su palabra porque, aunque me vea tierna e indefensa, puedo ser una enemiga peligrosa.

—Yo no olvido una deuda y tampoco podría olvidarla a usted. —En un gesto de valentía ahora fue él el que me acercó y tomó mi boca. Al igual que antes no fue agradable, aunque tampoco especialmente asqueroso.

No necesité más de diez minutos para hacerlo rey. Lo miré con una sonrisa y él se olvidó de mí. Tenía prisa, todavía había muchos conflictos abiertos y no tenía tiempo que perder en conversaciones fútiles que no aportaran nada a su causa. ¿Qué necesitaba un rey ahora que ya tenía lo que tanto había deseado? Sus tierras.

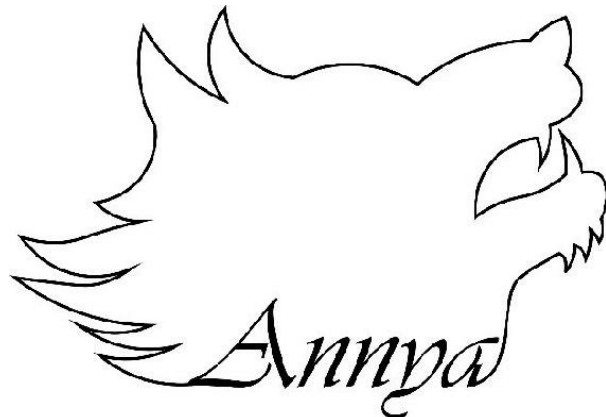
Regresé a mi hogar con cierta nostalgia, sintiendo que aquel día todo cambiaría. Annya me esperaba como siempre, demandando un cariño que yo no podía darle, un amor que nunca sentí por su persona. Preferí mandarla con su nodriza, liberando así, en cierta manera la culpa que me embargaba cuando ella estaba presente. No la quería, pero me odiaba por ello. Sabía que debía hacerlo, muchas veces me pregunté por qué no lo conseguía, aunque ya no tenía sentido seguir haciéndolo, conocía la respuesta.

Annya entrecerró los ojos amenazando con aquel llanto que me hacía doler la cabeza. Cuando sus gritos se elevaban sentía el irrefrenable impulso de posar mis manos en su cuello y apretar hasta que volviera el silencio, solo me retenía saber que era ella la razón de que John ya no me exigiera compartir su lecho y me reconfortaba lo suficiente.

—Madre, juega conmigo...

—Esta noche no, cariño. Mamá está muy cansada. —Acaricié su pelo y me pregunté si podría deshacerme de ella también llegado el momento. Estaba demasiado cansada para tratar de fingir culpabilidad por aquel pensamiento.

Capítulo 8



A la mañana siguiente todo había cambiado, yo misma me sentía diferente. Aquella mujer despertó para llorar sin consuelo, daba igual lo que le dijera para reconfortarla, saber que todo aquel al que conocía estaba muerto desgarró una parte de su alma que yo me veía incapaz de curar, solo el calor de su hijo aplacaba en parte aquella desolación.

Y ante la impotencia y el llanto, sentí que las paredes de aquel lugar me aprisionaban como cadenas de hierro. Decidí cazar un poco y pasear, quizás incluso alejarme lo necesario para comprobar que nadie se había internado en mis dominios. Tormod no dejaba de mirarme, aunque yo me hacía la tonta.

—Cas —llamé a mi lobo y me dirigí a la salida.

—No te vayas, por favor. —La voz de aquella mujer me detuvo, pero no me gire, no necesitaba hacerlo para saber lo que encontraría.

—Necesitamos comer —repuse sin ánimo para más.

—No me dejes con él —replicó ella en un susurro aterrado. Miré a Tormod y supe lo que sentía ella, porque yo también había sentido aquel pánico en presencia de un hombre.

—Él es tu laird —solté sin saber por qué—. No te hará daño.

—¿El laird? Pensé que había muerto. —¿Ahora estaba enfadada? —¿Tenía que habernos protegido! —aulló enardecida. Tormod se levantó y me dejó estupefacta al replicar con un tono frío como el hielo, incluso pude ver como ella temblaba cuando me giré sorprendida.

—Vuelve a hablarme así y perderás la lengua. —Se inclinó sobre aquella pobre mujer, que aferraba a su hijo contra su pecho con desesperación—. Lo que hace tu laird no es algo sobre lo que debas opinar. ¿Acaso crees que puedo saber lo que ocurrirá en todo momento? Da gracias de estar con vida y no me retes, no quiero tener que desterrarte—. Ella bajó la cabeza, pero yo no, oh no... lo miré rezumando odio.

—Es una pena —dije cerrando la mano.

—¿Una pena? —preguntó él, aunque por el cambio de postura creo que intuyó lo que se acercaba. Lo golpeé con fuerza, toda la que pude reunir. Sentí pena por aquellos hermosos labios, suaves y firmes, que tan bien me habían tratado.

—No vuelvas a amenazarla en mi casa —sisé. La mujer nos miraba sorprendida y yo le sonreí para infundirle algo de tranquilidad. Volví sobre mis pasos para arrodillarme a su lado. Con un movimiento fluido desenvainé un puñal, que tenía escondido en una cinta contra mi pierna, y se lo tendí—. No dudes en luchar, es mejor hacerlo. —Ella asintió y yo me incorporé de nuevo—. ¿Vienes? —pregunté mirando a Tormod. Seguía sin comprender por qué conmigo parecía tan sumiso—. No molestes mucho.

Salimos y él nos siguió. Cas se adelantó y tuvimos tiempo para medirnos en silencio. Había mucho por decir que preferíamos no expresar en alto. Él me detuvo de pronto y yo me giré, sintiendo sus dedos quemándome a través de la ropa. Lo empujé contra un árbol y me lancé por aquellos mismos labios, lo besé con una necesidad primitiva, para alejarme con la misma rapidez.

—Pensé que habías tomado una decisión —dijo él.

—Cas ha encontrado algo —repliqué esquivando el tema.

—Ya podemos volver. Es hora de que regrese y de vengar a los muertos.

—¿A cuántos exactamente? Siento, cuando me miras, que me ocultas algo. —Él dio dos inmensas zancadas y pasó ante mí sin detenerse.

—Es lo que deseabas. Volveremos y encontraremos a aquellos que...

—¿Qué me ocultas? ¿Qué es eso que tanto temer que descubra? ¿Hay algo peor que lo que ya sé? —Sujeté su brazo con fuerza y él me llevó varios metros arrastrando hasta que finalmente se detuvo.

—¿Qué es lo que tanto anhelas? ¿Quieres un motivo para alejarte? ¿Tan insoportable sería estar conmigo? ¿Acaso no puedes dejar el pasado enterrado? —Tantas preguntas a las que yo no podía dar respuesta...

—Tu padre me ensartó con su espada, me usó para atravesar las puertas de mi hogar. Tus hombres degollaron a la única mujer que me quiso de verdad, ante mis ojos, para después tratar de forzarme. —Me detuve para tomar aire—. Tu padre mandó a sus hombres detrás de mí, podía oír sus gritos, tuve pesadillas durante mucho tiempo con todo aquello que prometieron hacerme. Sentía sus manos, el frío acero penetrándome, todo se repetía una y otra vez en mi cabeza.

—Yo...

—¿Tú? Tú eres un guerrero como él. La única diferencia era que aún no eras laird, solo eso te libera de esa culpa, pero hay más, ¿verdad?

—Maté a tu primo. ¿Es eso lo que querías saber? —Miré el cielo sin mostrar sorpresa. Seguía quedando algo...

—Ya van dos. —Contabilicé mentalmente—. Robert se ha llevado a dos personas de mi sangre, a uno no llegué a conocerlo y sin embargo lo quería. Padre hablaba de él a menudo, con cariño y admiración, siempre juró que John el rojo era inocente, que era un digno sucesor en el trono. ¿Importaba? Solo tenía que retirarse, dejar que otros decidieran, pensar en su familia. No lo hizo. Mi primo... en cierta manera lo entiendo.

—Lo lamento. —Posó sus manos en mis hombros y yo no hice nada por apartarme.

—¿Qué creías que ocurriría? Mi primo perdió a su padre, a un hombre que todos en Escocia respetaban y amaban. Lo abandonó todo por huir y salvar la vida, se lo arrebataron con engaños y eso duele. —Y pensé en mí, si hubiera sido varón me recordarían, me habría buscado.

—Era mi vida o la suya. —Asentí sintiendo tanto odio por mí misma. Él era mi enemigo, el

enemigo de los Comyn. Yo debía vengar a aquellos que habían muerto por lo que creían justo, pero no podía, no si el enemigo era Tormod.

—¿Y si fuera yo la que blandiera la espada? ¿Qué harías? ¿Acabarías conmigo?

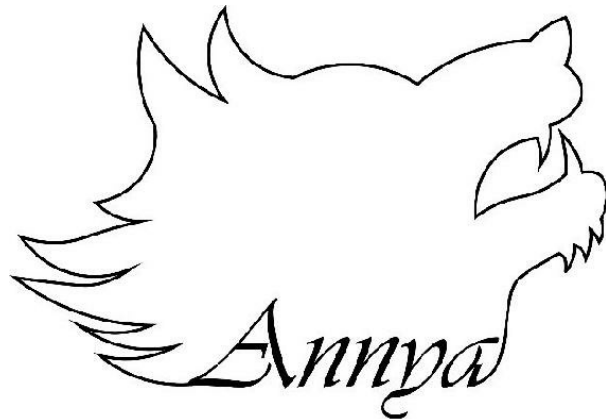
—Tú jamás harías tal cosa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté curiosa.

—Porque me necesitas a tu lado. —Me apretó contra él y me sorprendí al percatarme de que encajaba en sus brazos. Habría sido muy sencillo acostumbrarse a aquel calor, a la ternura de su gesto. No quise tal cosa.

—Quizás seas útil por el momento y no comprenda por qué, a pesar de mis palabras, prefieres mantenerme con vida, pero no olvides mi promesa. Sea como fuere, encontraré la forma de hacer las paces con el pasado y los fantasmas no descansan hasta que se derrama la sangre de aquellos que los dañaron. —Y me alejé para reunirme con Cas, sin percatarme de que el enemigo ya había llegado. La guerra no siempre se desarrolla en los campos de batalla y yo no estaba preparada.

Capítulo 9



Cas se giró, con su presa todavía engarzada en sus fauces, y me miró. Supe que algo estaba jodido. Comenzó a correr y yo traté de seguirlo, Tormod se movía detrás de nosotros de manera mucho más lenta y torpe. Me pregunté cómo había logrado llegar a laird o sobrevivido hasta entonces. Era como ver a un gigante muy pesado tratando de apresarme. Al observar cómo posaba la mano en su vientre supe que la herida no estaba curándose como debía, no reposaba lo suficiente.

—Cas nunca falla. Apura. —Tenía miedo, no lograba alcanzar a aquel lobo intrépido y dejarlo solo ante el peligro no era una opción—. ¡Corre!

Y los vi. Eran seis, todos ellos cubiertos por kilts grises y verdes. Me detuve y observé a Cas, que bloqueaba la entrada a la cueva.

—¿Buscáis algo? —pregunté a voz de grito. Ellos se giraron hacia mí con unas sonrisas que no presagiaban nada bueno.

—Encontramos mucho más de lo que pretendíamos. Tú serás el plato principal preciosa, te lo prometo, pero antes debemos acabar un trabajo —soltó el que se había erigido como el líder. El frío viento de la mañana meció mi pelo rubio, saboreé aquellos instantes viéndome en ligera desventaja.

—¿Pretendíais morir? —contesté, haciendo que mi mente trabajase a toda velocidad. Las hojas de los árboles chocaban entre ellas creando un sonido que tendía a relajarme.

—No es un impedimento que te falte la lengua cuando te monte. —El líder de aquellos cobardes se había molestado, ¡una auténtica pena! Tormod se acercó a mí con las manos desnudas, lo sentí rozarme el brazo y en cierta forma me reconfortó su contacto.

—Retiraros mientras aún estéis a tiempo. Si continuáis... —La amenaza de Tormod fue cortada de raíz por el líder de aquellos hombres.

—El gran laird de los MacLeod. ¡Qué miedo! —exclamó aquel hombre rubio de cabellos

rizados. Sus ojos azules brillaban con ferocidad e inteligencia, algo muy poco común en hombres que se dedicaban a robar, asaltar y llevar a cabo los trabajos más horribles. Su barba era larga y se movía de forma extraña cada vez que hablaba, pareciera que no tuviera pelo suficiente para ser considerada como tal y se mecía sin control. Aquellos rasgos, lejos de conferirle fuerza a su rostro, lo convertía en un hombre-niño. Me lo imaginé saltando enrabiado, buscando atención de una madre que tendría cosas mucho mejores a las que atender—. ¿Aún sigues con vida? Kenneth estará muy decepcionado con la noticia —confesó acompañando sus palabras con una gran risotada para un cuerpo tan escuálido. ¿Acaso pasaba hambre? No era más que pellejo y huesos.

—Mientes. —Vi dolor en el semblante de Tormod.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó aquel hombre de barba bailarina saboreando el dolor y la ira que había causado en Tormod —¿No lo sabías? No todos somos fieles adoradores de un asesino, algunos preferimos el oro que los ingleses tienen. Son negocios —concluyó satisfecha aquella alimaña. Toqué el brazo de Tormod sintiendo que en cualquier instante se echaría sobre nuestro enemigo a manos desnudas, guiado por una furia ciega que lo llevaría a perder irremediamente cuando los camaradas de aquel esqueleto lo cercasen.

—Piensa —susurré lo más bajo que pude—, aún no estás recuperado.

—Lo suficiente para acabar con ellos. —Y sentí miedo a que hiciera una tontería, llevándome al término de que yo misma me planteé lo mismo. Recapacité en el último instante al ver como un moreno, de amplio abdomen y piernas, largas y delgadas, señalaba a Cas con la espada. Una claymore era una espada especial, la espada de aquellos guerreros descendientes de héroes, de reyes, no un acero cualquiera. Ellos no merecían aquel privilegio, ni los colores que lucían en sus faldas. Yo lo sabía, Tormod lo sabía, ellos lo sabían. Eran lobos disfrazados de corderos que disfrutaban viendo como sus presas se confiaban, sentí que aquella montaña sería la tumba de aquellos que jamás debieron osar llegar hasta allí.

—Sois unos cobardes —solté, casi gritando—. ¿Queréis seguir conversando o preferís terminar de una vez por todas? ¿Tenéis miedo de una mujer o de un hombre desarmado? —Sonreí de medio lado, igual que le había visto hacer a padre antes, un gesto que aprendí a imitar ante el espejo. Estupideces de una niña que una vez deseó ser amada por sus progenitores, una estúpida cría.

—Te follaré hasta que sangres por todos los orificios de tu cuerpo —me amenazó el líder.

—¿Empezamos el baile? —pregunté lista para recibir tan asqueroso ataque. Y ellos eran más, ninguno quería enfrentarse con el lobo negro que gruñía como un perro del averno. ¡Cuántas fábulas corrían de boca en boca en las tardes de invierno acerca de la ferocidad de aquellos animales! Historias que no habían hecho más que acrecentar el mito que rodeaba a aquellos animales de sólidas creencias. Los lobos eran nobles, valientes, pero lo mejor era la fidelidad que demostraban. Cas estaría a mi lado hasta el fin de nuestros días.

Y cuando dos de ellos me miraron Cas saltó a mi lado. Yo le di la espalda, sabiéndome protegida, y esquivé como pude los ataques de dos hombres mucho más altos y fuertes. Matar no estaba en mi mente, pero no me contuve. Lancé cada golpe tratando de derribar al oponente, clavé mi hoja allí donde podía, muchas veces sin mirar ni apuntar, temiendo que aquellas inmensas espadas acertasen el golpe.

Estaba tan concentrada que no vi un tercer oponente. Más bajo, más gordo, no parecía realmente una amenaza. Me sorprendió incluso verlo allí, por su rostro de bonachón jamás habría pensado que participase en un acto tan deleznable como aquel. No lo vi venir y al momento siguiente estaba sobre mí. Me había placado, arrebatándome el aire y haciéndome gemir de dolor.

Me apreté las costillas en un intento por recomponerme lo más rápido posible, sabiendo que cada segundo sería aprovechado por el enemigo, una debilidad que no tenía excusa posible. Me levanté para encontrarme con la ancha espada, que Tormod había logrado arrebatarme a uno de ellos, y que movía al límite de sus fuerzas, manteniéndolos a todos bajo control.

—Huye —dijo el gran laird de los MacLeod de pronto—. Nosotros los mantendremos ocupados. —Lo sentí como un insulto, que creyera siquiera que yo sería capaz de hacer algo semejante, capaz de dejar atrás a alguien a quien amaba.

—Yo moriré con él —sentencié recogiendo mi hoja. Sonreí sintiendo mis músculos doloridos, el cansancio había hecho mella con rapidez en mi cuerpo, era el momento de terminar con aquella contienda con rapidez y mortal contundencia. Atrás quedó pensar, era hora de que la guerrera que habitaba en mi interior tomase el control. Era el miedo a la posible muerte el que me mantenía limitada, quizás era necesario sangrar para obtener la victoria. ¿Sería capaz de tal cosa?

Cas atrapó a uno por el cuello, desgarrárselo en el proceso, pero otro de ellos aprovechó para golpearlo con fuerza y lanzarlo lejos. Su llanto, aquel quejido agudo, me llevó a un límite peligroso.

Grité desde el centro de mi alma y me lancé sobre ellos. La hoja se hundía, yo misma sentí el filo enemigo atravesándome el brazo izquierdo, pero eso ya no podía detenerme. Tormod abatió a uno, el jefe estaba ahora frente a él. Yo, por mi parte, aproveché que el gordo enano me había herido para aproximarme a él, dejé que su espada atravesase mi brazo y me coloqué lo más cerca que pude. Jamás había cortado con tanta profundidad el cuello de alguien, pensé al ver la sangre manar con fuerza. Me recordó a un animal herido.

Me volteé pasando al siguiente, con la sangre, espesa y cálida, resbalando por mi piel y ropa.

—¿Y bien? ¿Nadie quiere bailar conmigo? —¿Era yo quién hablaba? Quería más, mucho más. Como la otra vez, sentí que me perdía en algún rincón oscuro de mi mente. Caí presa de la sed de sangre.

Otro tomó el relevo, yo ya no veía su rostro, ni siquiera sabía realmente lo que hacía. Me lanzaba guiada por la creencia ciega de que saldría bien, sentía en el fondo de mi pecho que alguien me protegía, estaba completamente convencida de que quizás me hirieran, pero viviría para ver la luz de un nuevo amanecer y eso era suficiente para mí. De pronto todo había acabado.

Tormod tenía en sus manos la espada de otro, brillaba manchada de sangre bajo la luz de una hermosa mañana. La cabeza de aquel rubio de barba graciosa se mecía entre sus dedos, con la boca abierta y los ojos fijos en un punto lejano, sorprendidos por haber sido separada de lo que, hasta entonces, había sido su cuerpo.

—¡Cas! —Y tras comprobar que todos los enemigos estaban muertos sentí miedo al no ver a mi lobo a mi lado, al no sentir su hocico contra mi mano en una pregunta muda, era algo que siempre hacía cuando terminábamos de cazar o inspeccionar la zona. El mundo se movió bajo mis pies. Corrí hacia el lobo negro que seguía tumbado y al abrazarlo lo sentí húmedo—. Cas... —gemí sintiendo la pena más absoluta, pero no todo estaba perdido, pensé al oír su queda respiración contra mi oreja. Cargué con él, negándome a que Tormod lo tocara, sintiendo que Cas estaría bien si aquel gran laird no hubiera aparecido en nuestra tierra. Aquel era nuestro hogar, no tenía derecho alguno a presentarse y traer con él el fuego y la muerte. La guerra perseguía a los guerreros, algo totalmente lógico, pero que la gente tiende a pasar por alto—. Deberías irte —le dije a Tormod tan pronto dejé a Cas en la cueva y limpié su herida, lo vendé con cariño y cuidado, sintiéndome sin fuerzas a sobrevivir sin Cas a mi lado, sabiendo que no podría hacerlo. Me esmeré en escuchar su respiración, me concentré en aquel movimiento que me mantenía cuerda.

—Annya...

—¿Qué?! Si él muere no habrá escondrijo en el que puedas ocultarte —prometí—. Ellos no habrían aparecido si no te estuvieran buscando. Saben que no estás muerto y han venido a rematar el trabajo. Debiste irte hace mucho, nos condenaste. —Besé el cuello de mi lobo, enterré el rostro en su pelaje, como tantas veces hice en el pasado para ocultar el dolor líquido que desprendían mis ojos, cansados de fingir, luchar o simplemente vivir.

—Lo lamento mucho.

—No cesas de disculparte, pero no haces nada por remediar lo que ocurre. ¿Ha funcionado que te escondas como un insecto?

—Es hora de que vuelva —repitió mis palabras con desgana.

—¡Eso! ¡Lárgate y no vuelvas! Si lo haces...

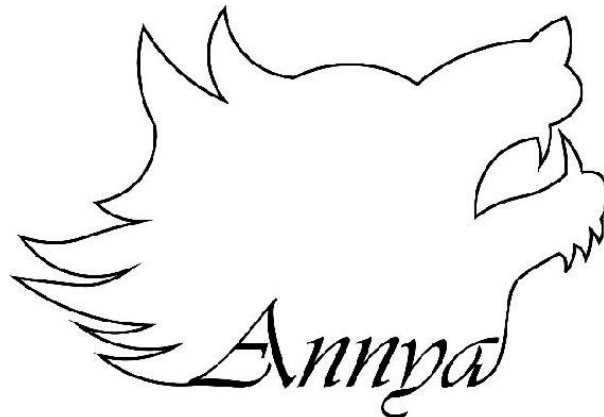
—Lo sé. —No pude mirarlo. No deseaba que se fuera, pero era lo mejor. Quise retenerlo, pedirle que se quedara, ponerme una excusa que no fueran sus besos, sus caricias, lo bien que me sentía al estar a su lado. Sentí que con aquellos pensamientos estaba traicionando a Cas, que luchaba contra la muerte en aquel mismo instante. Una rama había penetrado su costado y supliqué a quien me escuchase por él, cerrando con fuerza los ojos y encerrando todo pensamiento que no estuviera dirigido a mi lobo negro bajo llave.

—No lo entiendes, ¿verdad? —seguí con voz tomada —Nada de lo que hagas cambiará lo ocurrido y acabas de arrebatarme lo único que me quedaba. Tus decisiones han conducido el destino ante mi puerta, jamás debí salvarte aquel día.

Escuché cómo se alejaba con una pena inmensa. Aquel fue el momento elegido por el bebé para gritar exigiendo alimento y mi invitada habló sabiendo que era ridículo que siguiera fingiendo que dormía.

—Se pondrá bien. —No tuve ganas de responder, me parecía lo más absurdo y estúpido que me habían dicho nunca.

Capítulo 10



Dos días después

Y tras su marcha notaba la ausencia que había dejado. Tormod debía proseguir su camino, detenerse no era una opción. Él había nacido para guiar a sus hombres, para participar en el enredado tejido del poder. Él era uno de los hombres de confianza de Robert I, él sería el que lo acompañaría a la batalla y al otro lado estaba mi padre.

Cerré los ojos y dejé de pensar en aquella eterna batalla. Nadie ganaría, por mucho que Robert había logrado sentarse en el trono. Hombres, antes amigos o aliados, atravesando el pecho de aquellos con los que antes se sentaron a comer. Yo no comprendía los entresijos de la política cuando el padre de Tormod atravesó mi pecho, quizás porque en mi joven mente aquello era cruel, injusto.

Cuando mi corazón se sentía superado, cuando mi mente estaba a punto de explotar, dormir no era algo realmente malo. Quizás la única solución a la realidad, al menos perdería el control y no tendría que tomar decisiones.

El olor de las rosas, el calor del sol, aquellos campos llenos de vida. El condado de Buchan era un sitio próspero, en verano las gentes de aquel lugar se reunían en el castillo y celebrábamos la vida. Bailes, canciones, fiestas hasta que el sol volvía a nacer en el cielo. Era el día más largo del año, el día en el que yo me vestía de princesa y me convertía en la anfitriona perfecta.

Yo era pequeña en comparación con las muchachas de mi edad. Descarada, valiente y demasiado curiosa. Jamás me detuve ante nada, aunque, siempre oculté mis intenciones. Aquella mañana yo puse un vestido blanco, de largas faldas y escote bordado con decenas de flores. Una doncella trenzó mi cabello y un collar de oro terminó el atuendo. Esa era yo, pensé mirando el espejo, preguntándome cómo alguien podía mutar de aquella manera.

Llegué al salón con una sonrisa enorme en los labios y lo vi. Era un hombre, a mis quince

años recién cumplidos un joven como él era un sueño inalcanzable. Un hombre de veinticinco años jamás me miraría dos veces. No conocía su nombre en aquel momento, aunque me lucí durante horas, riendo más alto de lo normal, guiando a mis parejas hasta colocarme delante de las narices de aquel guerrero, hice todo cuanto se me ocurrió.

Yo no conocía nada del alma humana. ¿Qué esperaba conseguir? Para mí un beso o que rozase mi mano sería ganar el primer premio, grandes nubes se habían posado sobre mi cabeza mientras yo me dejaba cegar por el resplandor de la sonrisa de aquel hombre, sus ojos azules eran hermosos y sabía elegir las palabras para hacer sentir a una mujer importante.

Yo era una cría de quince años que vio el cielo abrirse ante mí cuando él finalmente se acercó. Se inclinó ante mí y me miró de una forma extraña, quise huir al momento, sentí que no estaba a la altura, pero era demasiado orgullosa para retroceder.

Dejé que el mundo se alejase y me concentré a él, me dije que sería capaz de reponerme a lo que él provocaba en mí, tensé mis piernas para evitar caerme y lo seguí afuera.

—¿No tienes miedo? —preguntó inclinándose sobre mí. No era muy alto, pero sus brazos eran fuertes, sus piernas largas y musculosas.

—¿Estamos haciendo algo malo? —Sabía cómo jugar con mi voz, me mostré como la más dulce de las muchachas.

—No, por ahora no —susurró él, tendiéndome la mano y ayudándome a subir al caballo. Cuando una de sus manos acabó sobre mi trasero solté un gritito nervioso, pero él se hizo el despistado—. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar con tranquilidad?

—Muchos, aquí mismo podríamos hacerlo. —De pronto ya no me hacía gracia estar a solas con él, tal vez por la intensidad que demostraban sus ojos.

—Cierto, pero no creo que la hija del conde de Buchan desee que vean lo que tengo pensado hacerle. —Y su voz se convirtió en hielo, sentí el filo de la amenaza bajo la superficie. Su mano derecha se había hecho con las riendas de mi caballo y, en algún momento, nos pusimos en movimiento. Quise evitarlo, no obstante, desde niña me enseñaron que no debía armar jaleo, siempre era mejor pasar desapercibida. Miré a aquel joven, hermoso como muy pocos que hubiera visto antes, sabiendo que su alma era negra. Yo no estaba preparada, la situación me superaba.

—¿Y padre que dirá después? —pregunté tratando de mostrarme serena.

—Tú no le dirás nada —aseguró como si tuviera la capacidad de leer mi mente y ver la vergüenza que sentiría, la culpa quizás.

—¿Seguro? ¿Acaso no nos debes obediencia? —Y entonces me percaté que ni siquiera sabía su nombre, no había tenido la consideración de presentarse, pero yo había estado tan feliz por sus atenciones que no pensé en ello hasta aquel momento—. Quizás el castigo no sea la muerte, hay cosas mucho peores para aquellos que deben postrarse bajo las órdenes de otros.

—¡Yo soy el hijo de un conde! ¡Jamás haría tal cosa!

—¿Su hijo? ¿El único? —Sonreí al ver que su caballo se acercaba al mío. Sentí la libertad próxima, sabiendo que no podía permitirme fallar, quizás sería la última posibilidad.

—Siempre puedes aparecer muerta. —Sentí frío.

—Y tú. Es muy común en los tiempos que corren. ¿No lo notas? Nos observan. —Él se giró y sus ojos atravesaron a varios hombres que habían continuado la fiesta en el exterior del castillo, cuyos ojos estaban, en su mayoría, centrados en la hija del laird y su acompañante.

—Pagarás por esta —me prometió con aquellos ojos azules convertidos en dos témpanos de hielo. Su expresión era aterradora. Quise llorar, no podía permitírmelo. Solo la fortaleza y

templanza me protegerían de las represalias—. Recuerda mi nombre, algún día será lo último que oigas.

—¿Tu nombre? —me reí por lo irónico de la situación. Debía recordar algo que no sabía. Él me giró la cara de una bofetada que me escoció en el alma, me ardía la cara, mis mejillas pronto se pusieron rojas por la vergüenza. Alcé el mentón todavía más.

—Soy Kenneth MacAlpin. —Y se alejó al galope sin mirar atrás.

No tardé mucho en tener noticias de aquel individuo. Su padre murió en un accidente, en el que casi perece también su hermano mayor, por desgracia para él eso no ocurrió y Kenneth fue desterrado, aunque nadie conocía los motivos exactos por los que el nuevo laird de los MacAlpin había tomado tan drástica decisión.

Kenneth... no era posible. Me desperté sobresaltada. Miré a mi alrededor buscando a Tormod, tardé un minuto entero en recordar que ya no estaba, yo misma lo había enviado a los brazos de alguien capaz de cualquier cosa.

Aquella mañana, en la que en el castillo nos enteramos de que Tod MacAlpin estaba muerto y Kenneth había sido desterrado, yo me acerqué a padre. Nunca me gustó mucho dirigirme a él, cada vez que le hablaba sentía que no era más que una inmensa molestia, no obstante, la curiosidad ganó en aquella ocasión.

—Padre, ¿cree posible que fuera Kenneth el que provocó la muerte de su Tod MacAlpin? —inquirí sentándome a su lado. Él estaba absorto limpiando su espada y alzó los ojos, sorprendido de verme allí, habría jurado que ni siquiera me escuchó acercarme.

—¿Kenneth? —Tosió un par de veces para aclararse la voz. Padre tenía los mismos ojos verdes que yo, inteligentes, perspicaces. Me evaluó en silencio, preguntándose cuánto podría decir y cuánto alcanzaría yo a comprender. Siempre me vio como alguien insignificante, él solo habría aceptado un varón, yo siempre fui su mayor error.

—El hijo de Tod MacAlpin —repliqué con rapidez.

—Ese joven... —Dejó el acero sobre la mesa y se giró hacia mí—. ¿Erais amigos?

—No, trató de forzarme —lo solté de golpe ante el miedo a que se quedase atascado en mi interior. Bajé los ojos avergonzada, esperando, deseando un ataque de odio por su parte hacia aquella alimaña, mi padre chasqueó la lengua y habló con tono neutro.

—Siempre noté algo extraño en él, es peligroso. Hay hombres incapaces de detenerse ante nada por obtener aquello que creen que debería ser suyo. La línea que no han de traspasar no existe para ellos. —Me miró detenidamente, yo había vuelto a alzar el rostro y luché por no desviarla.

—Padre, ¿no le importa lo que él trató de hacerme? —Y es que su indiferencia dolía, escocía, me hacía sentir como si no tuviera valor alguno.

—Ya no tiene importancia. —Iba a reanudar sus quehaceres cuando añadió se sopetón—. No vuelvas a acercarte a él, pocos hombres hay más peligrosos que aquellos que no tienen miedo.

Padre sabía mucho y callaba todavía más. Él vivía para la guerra, la estrategia, el conflicto. Existen personas incapaces de aceptar la paz, de sobrevivir sin tener que jugarse la vida, quizás una existencia sin empuñar el acero sea veneno para ellos.

Tras la muerte de John el rojo padre se encerró todavía más en sí mismo. Solo había una cosa capaz de hacerlo reaccionar, un solo pensamiento ocupaba su vida y era sentar en el trono de escocia a mi primo John, hijo del John el rojo.

Me levanté sintiendo que debía hacerlo, no me perdonaría nunca haberme quedado sentada.

Recogí un par de mantas y las apilé en un fardo que pudiera manejar con facilidad. Dejé alimentos suficientes a los pies de aquella mujer, que había resultado llamarse Yvaine, prometiéndole que volvería.

Cas se levantó presto a acompañarme, por más que traté de evitarlo. Por eso decidí acomodarme a su paso, conformarme con avanzar lentamente, rezando internamente porque Tormod siguiera bien cuando al fin lo alcanzase.

El camino era corto, pero tras varios días no esperaba encontrarlo tan pronto. Aún no había anochecido cuando las fogatas me hicieron desviarme del sendero.

La luna se mostraba pletórica en lo alto del firmamento, las estrellas brillaban a su vera con intensidad, señalando el camino a todos aquellos despistados que se aventurasen a viajar arrojados por la oscuridad, aunque yo siempre lo había preferido.

Permanecí agazapada observando el campamento que allí habían organizado. Varias tiendas formando un círculo entorno a otra mucho mayor, en la que debía estar él. ¿A quién esperaban? ¿Por qué no había regresado al castillo cuando no faltaba más que medio día de viaje a lo sumo?

Las voces de los hombres se alzaban sobre la oscuridad, estaban celebrando el regreso de su líder, entre canciones soeces y jarras de alcohol. Esperé a que las risas aminoraron y los pasos de aquellos guerreros empezaron a ser vacilantes. Vi una sombra acercándose a la tienda principal y decidí que era el momento. Mantuve una distancia prudente, pero sin perderlo de vista. Cas estaba cansado, yo misma sentía el agotamiento en todo mi cuerpo, fruto de varias horas de inactividad.

Llegamos hasta el lateral y contuve el aliento. Reconocería aquella voz en cualquier parte, la furia que desprendía puso cada uno de mis músculos en tensión.

—Pensé que nunca te atreverías a dar la cara. —Aproveché una rendija para observar el interior. Tormod estaba justo en el centro, sus manos formaban dos férreos puños que trataba de mantener a ambos lados de su cuerpo—. ¿Sorprendido de volver a verme?

—No sé de qué me hablas. He venido tan pronto me he enterado —respondió Kenneth, el mismo al que yo recordaba, pero varios años más mayor. Sus ojos azules eran fríos, su gesto despiadado, no logré encontrar en él atisbo de bondad. ¿Cómo pude haberme fijado en alguien así? Era como mirar al mal mismo al rostro, alguien incapaz de sentir emociones, viendo en ellas debilidad.

—Mientes, aunque ya lo esperaba. —Tormod sonrió antes de tomar asiento en una pequeña silla de madera. Se veía inmenso y tuve ganas de gritarle, no podía bajar la guardia de aquella manera—. ¿Creías que tus hombres guardarían silencio? —Sonreí ante la astucia que demostraba.

—¿Y qué has encontrado? —Kenneth no se mostró nervioso, seguramente esperaba cada palabra. Si había acudido estaba convencida de que no era para nada bueno.

—Mi mujer, mi hijo. —Temblé negando con la cabeza. Él me había tomado, fue el primero, no podía haber otra esperándolo. ¿Cómo había sido capaz? Estuve a punto de saltar, un segundo más y...— Tú los mataste. —Mis labios se separaron al ser una espectadora muda de su dolor, no trató de ocultarlo. Fue la primera vez que vi a un hombre llorar sin emitir sonido alguno, sin que su rostro se moviera, simplemente dos inmensas gotas escaparon de sus ojos, una por cada uno de sus seres queridos—. A mi padre lo apuñalaste cuando trató de detenerte, cuando pediste...

—Que me permitiera quedarme con la chica —completó Kenneth por él. Me apoyé en Cas—. Aquella zorra me lo debía y siempre cumplo mis promesas.

—¿Qué creías que conseguirías?

—¡Lo que siempre debió ser mío! —gritó desenvainando su claymore —¡Mi padre se negó a

aceptar que mi hermano era débil! ¡Yo merecía ser el laird y acabé desterrado! Ahora tus hombres me siguen, ellos reconocen el poder y no volverán a inclinarse ante un gusano como tú —siseaba al igual que las serpientes que se acercan arrastrándose, se estaba enroscando en Tormod y él ni siquiera lo sabía. Aquello tenía que ser una trampa, alguien como Kenneth jamás se atrevería a presentarse allí solo.

—Ella esperaba a mi hijo. No lo comprendes, ¿verdad? Tuve la felicidad y me lo arrebataste porque anhelabas algo que yo te habría regalado. —Tormod se levantó y dos sombras más se acercaron desde detrás de Kenneth, yo me oculté todavía más—. ¿Pretendes terminar lo que empezaste?

—Aunque no lo creas te quería como a un hermano.

—Sí, sé cómo profesas amor, yo mejor que nadie lo sé. No debieron exiliarte, debieron cortarte la cabeza y enterrarte en algún agujero profundo donde nadie pudiera volver a encontrarte.

Y se lanzaron contra él. El hijo de aquel que me lo arrebató todo, el enemigo del rey al que mi padre juró lealtad, un hombre que tenía en sus manos aquello que siempre debió ser mío, un hombre que me arrebató demasiado. Solo tenía que esperar, que permitir que aquellos hombres lo descuartizaran y podría volver a reclamar mi ducado.

Salté a su lado con un solo puñal en la mano y la esperanza de no equivocarme de nuevo. Mi fiel compañero y amigo, herido bajo aquel espeso pelaje negro, se colocó a mi vera, gruñendo enloquecido. Ellos estaban heridos y yo apenas podía mantenerme en pie. Un equipo patético contra tres hombres que disfrutaban despedazando a sus víctimas.

—¿Qué haces aquí? —Tormod trató de apresarme, de lanzarme fuera y darme la posibilidad de escapar—. ¡Vete!

—No, hace mucho que deje de huir. —Miré a Kenneth y sonreí con arrogancia.

—Estás muerta —soltó Kenneth sin creer en lo que veía.

—Puede ser, nunca podrás estar seguro. ¿Era lo que deseabas? He oído que tenías ganas de verme, ¿a qué esperas para acudir a mi abrazo? —Abrí los brazos, pero él no se movía—. ¿Temes a aquellos que no puedes encadenar? Ven, ¿tanto tiempo deseándolo y ahora dudas? Aquellos hombres seguían tus órdenes, ¿verdad? —Comprendí de pronto.

—¿No fueron cariñosos? —Kenneth soltaba veneno por la boca como todo un profesional.

—Mucho, pero creo que te esperaban a ti.

—Si Leod no los hubiera detenido estoy seguro de que habrías disfrutado como una perra. El viejo no debió interferir, quizás habría vivido un par de meses más.

—¿Cómo conseguiste que todos siguieran tus órdenes? Los hombres no sabéis lo que es la lealtad —acusé sintiendo cierta tirantez en el hombro, pareciera que la cicatriz supiera de qué hablábamos. El pasado siempre vuelve para golpearnos con fuerza, sin embargo, en aquella ocasión no iba a hincar la rodilla. No permitiría que llegase hasta mí.

—Los que sentían cierto tipo de aprecio por aquel viejo tuvieron una serie de desastrosos infortunios. La suerte no acompañaba a aquellos hombres y perecieron de regreso a casa. Creo que al final, los que tuvieron la suerte de ver sus hogares desde lejos, incluso llegaron a sospechar algo. —Y se carcajeó de aquellos que trataron de seguir lo que creían correcto. Se veía fuerte, sabedor de la gran verdad.

—Voy a contarte un secreto —solté cerrando los ojos y escuchando. El mundo hablaba, las estrellas, la luna, sus respiraciones. Todo tenía una esencia propia y un sonido que traté de captar, traté de ralentizar los latidos de mi corazón, de convencer a mi cuerpo de que no sentía miedo.

Cuando volví a abrir los ojos sonreí mucho más tranquila—. Estas no son mis palabras, sino las de una vieja amiga. —Naela estaría orgullosa de mí, al menos eso esperaba. Yo seguía en pie y no me había desviado del sendero, aquel que había de conducirme hacia la felicidad—. Si tienes cinco oportunidades de elegir y jamás varías la respuesta estás condenado antes de jugar. — Tormod rozó mi brazo con ternura, los demás me observaron como a una loca.

Lancé el puñal de una mano a otra en un gesto nervioso. Ellos atacaron yo protegí a Cas, era quien más me necesitaba.

Recibí un corte en la pierna, mi contrincante otro en el abdomen. Cas olió mi sangre y se olvidó del suyo, cerrando sus fauces sobre el tobillo de aquel hombre que trataba de ensartarme. Ni siquiera lo pensé cuando se inclinó, acuchillé su garganta y aparté de un golpe a Cas cuando él trató de sorprenderme.

Kenneth estaba concentrado en Tormod, seguían hablando mientras las espadas rasgaban el aire. Cortaban el espacio en el que, hasta tan solo unos segundos, se encontraba el oponente. Estaban igualados, sin embargo, la herida de Tormod era fresca y cada vez que lanzaba aquella pesada espada el dolor debía ser insoportable.

Kenneth lo cercaba, poco a poco. Lo iba acorralando y cuando la espada se alzó yo lancé el puñal, sin pensar en mi protección, en que de esa manera quedaba indefensa.

—¡Putá! —Kenneth retrocedió mientras se arrancaba la hoja del abdomen. Sonreí antes de girarme para ver como Cas frenaba al otro hombre. Recibió tal patada que lo lanzó por los aires. El gemido de Cas me volvió loca, me lancé sobre él con las manos desnudas, dispuesta a acabar con él con mis propios dientes. Tormod me vio y se lanzó también sobre aquel hombre con la espada en alto. Él llegó antes, aquel pelirrojo, de piel blanca como la leche, no tuvo oportunidad contra Tormod.

Cuando volvimos los ojos, Kenneth había desaparecido, había corrido lejos como la rata que era.

—Ayúdame a tumbarlo —pedí ya sobre Cas. Yo llevaba el dolor a aquellos a los que quería. Yo debería haberlo protegido, no estar jugando a las guerras por un hombre que portaba en sus manos la sangre de mi primo, un hombre que... —Se pondrá bien —me dije al revisar la herida. No estaba convencida del todo, pero necesitaba oírlo, aunque saliera de mis labios—. No debí venir.

—Me has salvado la vida.

—Justo por eso. ¿Para qué? ¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté, deseando desde el fondo de mi alma que tuviera una respuesta, pendiente de aquellas palabras mágicas que aportarían algo de luz—. Estoy cansada. —Y lloré como nunca antes, dejé que de mis ojos descendieran dos ríos salados, me hundí en aquel pozo que siempre logré evitar por muy poco. Estaba agotada, harta, no era capaz de moverme, seguir avanzando.

—Tranquila... —Su mano ascendía y descendía por mi espalda con fuerza, se notaba que no era diestro en el arte del consuelo, no había practicado mucho.

—¡Tú no sabes nada! —grité lanzándome contra él. Ambos rodamos por el suelo, él tratando de absorber el impacto, yo puede que intentando quitarle o los ojos o las tripas. Golpeé su pecho con mis puños, sintiendo mucho sin sentir nada realmente—. Tú no tienes ni idea.

—Explícamelo.

—¡No! —Me tapé los oídos tratando de consolarme. Incapaz de hablar, de ponerle voz a lo que guardaba tan celosamente en mi interior. No podía romper las barreras, si lo hacía no me sentía capaz de volver a alzarlas—. No puedo.

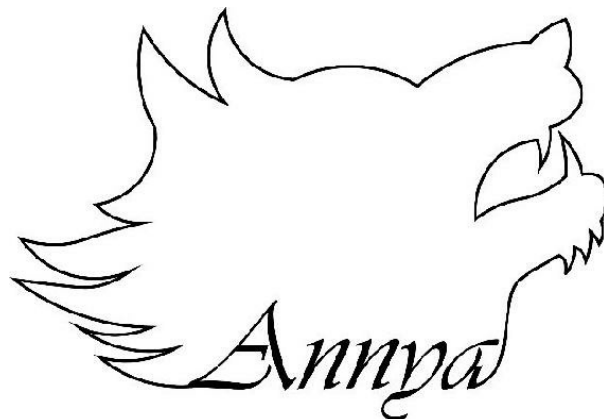
—Habla conmigo. Estoy aquí, scáthach. —Me abrazó con fuerza reteniéndome mucho mejor que cualquier cadena de hierro—. Habla conmigo.

—¿Y qué podría decir? Tú no lo comprendes. Jamás podrías hacerlo. —Lo miré con los ojos anegados. Me concentré en él, sintiendo un odio feroz quemándome por dentro, preguntándome cómo podía haberlo protegido, por qué prefería estar con él que en cualquier otro lugar. Me odié porque traicioné aquello que una vez prometí—. Si te lo contara verías que no valgo nada. Tengo las manos manchadas con la sangre de aquellos que una vez me quisieron. —Lo empujé, pero no se movió. Permaneció abrazándome, sin despegar los labios, simplemente me retuvo contra su pecho. Yo me desmoronaba, mis ojos volvían a Cas y a él—. Yo las maté, fue como si yo misma hubiera empuñado aquella espada.

Y cerré los ojos recordando. A medida que las imágenes volvían les ponía palabras. Me concentré en contar una historia, despegándome de la piel de uno de sus personajes, saliendo del cuerpo de una joven lady que no sabía lo estúpida que era. Yo creí tener el control, poder por ser hija de un conde. Me veía superior, intocable, cuando por mis venas corría la misma sangre que por las de los demás y mi carne podía ser atravesada con la misma facilidad que la de cualquiera de ellas.

—Todo comenzó porque sentí miedo y quise huir. Las horas pasaban y nosotras permanecíamos allí encerradas con dos muchachas más y una niña. Esperaba que llegasen los refuerzos, oír al otro lado de la puerta la voz de padre diciéndome que ya era seguro salir, aunque no ocurrió nunca. Sin embargo, el cansancio y el tiempo hizo mella. Con la llegada de la noche vi un fastidio tener que dormir sobre la fría piedra y sentí el hambre rugiendo en mis tripas, pero lo peor era el dolor de mi hombro. —¿Qué poco sabía en aquel momento lo que era el hambre de verdad! Sentí una molestia y alcé la voz, cuando la realidad era que el hambre podía deshacer a una persona por dentro, lanzarla al suelo y arrebatarse las fuerzas necesarias para levantarse de nuevo. El hambre es dolorosa y te devora con lentitud hasta que no queda nada de ti.

Capítulo 11



En aquella torre

*D*os mujeres, una niña de preciosos ojos azules, Naela y yo. Ese era el último gran bastión que quedaba en pie en aquel castillo. Sobre nosotras recaía el peso de dar la voz de alarma, de escapar para volver con miles de soldados que aplastasen a aquellos cobardes.

Yo era demasiado ilusa... Y el tiempo jugó en mi contra. Mi educación, la estúpida creencia de que yo estaba por encima, que Dios me protegía desde las alturas y yo era alguien importante. A pesar del dolor, que me impedía moverme con normalidad, de recordar con temor lo que unas horas antes Naela tuvo que hacer mientras las demás me inmovilizaban, yo seguía queriendo dialogar, llegar a un acuerdo. Me vi como la única posible salvadora de las personas que me rodeaban, pensando que al tener la suerte de estar conmigo podía cubrirlas con un manto mágico y mantenerlas alejadas de las manos de aquellos hombres, que traían negras intenciones.

Podíamos oírlos gritar al otro lado, no solo a ellos. Incluso yo, que seguía siendo virgen, sabía perfectamente lo que significaban los gemidos y gruñidos, el llanto y las súplicas. Nada detenía a aquellas bestias, creían merecer el premio, haber “luchado” por él.

“Las han arrastrado hasta aquí para que sintamos más miedo, para que podamos escucharlas.” “Es imposible que...” Mi cuerpo era más sabio, los escalofríos eran un aviso silencioso de que, por mucho que tratase de negar lo evidente, en mis entrañas conocía la verdad. Ellos estaban en cada rincón de mi hogar, tomando de mis gentes todo lo que querían, destruyendo sus almas sin piedad, disfrutando de los ruegos y silenciándolos cuando eran demasiado “molestos”.

¿Cuándo cambié? En el interior de la torre seguía siendo lady Annya. La idea de empuñar un arma me causaba temor y reparo, incluso sabiendo lo que se ocultaba allí afuera, en las sombras.

Aunque allí de pie, en medio de personas que dependían de mi padre y por extensión de mí, todo era una pose. Yo me mantenía erguida, tranquila, con las manos escondidas para que no pudieran percibir el temblor. Naela había cerrado la herida, la había quemado, pero el dolor no había desaparecido y la fiebre aumentaba, podía sentirla avanzando, devorando mi paciencia e instándome a escapar.

Allí dentro no había nada ya, los hombres que podían luchar ya estarían muertos y los demás habrían depuesto las armas. ¿A quién esperábamos? Era una ilusa o tal vez necesitaba pensar que podía hacer algo, la otra opción era dejarme caer y cerrar los ojos al mundo, refugiarme en algún lugar de mi mente que tuviera la amabilidad de acogermme.

—¿Te encuentras bien? —Naela había tocado con suavidad mi brazo, pero fue como si volvieran a apuñalarme. El dolor se había extendido desde el hombro hasta la punta de los dedos de mi mano, incluso respiraba con suavidad para evitar todo movimiento.

—Sí —dije con dureza. No tenía la cabeza para tratar de ser educada, prefería disculparme más tarde, si es que había ocasión—. ¿Y si les pregunto? Padre les dará lo que pidan —solté queriendo desviar la atención. Aquella torre se asemejaba a una iglesia en la que todos hablan entre susurros, temerosos de despertar la furia de quien se alza sobre ellos, solo que el Dios al que le rezan en una iglesia es benevolente y las personas que nos esperaban tras aquella puerta no lo eran tanto. Los ojos de Naela atravesaron los míos con tristeza, al tiempo que una sonrisa abatida se colgaba de sus labios.

—Nos matarán —sentenció—. Eres joven, todavía no lo comprendes, pero no escucharán nada de lo que salga por la boca de una mujer, no tendremos un final rápido y es algo que habría deseado para ti. —No la odiaba, aunque en aquel instante no estuve tan segura. Sabía que solo pensaba en mi bienestar, pero ella había empuñado el hierro con el que me había quemado. No solo eso, durante una hora las vi preparar una pequeña hoguera para hacerlo, rompiendo un par de sillas para usar como madera. Me sorprendió su maña, memoricé cada movimiento, en parte porque tampoco lograba apartar los ojos, sabiendo que una vez la hoja alcanzase la temperatura adecuada el dolor se volvería insoportable.

—¿La muerte? ¿Eso es lo que deseas para mí? —Quería lanzarme contra ella, gritarle, pagar en la persona que más quería aquel miedo, esconderlo en forma de rabia y furia.

—A veces la vida es el camino más difícil y doloroso. —Se acercó y me envolvió en un cálido abrazo. Quise resistirme, después llorar, al final ella me arrastró hasta que ambas acabamos sentadas sobre el suelo. “Eso no es algo que la hija del laird deba hacer”, casi podía escuchar las muchas veces que me había regañado, ella misma, por actos parecidos. Naela era blandita, dejé que colocase mi cabeza sobre sus rodillas y sus dedos comenzaron a acariciar mis cabellos, un movimiento que en cierta forma me adormeció sin llegar a conseguirlo del todo.

—¿Y si escapamos? Cada vez se les oye menos.

—¿A dónde iremos? No saldrá bien, juegan con nosotras.

—¿Y ya está? ¿Nos rendimos y nos lanzamos al vacío? —Sentí la furia prender en mi joven pecho de nuevo, una emoción que iba y venía sin terminar de desprenderse del todo. Me negaba a dejar que el pesimismo de ella me contagiase, siempre había una salida, era algo que padre decía y de lo que yo estaba convencida. No permitiría que, después del dolor que tuve que soportar por vivir unas horas más, unos traidores...

Y me levanté de un salto, haciendo desaparecer el sueño de golpe en todas nosotras. Las miré una por una, evaluándolas, preguntándome si lograrían seguir mi ritmo, “o yo el de

ellas”, pensé acariciándome la zona herida. Me negaba a dejar a nadie atrás.

—Me voy, podéis acompañarme o quedaros hasta que decidan tirar la puerta abajo. — Todas me siguieron, acostumbradas como estaban a cumplir órdenes no se detuvieron a pensar, a preguntarse si era un buen plan y podría salir bien realmente. Se estiraron las faldas y se quedaron esperando mis indicaciones.

Habían pasado casi veinticuatro horas. Un día entero que el gran Leod MacLeod me había concedido para recapacitar. ¿Mi gran plan? Abrir la puerta y correr.

Estaban jugando con nosotras, nos esperaban. Cuando entreabrí aquel enorme trozo de madera y eché un vistazo no observé nada fuera de lo que ya esperaba, solo oscuridad. Salí temerosa y me siguieron en el más absoluto silencio. Descendimos las escaleras sintiendo que cada pisada resonaba a nuestro alrededor; logramos llegar hasta abajo, casi podía sentir la libertad, me imaginaba cabalgando hacia el sur, solo tenía que alcanzar tierras inglesas, encontrar a alguien que pudiera enviar un mensaje a padre.

La risa fue el prelude, un aviso que no pasamos por alto, pero eran dos y cerraban nuestras salidas. Dos hombres inmensos, cerrando nuestros caminos y acercándose. La niña corrió hacia mí, se apretó contra mis faldas, en un intento de esconderse bajo ellas, buscando protección.

—Tengo miedo... —gimió con lágrimas en los ojos.

—Y yo —reconocí sin saber qué hacer—. ¡Corred! —Y agarrando con fuerza la manito de la pequeña decidí embestir, aprovechar que éramos más, lo que conseguí fue una auténtica carnicería. Aquel gigante de ojos verdes se interpuso, me empujó y agarró el brazo de la niña. Me olvidé del dolor de mi hombro, de respirar, de pensar.

—No lo hagas. Ella no tiene culpa de nada, solo es una niña —supliqué sintiendo que todavía me quedaba una posibilidad, ella era lo único que ocupaba mi mente. Creí, ingenuamente, que aún tenía algo que ofrecerles, como si no pudieran tomar lo que quisieran sin preguntar—. Tengo joyas y puedo daros aquello que deseéis.

—¿Todo? Preciosa, vamos a disfrutar mucho juntos. —Su otra mano palpó mi pecho, la herida de mi hombro se resintió, apreté los dientes soltando un quejido leve.

—Déjala marcharse... —pedí sin aceptar ni negar nada. Mantuve la respuesta en una zona gris, lo miré con los ojos centelleantes, pensando que al menos ella podría volver a su hogar, levantarse entre las cenizas del mundo que un día conoció.

—Para follarte como la puta que eres no necesito tu autorización. Esto voy a disfrutarlo mucho más ahora. —Sus palabras fueron el prelude, un anticipo del horror que, sin remedio, me rodeó. Quise evitarlo, grité, aullé de dolor al ver cómo, con un tajo limpio, separaba la cabeza de aquella niña del resto de su cuerpo.

Y no vi más, no alcé los ojos del rostro de aquella hermosa criatura, llena de sueños y de posibilidades. Toda una vida cercenada por placer, sin el más mínimo remordimiento. Jadeé incapaz de hablar, respirar, me dolía la garganta ante aquel nudo que crecía y crecía, que pedía que rasgase el aire con aullidos en honor a todos los que aquella noche pereceríamos.

Las mujeres nos convertimos en ganado, un trozo de carne que podían hacer más tierno a puñetazos, para después disfrutarnos a placer. Y fueron ellas las que suplicaron, se arrastraron, yo me había quedado sin voz. Dos de ellas fueron llevadas lejos, las arrastraron por los pelos mientras pataleaban, con las uñas se aferraban a todo aquello que pudieran tocar, arañando las paredes, sin importarles el dolor que podían sentir cuando éstas se rompían. Varias uñas quedaron prendidas de las paredes de piedra, pegadas a ellas, pero yo ya no sabía si esa era la

verdadera causa de aquellos gritos encendidos. La desesperación las volvió locas, la tortura que vendría después, no solo para su cuerpo, hacía peligrar sus almas.

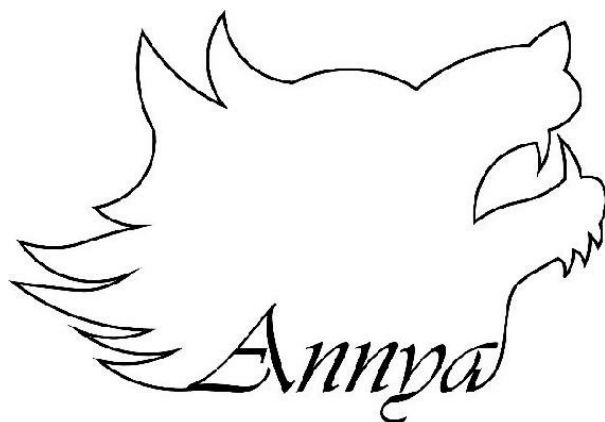
Naela vociferaba, llegaron más hombres, y me llamaba. Alcé los ojos anegados, sentí una furia extraña, la necesidad de sobrevivir por ver llegar un día en el que ellos pagasen. Quería contemplar sus cuerpos destrozados y aquella misma mirada en sus ojos, saberse muertos, condenados.

Naela buscó protegerme, como yo había hecho con aquella niña, sus dedos permanecían entre los míos, seguía apretándolos inconscientemente, aunque ya no era ella la que se reconfortaba con aquel toque.

—¿Creéis que le gustará? —inquirió uno adelantándose y abofeteándome con fuerza. Ante aquel gesto sonreí como nunca antes, hasta entonces jamás sentí tanta ira.

—Perderéis mucho más que las manos —exclamé en un tono resbaladizo, bajo, las palabras se escurrieron entre ellos causando un silencio breve, pero tenso. Por un segundo estuve convencida de que me creyeron, vieron el convencimiento en mí, la seguridad de que, no sabía cómo, pero lograría volver de la tumba para convertir sus existencias en algo mucho peor que el infierno.

Capítulo 12



*T*ormod trató de tocarme y yo lo esquivé. No quería consuelo, no lo merecía. Debía odiarme, necesitaba que lo hiciera. Apreté mi cabeza con fuerza, queriendo detener aquel dolor que avanzaba inexorablemente, parapetándose detrás de mis ojos.

—Ella era pequeña, tan diminuta que se asemejaba a una muñeca —continué, desviando la mirada. Cas gemía, me acerqué a él y me senté a su lado, concentré mis fuerzas en deslizar los dedos por su pelaje, en un consuelo que me pertenecía—. Ella creía ciegamente en mí, la recuerdo de antes... —Me detuve a pensar en ello, a imaginarlo—. de aquella noche. La recuerdo. —Me mordí el labio conteniendo aquel río de emociones, escondiéndolo, sabiendo que si le permitía ver la luz no sería capaz de detener su avance. Necesitaba soltarlo, pero temía quedarme sin nada dentro y necesitaba algo para poder seguir en pie.

—Annya... —Se acercó despacio, me recordó a cuando avanzas hacia un pequeño animalito, esos que te miran con los ojos enormes y son adorables, pero saben que son diminutos y están indefensos por lo que, siempre se mantienen alerta, preparados para huir ante el más mínimo movimiento extraño. Se sentó a mi lado—. No fue culpa tuya.

—¿Nunca has sentido que tus decisiones han costado la vida de muchas personas? Se supone que nuestro deber es protegerlos, saber lo que debemos hacer en cada momento. Nuestra gente nos sigue, creen en nosotros, están convencidos de que tenemos todas esas mágicas respuestas. —Una risa nerviosa reverberó en el centro de mi pecho—. Somos insignificantes.

—Estás herida, pero el tiempo lo curará todo.

—¿De verdad lo crees?

—No, aunque debo hacerlo. —Pasó su brazo sobre mis hombros y apoyé en él mi cabeza. La sentía pesada.

—Ella era divertida y muy risueña. Le encantaba jugar en el castillo y soñaba con ser una princesa, decía que quería tener vestidos como los míos y que algún día se casaría con un gran

laird. —Me giré de pronto y acaricié su mejilla con una sonrisa—. Como tú. Alto, fuerte, decidido.

—Y un asesino.

—La guerra lo transforma todo. Estás sentado al lado de una mujer que deberías odiar. ¿Lo haces? ¿Me odias? Si el rey se enterase te castigaría con dureza, quizás incluso con la muerte. Se reparte esa pena con frecuencia, se regala, restándole importancia al verdadero valor de la vida.

—Los guerreros no entienden de esas cosas.

—Pues deberían, ¿qué sentido tiene sino vencer? —Lo vi meditar, mientras, la tela de la tienda se movía mecida por el viento ante mis ojos, queriendo escapar lejos, dejar que el aire la guiase a un lugar donde nadie la conociera.

Entonces me giré para atrapar sus labios. Rodeados de cuerpos vacíos, de posibles enemigos, odiándolo con la misma intensidad con la que sentía que era el único que podía aportarme algo de consuelo.

—¿Estás segura? —Me separé unos centímetros de él para fundirme en aquel negro azabache. Allí podría esconder todo un mundo a plena vista que solo aquel que supiera buscar podría hallarlo. La pregunta era, ¿era yo esa persona?

—Veinticinco días después de mi huida nos cruzamos. No sabía quién eras, no llegué a verte el rostro, pero pude escuchar a tus hombres llamándote. Ahora estoy convencida de que eras tú. — Se quedó pálido. Si volvía a acercarme y lo besaba podría detener el tiempo de las confesiones, si continuaba hablando lo alejaría, sentía ya el amargo rencor en la punta de la lengua llenando mi boca—. Eras tú, ¿verdad?

—Somos enemigos desde antes de nacer, por decisiones de nuestros padres.

—¿Esa es la respuesta que vas a darme? —Vi la necesidad que sentía de un beso, de una caricia mía, estuve segura porque era un anhelo compartido. Dependía de nosotros, no había nadie allí que pudiera mantenernos separados. ¿Por qué entonces no dábamos el paso y tomábamos del otro lo que tanto deseábamos? Yo miraba sus labios, su lengua rozándolos y humedeciéndolos, notaba mil serpientes reptando por mis entrañas, el despertar del fuego en la zona más íntima de mi anatomía. Él, por su parte, simplemente me devoraba. Pareciera que había sido encadenado y luchaba, aun sabiéndose condenado.

—Para. No lo hagas. —Cerré los ojos y me acerqué, mordiéndome la lengua. Impidiendo que todo se rompiera. Yo estaba agotada y no podía más, me merecía un consuelo. ¿Qué culpa tenía yo de que el único que deseaba fuera él? Antes de verlo lo odiaba, antes de hablar con él había tomado decisiones que ahora no podía mantener. Lo sorprendente era que había acabado en el último lugar del mundo en el que creí estar jamás, entre sus brazos.

—De nada sirve, puedo callar, aunque de nada sirve.

—Lo borraré de tu alma, haré que olvides. —Sonreí con tristeza, habría sido agradable que tuviera tal poder. Habría dado cualquier cosa por poder comenzar a su lado sin todo lo que nuestras familias, y nosotros mismos, nos habíamos hecho.

Eso no significaba que no lo intentara. Nos tumbamos despacio, él se colocó sobre mi cuerpo. Con ternura me desvistió hasta que ya no quedó nada excepto él sobre mí y después simplemente se colocó en el lugar adecuado. La magia del silencio nos rodeaba con un manto de calma e intensidad, acariciaba nuestros cuerpos a través de nuestros dedos, sensibles, traicioneros, pues nuestros dedos contaban anhelos prohibidos, deseos imposibles. Yo jamás podría estar a su lado, el rey mismo lo impediría reclamando mi cabeza de paso. Yo era mi nombre, mi apellido, mi padre. ¿Habría intercedido madre por mí? No lo creía. Ella me odiaba, un sentimiento que la llevó

a negar mi existencia, queriendo así borrarle de su pasado. Tal vez ya lo hubiese conseguido.

Se deslizó entre mis piernas, entre las paredes de mi ser, llegando así a zonas que nadie más había tocado. Él acariciaba recovecos escondidos, necesitados de sus cuidados, capaces de hacerme olvidar y proveerme de consuelo. Llevó aquellas embestidas y las convirtió en una tortura agónica, trató de extenderlas en el tiempo, aumentando con ello mi necesidad de él. Quise exigirle clavando mis uñas en su piel, penetrándolo a su vez, aunque de manera completamente diferente.

—Encontraré una manera —dijo Tormod de pronto.

—La hay, debo matarte.

Hizo caso omiso de mi amenaza, promesa, o como quisiera llamarle. Siguió deslizándose hacia adentro de nuevo, su rostro era una amalgama de necesidad, deseo y contención, pero yo no podía más.

Agarré con fuerza sus negros cabellos, enredé mis dedos en ellos, tiré con fuerza llevando su cabeza hacia atrás.

—¡Más! —exigí sin compasión.

—Así me gusta, prefiero que luches.

—¿Aunque sea contigo? —pregunté sintiéndome débil y poderosa. Bailando en un precipicio, en el fin de la tierra, sintiendo que debajo de mí podía que ya no quedase nada, si me lanzaba al vacío solo encontraría oscuridad, no obstante, el negro me gustaba. Verme reflejada en sus ojos me llevó a pensar que yo era hermosa, si así era como él me veía.

Y fue como contener a un ser divino entre muros de madera, imposible. Sus besos, su lengua moviéndose sobre la mía, su cuerpo duro frotándose con mi piel, él penetrándome de manera divina.

Me dejé llevar y él me acompañó. Supe que me estaba esperando, aguardó hasta que mi carne le oprimió con fuerza, tratando de llevarle todavía más adentro. Solo entonces agarró mi mano y, tras conectar nuestras miradas, se unió a aquel remolino de placer por el que él creía que merecía la pena luchar, yo, por mi parte, prefería disfrutar de él cuantas veces pudiera antes de que todo se fuera a la mierda, estaba convencida de que ese era el final inevitable.

Capítulo 13



1 Año antes —batalla de Bannockburn

E l aire era frío, la lluvia amenazaba con hacer acto de aparición. A los lejos verdes laderas se extendían hasta llegar al horizonte, pero pronto aparecerían. Miles de hombres, parapetados tras sus espadas, buscando mi sangre, la de mis hombres.

Kendrick seguía hablando, aunque me costaba concentrarme en él. A nuestro alrededor las voces de miles highlanders, eufóricos, necesitados del consuelo que solo la muerte de los guerreros que se aproximaban les daría.

La guerra no siempre había sido directa, muchos habían perdido a alguien querido en pequeñas reyertas o escaramuzas. Olvidar no era una opción para hombres curtidos como ellos, la sangre solo podía pagarse con más sangre y, al ver el número de nuestros oponentes, sentí cierta inquietud, un negro augurio que quise alejar de mi mente.

—¿Me escuchas? —Kendrick apoyó la mano sobre mi hombro, por poco no se la rebano ante la impresión que sentí—. No deberías dejarte vencer por el miedo, dentro de poco tiempo estaremos en nuestras tierras bebiendo hasta perder el sentido en las faldas de alguna buena muchacha.

Pero en una batalla todo ocurre con rapidez. Apenas recuerdo nada, pequeñas imágenes que se mezclaban hasta que los cascos de los caballos se acercaban, las espadas se estrellaban entre ellas creando sonidos metálicos que me llevaron a embestir.

Hasta que me vi de frente con alguien con quién había compartido largas charlas y jornadas de entrenamiento. John no me reconoció, seis años me habían hecho crecer y ya no era el chico enclenque que él había dejado en ridículo, en numerosas ocasiones, en la arena, pero yo supe que era él. Se dirigía a mí con la boca abierta, acompañando a sus aliados en un grito de euforia que lo dotaba de energía, dispuesto a sesgar mi vida de un solo golpe, uno que tenía como fin cortarme en dos.

Y yo, que aún tenía los dedos manchados de sangre, que no había dudado en separar la cabeza del resto del cuerpo de sus compañeros, bajé la espada. No supe por qué, fue algo de lo que siempre me arrepentiré. A cámara lenta vi sus botas de piel golpeando el suelo y haciendo que la arena saltase a ambos lados, sus músculos vibraban en tensión, grandes manchas de sangre cubrían su piel, en su rostro solo podían verse con claridad sus ojos, unos ojos verdes llenos de vida y promesas de muerte, una contradicción extraña.

Cuando quise repeler la embestida me vi sin tiempo, aquella dama que movía las arenas y hacía que el mundo avanzase me la había jugado, unos segundos eran suficientes para cambiar mi destino, sin embargo, nadie consigue convencer a una dama tan antigua y peligrosa. Ella está al margen de los asuntos de los hombres, permanece impasible mientras, bajo sus pies, jugamos una partida peligrosa.

—¡Tormod! —Y estiré los brazos buscando detenerlos a ambos. En aquel momento ya no era el líder, ni el laird de un clan de guerreros poderosos. Era un chico asustado, cansado, que de pronto había comenzado a hacerse preguntas peligrosas al no haber sentido ningún tipo de alivio en la sangre derramada que, lejos de calma, había provocado negros escalofríos que me atravesaban, cuando los ojos sin vida de mis víctimas se quedaban mirando algún punto lejano a mi espalda.

Y Kenneth corrió, se interpuso en la trayectoria de aquella inmensa claymore, la espada de John Comyn hijo cayó con brutalidad y Kenneth no pudo resistir el impacto. Su escudo se desvió, él mismo fue atravesado y llegó hasta mi propio rostro.

El dolor me concedió algo de lucidez, la justa para sentir la muerte de un amigo, alguien que siempre estuvo ahí, cuya presencia di por sentada. Una persona más a añadir en aquella inmensa lista de personas que me abandonaban, dejándome solo, abatido.

Y me olvidé de que John tenía buen corazón, de las conversaciones que habíamos intercambiado antes de los entrenamientos, de sus sonrisas a las doncellas y la forma que tenía de hablar. Olvidé porque era lo único que podía hacer, porque no era capaz de girarme y alejarme de todo aquello sabiendo que Kenneth se quedaba sin aire, viendo como la sangre salía a borbotones por la boca de quien se había interpuesto en mi muerte.

Yo mismo sangraba, notaba aquel espeso líquido descendiendo sobre el lado derecho de mi rostro, impidiéndome ver nada con ese ojo. ¿Me quedarían solo unos minutos? No me dolía mucho, pero algo me decía que solo era por la proximidad de la muerte, quizás en pocos minutos me llevarían de mi cuerpo, me arrancarían del hogar de carne y hueso para conducirme a un lugar que esperaba fuera mejor. Deseaba partir, estaba convencido de que mi familia, mi mujer e hijos, estarían aguardándome y no quise hacerlos esperar.

Aparté el cuerpo moribundo de Kenneth y lo dejé caer a mi lado, evité mirarlo sintiendo asco por mí mismo, el sonido que hizo al golpear el suelo se clavó en mi ser.

—Lo siento amigo —susurré, creo que solo yo habría podido escucharme. John volvía al ataque incansablemente, aprovechando que las emociones me habían jodido.

Lo que él no sabía era que era esa furia que me cegó, me llevó a luchar sin preocuparme por ser herido, a devolver cada golpe como un animal acorralado. Durante unos minutos nos miramos, nuestras espadas chocaron, él sonrió orgulloso cuando creyó haberme vencido y su metal rasgó el aire directo a mi cuello, el cabrón ya podía ver mi final.

Pero yo ya no estaba allí, sino a su lado. Atravesé su corazón pegándolo a mí, lo suficiente para poder hablarle al oído, para dejar que lo que sentía volviera a él, necesitaba que supiera quién era yo.

—¿Me recuerdas? Yo soy Tormod MacLeod. —Abrió los ojos y la boca. Unos trataban de verme, la otra buscaba aire desesperadamente. Solo unos segundos, de nuevo la dama del tiempo era caprichosa, no me concedía lo que le pedía porque para ella éramos insectos sin valor.

—Tor... —No podía hablar. Cuando respondí él ya estaba muerto.

—Lo siento, viejo amigo. —Y lo dejé caer, yo mismo le acompañé. No sentía fuerzas para continuar y el preciado líquido de vida seguía escapando de mí. Miré las nubes, sentí como las botas de aquellos que seguían en pie me pisaban y golpeaban, otros cayeron muy cerca y lejos a la vez, pero seguía siendo el jefe del clan y los hombres acudieron a mi lado al ver que todavía conservaba un hálito de vida—. ¡Dejadme! —pedí, nadie contestó y siguieron cayendo a mi alrededor durante lo que pareció una eternidad. Tuve tiempo de pensar, el suficiente para odiarme, para verme como el débil que padre siempre temió que fuera. “Protege a aquellos que amas cuando aún estás a tiempo, no defraudes a los que creen en ti.” La voz de mi padre parecía provenir del viento, atravesaba mis oídos. Me incorporé a aquella sangrienta batalla dispuesto a disfrutar de lo que, a todas luces, era más una carnicería.

Y sin saber cómo yo seguí en pie cuando empezaron a retirarse, alguien me ayudó a volver a una tienda y me curaron. No abrí los labios, ni siquiera cuando relataron mis “hazañas” a mi alrededor y las mujeres buscaron mis atenciones.

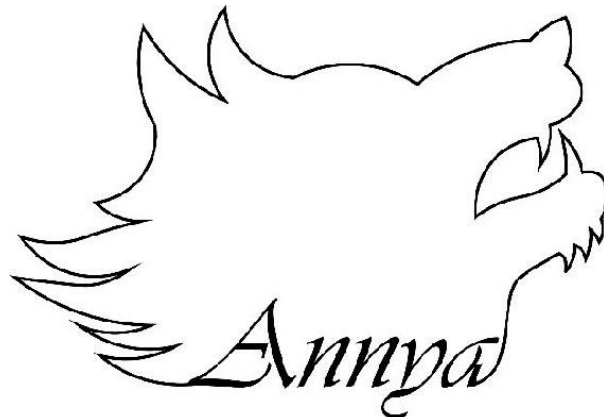
—¿Por qué no buscas una esposa y tratas de recuperar la felicidad? —Me preguntó uno de mis hombres en plena borrachera un mes después. Yo no comprendía cómo aquellas hermosas mujeres seguían acercándose cuando me habían desfigurado y solo recibían malas contestaciones. En ocasiones sentí la tentación de quebrar los cuellos de aquellas que eran incapaces de respetar el silencio que me rodeaba, tan insoportable me resultaba la presencia de aquellas jóvenes llenas de vida y esperanza.

—Ya la tuve y la mataron.

—No puedes seguir aferrándote a un fantasma —dijo él y me hizo sonreír por primera vez desde la guerra.

—Son los fantasmas los que me mantienen con vida, son los seres más testarudos que he conocido nunca.

Capítulo 14



Cuando abrí los ojos, Tormod se había levantado y miraba a lo lejos a través de la entrada de la tienda. Solo iba cubierto con su kilt, el pelo negro caía sobre sus hombros indomable. Cas roncaba hecho un ovillo a mi lado. Me encantaba su olor, el calor que desprendía, me hice la remolona, aunque finalmente me levanté, apenas cubierta por una de las camisas de Tormod.

Avancé en silencio y envolví su torso con mis brazos. Él se tensó, contuvo el aliento, aunque no trató de girarse. Besé su hombro, los mordisqueé a placer.

—Es el momento de que me vaya. —Seguí la dirección de sus ojos, los hombres comenzaban a recogerlo todo, se preparaban para volver a sus hogares—. Tú también debes irte.

—No quiero, no tiene por qué ser nuestro camino —replicó con suavidad y tristeza, quizás comprendía que sí que lo era.

—Cierra. —Y él dejó que la tela de la tienda se escurriera entre sus dedos. Ya nadie podía vernos—. No te muevas. —Deslicé su kilt hacia abajo, lo dejé desnudo. Mis manos lo atraparon, comencé a tentarlo con ellas, me movía arriba y abajo sobre aquella dureza que crecía con rapidez. Su respiración se agitó, sonreí contra la piel de su espalda—. Túmbate —ordené de nuevo. Necesitaba ese control y él me lo dio—. Mírame.

Me coloqué sobre él. Me gustaba aquella postura, aquella perspectiva. El anhelo, la súplica, el poco control que le quedaba, todo ello en un mar negro que brillaba observándome. Quizás fuera la última vez, sentía que debía regresar, aunque no quisiera. Mi cueva, mi lobo, aquel era mi lugar. La paz era algo a lo que debía aferrarme y a su lado pertenecería a un clan, formado por personas que se creían libres e independientes, pero siempre supeditados a las decisiones de alguien. Relaciones de amistad o deber, bodas y otros engaños que trababan lazos endebles, peligrosos, que nunca perduraban. Convivir era complicado cuando eran guerreros los que decidían.

—Hazlo —me lo pidió mirando mi entrepierna. Se relamió y yo me quité la camiseta para que

pudiera adorarme a su antojo. No sentí vergüenza de nada, excepto quizás de aquella cicatriz en mi hombro. Ambos habíamos sido marcados, al final nos parecíamos al ganado que devorábamos para sobrevivir.

Tensé mis dedos en su cuello, apreté al tiempo que descendía sobre él, empalándome hasta el fondo. Sonreí sintiéndome poderosa, aquella forma en la que me observaba como si fuera un tesoro. Me acarició el vientre y yo me detuve.

—¿Qué estás pensando? —pregunté comenzando a mecarme. Buscaba mi placer sin preocuparme por el suyo.

—Hace tiempo tuve esposa y ella se quedó embarazada en una sola noche. —Sonrió con orgullo y yo sentí mucho frío a pesar de la situación en la que ambos nos hallábamos.

—No debes preocuparte. Conozco las hierbas adecuadas.

—¿Tan malo sería?

—¿Y en quién me convertiría? Esperas que olvide y me convierta en una mujer sumisa que siga tus órdenes. Tú continuarás al mando del clan mientras yo perdería lo único que me queda.

—¿Y quién eres? —Me detuve, iba a alejarme, pero sus manos en mis caderas me lo impidieron. Aunque no continué aquel vaivén que tanto nos gustaba. Una daga a pocos metros, la recogí con un movimiento rápido y la pasé por su cuello.

—Lady Anya Comyn, la hija del conde de Buchan. Soy descendiente de reyes y guerreros, soy una luchadora. He sobrevivido a aquellos que trataron...

—¿Seguro que sigues siendo ella? —Sus dedos pellizcaron mis pezones, los oprimieron con fuerza para soltarlos poco después—. Yo no veo a una lady, —Antes de que continuara, apreté un poco más hasta que el puñal hizo un pequeño corte—. Ella no sabía sobrevivir, no sabía luchar, ni defenderse. Tú tomas tus propias decisiones.

—Lo hice y acabé en manos de...

—En las mías. Alguien que daría todo lo que tiene por mantenerte a salvo. Me arrepiento de aquel día, si pudiera cambiarlo...

—¿Lo harías? Es muy sencillo cuando ya conoces lo que pasará. Yo también cambiaría muchas decisiones. —Besé su boca porque era la primera vez que alguien me decía que estaría dispuesto a protegerme, a anteponerme a él mismo. Ni siquiera mis padres harían tal cosa, yo... Cas me quería, me amaba como parte de él mismo, pero no podía hablar, jamás podría mover mi mundo de aquella forma solo moviendo los labios.

Su lengua jugó, abrasó el interior de mi boca, me encadenó a él hasta que, al separarnos, nuestros labios se distanciaron poco a poco. Su aliento olía apetitoso, olvidé que entre mis dedos tenía una daga, lo olvidé todo menos aquel aliento que, al escaparse de su boca, regresaba a la mía.

—Podemos cambiar —dijo él—. Tú estás muerta para ellos, nadie tiene por qué conocer tu pasado.

—Entonces, tu solución es que niegue quién soy para que tú tengas lo que quieres.

—No he dicho eso.

—Sí lo has hecho. Soy una fugitiva, el rey pondría mi cabeza en una bandeja y mis padres seguirían sus vidas sin soltar ni una sola lágrima, pero hay mucho más en mi pasado. Estoy orgullosa de éste, de las personas que me quisieron alguna vez, de las que murieron defendiéndome. Ninguno de nosotros estaba en un bando, pero nos encontramos en medio de una guerra y sufrimos las consecuencias. No puedo negar quién soy para tener aquello que quiero.

—¿Me quieres?

—¿Importa? —pregunté sin atreverme a responder —Te odio, ¿quieres que hablemos de eso? —Él se incorporó y acabó sentado, conmigo encima y todavía en mi interior. A pulso me levantó y comenzó a moverme, yo se lo permití cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, le ayudé pasado un rato.

—El odio lo alimentas tú, ¿no puedes perdonar? —Volví a mirarlo y acaricié su boca. Sentí pena por ambos, por ser unos cabrones desdichados que no obtendrían lo que necesitaban, hiciéramos lo que hiciéramos.

—Ya lo he hecho —susurré con temor—. Tuve que hacerlo para no volverme loca mientras el frío me traspasaba la piel y llegaba a los huesos. Tuve que dejar que aquella sensación oscura se alejara, pero queda el rencor y los recuerdos. Te necesito y no puedo hacerlo. No puedo depender de alguien que puede desaparecer, ¿y si la guerra cambia su curso? ¿Y si en la siguiente incursión a tus tierras se repite la historia? ¿Qué es lo que me pides?Quieres que te dé una familia para que otro pueda arrebátarmela.

—Os protegeré.

—Ya lo has intentado. —Pensé en la mujer que se había quedado en la cueva, en su hijo, pequeño, triste. Un pueblo castigado y yo demasiado cansada para tratar de iniciar algo cuando lo veía todo destrozado. Yo no podía pasarme el día preocupada por otro ser indefenso, ni por un hombre que antes o después sería llamado a su deber—. Quizás también necesite pelear —comprendí de pronto—. Hay quién no puede hacerlo por sí mismo. Tal vez dé un pequeño rodeo.

—Te acompañaré.

—¿Y lo dejarás todo? Has de volver con los tuyos.

—Mi lugar está contigo y estará siempre. Si tú no me acompañas seré yo la que siga tus pasos —soltó orgulloso, sentí como su pecho se hinchaba, sus músculos se tensaron a mi alrededor y un escalofrío de puro placer me recorrió entera.

—¿Y ellos? —pregunté mirando el lateral de la tienda, sabiendo que estaban ahí, aunque no pudiera verlos.

—Los protegeremos a todos, por algo soy el laird, encontraremos la forma.

—¿Juntos? Tienes más capacidad que yo para olvidar, mi querido laird. —Cerré los ojos y le permití llevarme a las estrellas, dejarle acariciar mi cuerpo y arrastrarme hasta el mismo cielo con su movimiento tortuoso e imparable.

Capítulo 15



25 días después de mi huida

*D*icen que las brujas son mujeres siempre y que tienen la capacidad de curar, hechizar o maldecir. Aquellas que sobresalen, que observan, que, desde las sombras son capaces de destacar. Temen lo que no pueden comprender.

Aquel día llovía y yo había conseguido una capa en una pequeña granja, gruesa, horrenda, pero que hacía su función. Me la eché sobre la cabeza y seguí avanzando sin pensar en el frío, en la humedad, en que mis botas estaban destrozadas. Solo el cansancio me retenía, lo justo para sentarme, cada pocas horas, para comer aquello que encontraba en el camino o que afanaba en contra de todos mis principios. Cazar era imprescindible, me decía, ahora que tenía un lugar al que regresar, pensando en la cueva.

Entonces las voces de aquellos hombres me detuvieron, me agazapé y escuché deseando que pasaran de largo, rezando para que no fueran capaces de encontrarme en medio de aquel matorral que, a duras penas, conseguía taparme.

—¿Y dices que logró huir? Kenneth debe estar furioso —dijo uno entre carcajadas. Iban a lomos de grandes sementales, caballos inmensos que relinchaban ante las ganas que sentían de correr, sintiéndose supeditados a los deseos de unos hombres que preferían la conversación a llegar con premura a su destino.

—Esos traidores asesinaron a mi padre. Voy a hundir mi espada en el pecho de esa zorra, cortaré su cabeza y se la enviaré al conde de Buchan como presente para que comprenda que deben temer a los MacLeod. —La voz de Tormod era magnética, había algo en ella que estimulaba y provocaba que los demás lo siguieran, ser un jefe no era algo que hubiese heredado, sino que parecía ser su destino. El destino, sonreí con sarcasmo, ¿qué podía saber yo de eso?

Un bulto se removía sobre la grupa de uno de ellos, éste, le dio un golpe contundente que provocó el llanto de dicho bulto. Quise hacer algo, tener el poder de cambiar las cosas,

reconocería aquellos colores en cualquier sitio, pero me mantuve escondida. Me sentía como una alimaña, aunque eso no importaba, ya no. El dolor del hombro me arrebatava el aliento y me dejaba agotada.

—Haz que se calle y deja de golpearla. La necesitaremos —ordenó Tormod autoritario. Lo único que lograba ver era su ancha espalda y aquella mata de pelo negro.

—Ya tengo ganas de follármela. Es una zorra y me ha mordido cuando la até. Me gustan peleonas. —Eran cuatro, inmensos, peligrosos.

—No la toques, ella nos guiará hasta lady Anya. —Era yo, me buscaban a mí. Debía alejarme, necesitaba correr, apenas pude contener el impulso de huir, les alertaría si lo intentaba.

—Por favor... —Su voz... Ella no, por favor, que no fuera ella. Repetía mi mente en un bucle infinito, cerré los ojos, me tapé los oídos, nada de eso impidió que mi mente procesase cada palabra.

—¡Cállate! —El de la derecha agarró el pelo castaño de Lianne y levantó su cabeza, empezó a reírse mientras tiraba del rostro de mi amiga y se lo apretaba contra la entrepierna—. Mi polla disfrutaría mucho si usaras la lengua para algo más placentero para ambos.

—Por favor... —suplicaba y yo caminé hacia allí, tratando de ocultarme tras los árboles, necesitando verla —Anya no hizo nada malo, ella es buena, no sigue al rey inglés, ella no.

—¿Crees que eso nos importa? —El hombre empezó a mover el rostro de Lianne mientras un gruñido de placer escapó de su garganta—. Chicos, ¿os importaría que hiciéramos un descanso? Los caballos necesitan beber algo y comer.

—¡Ya basta! —gritó Tormod asiendo las correas y acercándose a su hombre —Déjala.

—Solo necesito su boca.

—¡He dicho que basta! —Y un puñetazo, por parte de Tormod, descendió sobre aquel hombre de pelo castaño. La furia tiñó el rostro del moreno, pero apenas se tambaleó y yo, por algún motivo, no me atrevía a mirar al que estaba al mando de frente, mis ojos no ascendían más allá de sus brazos y pecho.

—Quizás debería partirle el cuello. No sé por qué habría de seguirte, no te lo has ganado. —Vi que las palabras del moreno impactaron de lleno en el ego del jefe, éste desenvainó la espada y la colocó ante el rostro de su propio hombre. ¿De verdad iba a hacerlo? No había límites para aquellas bestias.

El moreno fue rápido, tiró el cuerpo de la joven al suelo. El sonido del cuerpo de Lianne al golpear la tierra, al no poder poner las manos para absorber el impacto... Ella gritó y después silencio.

Ellos pelearon, ambos blandían sus claymore con determinación, decididos a defender sus posturas, a imponer sobre el otro el poder. Estar en la cima no debía ser sencillo, aunque yo esperaba que ambos acabasen heridos de muerte.

Aquello era un espectáculo y todos los ojos estaban en ellos. Los vítores y gritos apoyando a Tormod parecieron molestar al otro. Yo caminé hasta Lianne y traté de arrastrarla, siempre cubierta por mi capa, esperando que nadie decidiera mirar en nuestra dirección.

Tiré con fuerza, ya no me quedaba energía suficiente y Lianne había llevado un golpe en la cabeza quedando inconsciente.

—Despierta —susurré inclinándome sobre su oreja. No sirvió de nada. Alguien había conseguido cierta ventaja sobre el otro, Tormod estaba a punto de saber lo que era perder. ¿Cambiaría algo la muerte del líder o sería todavía peor? —Abre los ojos, necesito que corras—. Corté las cuerdas que mantenían sus manos y pies amarrados.

Con un giro espectacular Tormod, que había caído del caballo, había atravesado el vientre del moreno desde el suelo. ¿Problema? Acabado el enfrentamiento de los dos alfas se hizo el silencio. Tiré de ella con insistencia, pero el cuerpo al ser arrastrado hizo un sonido seco, arenoso, demasiado alto.

Me vieron, me cubrí y tiré, seguí tirando. Los escalofríos eran como las manos de miles de fantasmas atravesando mi piel, llegando a mis costillas.

—Tenemos una invitada —soltó alguien entre risas.

—¡Quítate eso de la cabeza y deja que veamos tu rostro, preciosa!

—Muchacha —añadió Tormod con un tono mucho más dulce. Yo bajé todavía más la cabeza, sintiendo que mi alma se rompía al saber que con Lianne no podría escapar. Era el momento de abandonar a alguien más, cerré los ojos pensando a toda velocidad. No podía permitir que se acercasen, debía internarme en el bosque y ocultarme, sus caballos les daban una ventaja sobre mí demasiado grande—, no tengas miedo.

—¿De ti? Acabas de matar a alguien de los tuyos —repuse en un tono más agudo de lo normal.

—Él mismo me retó.

—¿Y eso te da el derecho?

—Soy el nuevo laird de estas tierras, ellos me deben sumisión y tú también. Deja a esa joven y aléjate —pidió de forma bastante brusca, aquella “sugerencia” se parecía demasiado a una orden expresada a medio camino entre un grito y un bufido.

—Ya os escuché. Buscáis a Anya Comyn, debe ser muy poderosa para que necesites ayuda de tus hombres. Extraordinaria, diría yo.

—¿La conoces? —preguntó interesado —Quizás te has cruzado con ella, no debes confiar en su apariencia, es peligrosa.

—Todos lo somos. —Él dio dos pasos y yo levanté el mano con el puñal, las risas redoblaron sus esfuerzos—. Si te acercas te mato, —Y entonces mi cerebro trajo a mí una idea ridícula. Moví la mano y apunté con ella a Lianne—. o a ella.

—Tranquilízate, relájate. —Tormod parecía conciliador, al menos lo habría sido si no tuviera entre sus dedos una espada chorreante.

Lianne se despertó, sus ojos se abrieron de la sorpresa de verme tan cerca, de reconocermela.

—Annya... —susurró, pero todos pudieron oírla.

—¿Annya? ¡Chicos! ¡Creo que no tenemos que buscar más! —gritó uno.

—Lianne, calla —supliqué, pero ya era demasiado tarde.

—¡Cogedla! —gritó Tormod. Y hui sintiendo que se había convertido una costumbre.

—¡Annya! —La voz de Lianne me detuvo cuando ya había dado varios pasos apurados.

—Lo siento... —respondí con la culpa golpeando mi pecho —volveré a por ti —mentí consciente del engaño. Ella me miró y yo los oí acercarse, por algún motivo me cubrí con la capa todavía más. La vergüenza me hizo sentir más cómoda en la oscuridad que aquel raído trozo de tela me aportaba.

No me había alejado cuando un grito se alzó en el aire. Incluso viendo que la dejaba atrás, sabiendo que si ellos me perseguían tal vez pudiera huir, a pesar de todo eso ella siguió luchando por mí. La miré con lágrimas en los ojos, con las manos apoyadas en el tronco del árbol que estaba a punto de dejar atrás.

Lianne se aferró a la pierna de Tormod, él trataba de soltarse, le dio una patada con fuerza en el rostro, pero ni así consiguió nada. Ella cerró los ojos con el rostro ensangrentado y una férrea determinación.

—¡Corre! —gritó Lianne y yo perdí parte de mí en aquel momento. Quizás fue la prisa de él, tratando de darme alcance y sintiendo que cada vez había más distancia entre ambos, el motivo, tampoco me importaba. Solo sé que el cabrón clavó la espada por la espalda de mi amiga, atravesándola, ensartándola sin pena ni gloria. Y de nuevo yo no lo veía a él, el miedo era tal que sentía que, si echaba un vistazo al rostro de aquel ser de alma negra, no podría moverme. La miré a ella y después mis propios pies mientras corría, me escondía y seguía corriendo. El terreno se hizo escarpado a medida que ascendíamos. Los caballos quedaron atrás y gané algo de ventaja, la distancia no me importaba, no dejé de huir necesitando liberar aquel dolor en forma de grandes zancadas, saltos arriesgados y miedos.

Y con el paso de las horas llegaron los recuerdos.

Lianne era la hija de la cocinera, alguien que nunca debió hablarme con confianza, jamás debió mirarme a los ojos, no obstante, en aquel frío castillo era una de las pocas muchachas de mi edad con valentía suficiente y se convirtió en nuestro secreto. Una amistad que creí muerta dos meses antes, cuando su madre le comunicó que habría de desposarse con el leñador que vivía en el pueblo. Creí que jamás volveríamos a cruzarnos, no encontraría excusas suficientes, era el destino, me dije.

Ella estaba muerta y la lista no dejaba de crecer. Gemí recordando la primera vez que nos encontramos, uno de los días más divertidos de mi vida.

Generalmente debía bordar en la torre a media tarde, era el momento en el que había más luz y las mujeres se reunían allí para hablar, contar historias o simplemente coser la ropa de sus esposos. Recuerdo que aquel día una de las ancianas decidió acudir algo antes de la hora acordada, debido a su edad pocas veces subía hasta allí, nunca la vi coger una aguja, pero aquella tarde estaba sentada junto a la ventana mirando el patio desde allí. Cuando la vi me pregunté qué buscaba, sintiendo que aquel ya no era su lugar, no por mí, sino porque ella misma parecía odiar al resto de las mujeres a las que apenas dirigía un par de palabras.

—Lo lamento, no quería molestar —dije girándome para volver a marcharme. Siempre llegaba antes para coger el mejor lugar y poder decir que llevaba allí mucho más tiempo, pudiendo así salir antes de aquel suplicio.

—No te marches, siéntate a mi lado. —Parecía una sugerencia, a mi edad, sin embargo, era una orden hecha con cortesía.

—Por supuesto.

—¿Sabes? A tu edad odiaba este lugar, creo que siempre lo he hecho. Yo no soy de aquí, a mí me trajeron del otro lado del mar, me obligaron a casarme y me ataron a unas costumbres que detesto —lo dijo sin detenerse a tomar aire, como si me estuviera recitando un poema cualquiera, como si no fuera su propia historia, una que no parecía muy alegre.

—Lo lamento.

—No lo hagas, él está muerto desde hace años.

—¿Por qué no se marchó? —pregunté guiada por mi espíritu rebelde, el mismo que quería averiguar por qué el fuego ardía o cómo se creaba la nieve en invierno. La curiosidad era uno de mis mayores defectos y al mismo tiempo de mis virtudes. Ella era diferente, no puso mala cara ni me amonestó, solo meditó unos segundos, mirando la puerta, antes de responder.

—Ya no tenía un lugar al que volver. Al final mi cárcel se convirtió en mi hogar. —Se miró los dedos llenos de anillos, se quitó uno y me lo tendió—. Para ti.

—¿Por qué?

—Fue un regalo de mi esposo. Él decía que yo era la mujer más hermosa que vio nunca, se

refugiaba en eso para justificar que me hubiese raptado. Decía amarme con locura, aunque lo único que siempre creí de toda esa montaña de patrañas fue que estaba loco. El día de nuestra boda selló aquel momento con ese anillo, creo que siempre lo he odiado.

—¿Por qué me lo da?

—Esperanza. —Yo no comprendía nada, aunque aquel rubí me pareció tan hermoso que cerré los dedos entorno a él. Me quedaba enorme, aunque eso no era algo que me importara mucho. No quería devolverlo, en mi joven mente los motivos ya no eran algo tan importante—. Tu padre tiene planes para ti y tu madre también, pero tú no eres como ellos. No veo esa ambición ciega, veo dulzura y fuego. —Acarició mis pómulos y aquel gesto hizo vibrar mi pecho. La miré como habría hecho con una abuela. No quise alejarme de un toque tan reconfortante, en aquel instante me sentí muy bien a su lado, preocupada de que en cualquier momento alguien entrase por la puerta y ella dejase de hablar—. Estoy cansada.

—Debería dormir la siesta —comenté recordando los días en los que, tras una noche agitada o una larga jornada a caballo, me tumbaba sobre la cama y caía rendida.

—Eso no me curaría, cielo. —Acarició mi pelo de nuevo—. Ellos son hombres y pueden errar, recuérdalo. Tú eres mucho más que una niña tonta a la que puedan condenar sin piedad, lucha cuando encuentres por qué hacerlo.

—¿Y si nunca lo hago? —inquirí algo perdida.

—No lo sé. —Se tocó la frente y frunció el ceño. Se veía graciosa, llena de arrugas y con el pelo del color de la plata. Sus ojos verdes me parecieron hermosos, quizás lo único que seguía conservando la juventud y belleza que, estaba segura, una vez tuvo—. Naela te protege, aunque no sé si siempre podrá hacerlo. —Abrí los ojos y dejé de respirar—. Busca en aquellos que no son como tú, conoce a los que están por debajo, aprende de todos los que te rodean.

—¿De qué me protege?

—Ella es poderosa, no es una simple nodriza —suspiró y bajó el rostro abatida—. Su sangre es mucho más antigua que la de aquellos que ordenan en este lugar sin luz y con lluvia constante. —Estiró su mano y yo la cogí—. En el lugar que nacimos por el día el calor era insoportable y las noches heladas. Las estrellas brillaban con más intensidad, pero también la noche era mucho más negra. La magia puede sentirse en aquel lugar, las mujeres no somos tontas, aunque se empeñen en hacernos creer tal cosa.

—¡Soy muy lista!

—Cierto, solo estaba pensando en voz alta. —Tocó mis labios y besó mi frente—. Dudo que puedas verlo nunca, pero guarda en tu corazón mis palabras. Naela llegó embarazada a este lugar, de la mano de tu padre, y tu madre también lo estaba. Nunca pude saberlo, pero siempre he tenido sospechas.

—No la comprendo.

—Lo sé, cielo. Tal vez algún día lo hagas. Ahora ve a jugar.

—Si se enteran me regañarán.

—Tranquila, les diré que yo te he mandado. —Se inclinó y dejó un húmedo beso en mi mejilla. Iba a limpiarme cuando ella misma pasó un fino pañuelo sobre la marca que había dejado—. ¡Ve!

Iba confusa cuando bajé y me topé con Lianne, inquieta porque sentía que algo se me escapaba de las palabras de la anciana. Fue aquel nerviosismo el que me hizo chocar con ella y provocó que ambas rodásemos por el suelo.

—¡Mira por donde andas! —grité molesta, al tiempo que trataba de limpiar el barro que se

había adherido a mi vestido. Ella iba a replicar, pero al ver quién era yo bajo la cabeza.

—Lo lamento, lady. —En aquel instante sentí tras de mí una presencia, aunque allí no había nadie y volví a escuchar a la anciana. “Conoce a los que están por debajo.”

—Yo lo siento. Soy Annya, por cierto.

—¿Desde cuándo la hija del laird ha de disculparse? —Lianne se tapó la boca al percatarse de lo que acababa de soltar. Yo estallé en carcajadas.

—¿Quieres acompañarme? —Caminé presta hacia las caballerizas, ella me siguió con el semblante blanco.

—Si madre me descubre me dará una buena zurra —confesó quedamente.

—No lo harán, diré que yo te obligué. —Y así calmó sus miedos, aunque dudaba que padre estuviera contento con esa respuesta.

Y comencé a buscarla cuando quería jugar, hablar o confesar algo. Ella, muda al principio, resultó tener mucho que contar. Hasta que llegamos a saberlo todo la una de la otra.

Pisé y no encontré nada bajo el pie. Estaba tan concentrada en el pasado que olvidé que estaba recorriendo un terreno desconocido. El suelo se movió y yo caía barranco abajo. Las piedras golpearon mi cuerpo, lo cortaron, me tapé la cara y cerré los ojos.

Mi cabeza rebotó contra un árbol, me toqué la frente y estaba húmeda. Apaleada, sin fuerzas para más. Me miré los dedos y respiré sorbiendo el aire, pequeñas bocanadas en las que intentaba no llenar demasiado mi pecho, no tener que moverlo.

—¿Todo termina así? —pregunté a las nubes llorando —Ellos mueren para que yo también lo haga. ¿Por qué lo hizo? No lo merezco... —Pero sabía perfectamente su motivo, me quería. Éramos mucho más que amigas, habíamos creado a lo largo de los años un lazo de hermanas y ahora volvía a sufrir. Ya no me quedaba nadie, estaba sola y ese fue el último golpe. ¿Quería continuar? ¿Para qué?

Dejé caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, estirados, las palmas hacia arriba y mirando el cielo. No sé durante cuánto tiempo lo hice, parecía mucho cuando las pisadas me hicieron reaccionar y vi que el sol se ocultaba. Alguien se acercaba, yo temía conocer la respuesta respecto a ese alguien, lo temí con cada fibra de mi ser.

—¿Estás muerta? —inquirió una mujer desde la cima de aquel pequeño barranco.

—Debería —dije yo.

—Quizás hoy no sea el día escogido. Hay luna llena. —¿Y eso debía decirme algo? Me había tocado la loca del lugar, sin embargo, no podía regresar. Si ella avisaba a alguien o me llevaba hasta el pueblo estaría condenada.

—Déjame aquí, me buscan y cuando me encuentren me matarán.

—¿Cuál es tu pecado? —Descendió con lentitud por un camino en el que no había reparado hasta aquel instante, a cada paso notaba que le costaba moverse, no supe precisar su edad cuando la encontré sobre mí.

—Ser la hija de un seguidor del rey equivocado.

—Comprendo. —Se arrodilló y soltó un quejido de dolor. Llevaba una tosca bolsa anudada en su cadera, de ella extrajo ungüentos asquerosos y una tela rugosa. Limpió mi herida por más que yo traté de alejarla, acabé por dejarla hacer.

—¿Por qué me salvas?

—Me llamo Nanha —comentó haciendo caso omiso a mi pregunta.

—¿Por qué? —repetí sin darme por vencida.

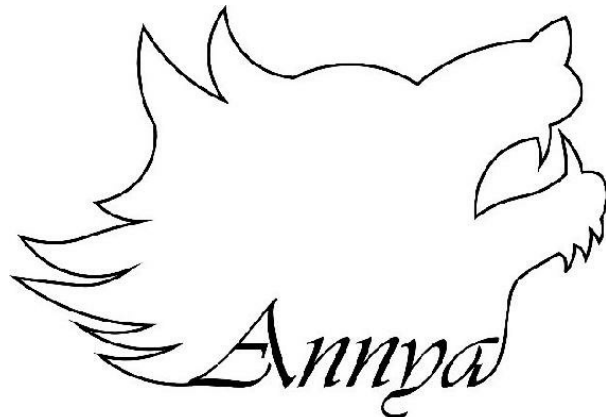
—Eres una niña para rendirte. Te salvaré la vida para que puedas decidir lo que hacer con

ella. Las decisiones importantes hay que meditarlas con tiempo, no cuando el mundo nos golpea con dureza. —Siguió a lo suyo y decidí evadirme en el pasado de nuevo, en unos recuerdos que no creía merecer.

Lo extraño era que, al pensar en mi hogar, en un lugar al que volver si llegaba a recobrarne de las heridas, no era el castillo. Allí, entre las sombras, se agazapaba el mal. Yo prefería la montaña, aquella cueva llena de humedad, el río que descendía lleno y con fuerza, hermoso y salvaje. Aquel lugar indómito no tenía comodidades, ciertamente allí era fácil caer y romperse el cuello, conseguir alimento demasiado complejo, y por eso mismo me había atrevido a alejarme tanto y acercarme al pueblo, pero era puro como pocos otros, los hombres no lo habían contaminado con gritos, casas y leyes.

- Vivo en la montaña —confesé con orgullo—. Ahora soy de la montaña. —Aunque quizás era el dolor y el cansancio el que hablaban. La palma helada de Nanha se posó en mi frente, sorprendiéndome, después fueron sus labios en un toque que no supe si había soñado.
- Eres salvaje y fuerte, solo tienes que descubrirlo. Volverás a esa montaña y vivirás para ver como los que te han hecho daño perecen.
- ¿Cómo puedes saberlo?
- Soy una bruja, el futuro no siempre es claro, pero tampoco una incógnita. —Creí en ella porque tan pronto metió un puñado de hierbas mi cuerpo dejó de doler, de pesar, de tocar el suelo. Me alcé como una pluma volando lejos.
- Me buscarán.
- Seguirán la dirección equivocada, es una promesa de vieja bruja. —Nunca llegué a saber cómo lo hizo, pero nadie llegó hasta mi cueva hasta mucho después.

Capítulo 16



Me escabullí mientras Tormod dormitaba. Cas me siguió y nos alejamos a pie, disfruté de la caminata. Sabiendo cuál sería el primer sitio en el que iba a buscarme decidí dar un rodeo. Me dirigí a un lugar apartado, tenía no poder localizarlo ya que solo había estado allí dos veces, aunque tenía tiempo y antes o después lograría encontrarlo.

Llegué hasta el riachuelo y seguí hacia el norte. En cuatro horas me encontré en la puerta de aquella cabaña, allí guardaba algo que quería recuperar. Entré con pena, Nanha jamás regresaría.

Lo encontré bajo un par de maderos, mi anillo, aquel en el que no había pensado en tanto tiempo, tenía algo especial podía sentirlo en mi alma. Algo había cambiado allí, pensé al ver dos cartas bajo él. Las cogí sin saber si tenía derecho, aunque ya no tenía sentido no hacerlo.

Hacía mucho tiempo que no leía, me sentí rara al ver aquellas letras y me concentré al máximo. Nunca fue algo que se me diera extremadamente bien, yo prefería cabalgar y pasear, el aire libre, la naturaleza y las canciones.

Mi querida Annya:

Quizás te resulten extrañas estas palabras, tal vez porque apenas hemos desvelado ante la otra nuestro verdadero pasado, pero soy vieja y ya no me queda nadie. Fueron tus visitas las que me dieron algo de esperanza, vi en ti a alguien a quien merecía la pena salvar y no me equivoqué. Eres lo más cercano que tendré nunca a una hija.

Si estás leyendo esto es porque yo no he podido darte mi legado en vida, todo aquello que he aprendido, conocimientos que no deseo que se pierdan. Quizás no comprendas cómo sé escribir, leer o tanto sobre hierbas, eso ya no tiene importancia. Solo busca el libro bajo el arcón y estúdialo. Llegado el día encontrarás a alguien digno y sabrás que ha llegado el momento de pasarlo a la siguiente generación, no te quedes con él, solo aprende de lo que contiene.

Un beso enorme y me alegro que hayas tomado la decisión adecuada.

Aquella vieja loca era sorprendente. Abrí la segunda misiva con nostalgia, me habría gustado hablar con ella en persona, decirle muchas cosas que antes callaba y ahora ya no tenía oportunidad de expresar. Ella también había sido importante, aunque tuve que perderla para comprender hasta qué punto.

En la frontera hay una mujer de nombre Luane. Ella tiene el poder y los contactos que necesitas. Espero que no lo hagas, deseo con toda el alma que puedas quemar estas palabras sin mirar atrás, sin embargo, quiero darte la posibilidad.

Luane es inteligente y de mi confianza, yo le di un lugar en este mundo en el que pudiera hallar la paz. Ella me lo debe y hará lo que sea necesario por hacerte llegar ante tu padre. Una vez me confesaste que siempre sentiste la necesidad de enfrentarlo, que esa sería la única forma de sanar desde dentro.

No lo hagas y si lo haces vuelve con vida. No confíes en alguien que no luchó por ti, tienes a gente que te ha amado y te amará siempre.

Nanha.

Las guardé en mi capa y me puse el anillo. Tomé aire y busqué aquel mágico libro, creyendo que sería minúsculo, quizás un par de páginas que contenían las hierbas que podría encontrar en aquel bosque. En su lugar hallé un ejemplar enorme, compuesto por decenas de plantas que no había llegado a ver en mi vida y sentí curiosidad, algo que creía haber perdido. Allí se hablaba de enfermedades y remedios, síntomas y lugares extraños. En los anexos había historias y nombres de personas, puede que muchas de ellas ya estuvieran muertas.

Leí uno al azar, sonreí al tiempo que con el dedo seguía cada palabra que mi mente traducía.

Y dicen que, en los albores de la tierra, era llamada la planta del diablo. Pequeña, traicionera, crecía en la misma colina en la que una hermosa humana rechazó el amor de un ser perverso, prefiriendo en su lugar a un mero campesino que poco tenía que ofrecerle más que un amor puro y duradero.

El diablo prometió, tras aquel rechazo, que todas las flores de la colina se teñirían de rojo con la sangre de quien le había robado a la mujer que decía amar, se volverían veneno, nadie sobreviviría a su toque. Ella no dio su brazo a torcer, pero, tras dos años de muerte y desolación, lo llamó para suplicar por los suyos.

—Y me dañas a mí, que juras quererme —le dijo entonces la joven al ser más peligroso de la tierra.

—Bésame al menos una vez —replicó el diablo con una sonrisa aterradora en el rostro. Sus colmillos se estiraron, sus manos se convirtieron en garras afiladas y peligrosas—. Dame algo a cambio del perdón por tamaña ofensa.

Y ella lo hizo, lo besó y se sintió atraída por él al instante. Fue su olor, su sabor, aquel calor que le atravesó la piel. Cuando se separó de aquel ser aterrador ella veía al ángel más hermoso, no podía apartar los ojos ni las manos y el diablo se sintió poderoso.

De las garras de aquel demonio cayó una semilla con forma de corazón, una semilla que germinó y de la cual nació el silfio.

Una hierba de raíces robustas y flores amarillas que se usa como afrodisíaco, para purgar el útero y picores. Además, es comestible y deliciosa.

Capítulo 17



*T*ener la suerte de amar una vez es un regalo, dos, prácticamente imposible.

Cuando abrí los ojos estiré las manos instintivamente, quise atraerla a mi cuerpo y besar sus labios. Ella fue en lo primero que pensé, llevado por la necesidad de su piel, sus caricias que asustaban a mis demonios y encendían zonas de mi ser que hacía mucho tiempo permanecían dormidas. No la encontré.

Annya había aprovechado mi cansancio para alejarse y aquel gesto fue una traición dolorosa. Me vestí con la amarga sensación en la boca, me subí al caballo y enfilé hacia el castillo, pero no me alejé mucho.

—¡Tropas inglesas se acercan! —Alguien se aproximaba a galope, yo sentí frío.

—¿A qué distancia se encuentran?

—Dos días. Avanzan rápidamente. —Y pensé en ella, no sabía nada, estaba en peligro. Azucé mi montura cambiando la dirección de mi marcha.

—¡Tormod! —Me detuve unos instantes.

—Llamad a los hombres y preparaos. Llevad a esta gente al castillo y todo hombre en edad de pelear habrá de unirse. —Ellos asintieron y se separaron, sabiendo que había mucho por hacer.

Yo era un gran rastreador. Seguí sus huellas sin problema, con rapidez. Ella se había internado en terrenos peligrosos, lugares con sus propias leyendas. A mi mente acudió la de aquel paraje lleno de inmensos árboles. A medida que caminaba podía escuchar la voz de aquel bardo que vivió en el castillo, durante unos meses, cuando yo era un niño. Sus palabras, las representaciones que hizo ante nosotros para agradar al laird, mi padre.

Y mientras las rocas resbalaban bajo los cascos de mi caballo y me veía obligado a dejarlo atrás sonreí porque solo ella tendría el coraje de entrar allí sin dudar. Era valiente como ninguna, a veces algo inconsciente, dura y decidida. Y, sin embargo, a pesar de todo lo que había tenido que afrontar seguía teniendo un alma pura.

Y cuando cruzó el camino pasó al lado del árbol más grande del mundo. Sus ramas se retorcián rumbo al cielo, sus raíces eran gruesas y negras, se internaban en la roca, rompiéndola y extrayendo de ella aquello que necesitaba.

Con mi puñal marqué el tronco del más cercano sintiéndome un explorador, uno preocupado y con mucha prisa por hallar a una mujer escurridiza como ninguna.

Y la niña continuó con miedo, pero siguió adelante. Sus pequeños pies estaban llenos de heridas, cortes profundos y dolorosos que la hacían llorar y morderse el labio. Sus ojos azules brillaban anegados, sus dedos se aferraban al colgante de su cuello, tratando de extraer de él la fuerza que necesitaba. Ella se sentía diminuta, pero en su interior rugía el alma de una gran guerrera.

Me aproximaba a lo que parecía una antigua casa de anchos muros de piedra y tejado de madera. La hierba cubría todo el entorno, algunas enredaderas se alzaban aferrándose a cada saliente para llegar lo más arriba posible. Si esperaba sorprenderla un gruñido a mi espalda me hizo percatarme, de golpe, de que jamás podría conseguirlo mientras ella contase con un lobo de fino oído. Sonreí orgulloso.

—¿Vas a atacar al futuro marido de tu dueña? —pregunté agachándome a su lado. Siguió gruñendo indiferente a mis palabras.

Y aquella niña encontró un claro, justo en el centro de aquel oscuro bosque, donde la luz apenas penetraba. Los árboles enredaban sus ramas sobre las cabezas de aquellos que osaban internarse allí, los que lo habían hecho juraban que al pasar podían ver a esos mismos serbales moverse, seguir los movimientos de los incautos tratando de apresarlos.

Empujé la puerta y la encontré con un libro sobre sus rodillas, perdida en las palabras que aquel ejemplar contenía, sorprendido porque tuviera algo de tanto valor en sus manos.

—Debe ser una lectura agradable —dije rompiendo el silencio. Sus ojos se alzaron rápidamente para quedar fijos en mí, al principio atravesándome, poco a poco se centraron en mi persona reconociéndome.

—¿Qué haces aquí?

—Dije que te protegería —respondí pensando que era la mujer más hermosa que viera nunca. Sus ojos verdes brillaban, su pelo recibía la luz del sol volviéndose oro líquido ante su toque. Sentí el impulso de tomar sus manos, jurarle amor eterno y permanecer ambos allí escondidos, una vida sencilla, pero seguramente mucho más feliz.

—Estoy bien, puedes irte.

—¿Es todo lo que has pensado decir? ¿No merezco más? —Estaba cansado de la culpa, de caminar a su alrededor con cuidado, temiendo despertar al ser furioso que estaba seguro combatía en su interior por enseñar los dientes y clavar sus uñas en mí. Quizás era necesario que dicho ser viera la luz, sino siempre estaría ahí, esperando una oportunidad.

Y la niña se dejó caer, su cuerpo era mucho más liviano que de costumbre, incluso pareció tocar el suelo como una pluma, sintiéndolo blando y cómodo bajo ella. Y en aquella negra oscuridad, en la nada, en un lugar donde todo lo que eras se perdía, se fundía con lo que te rodeaba hasta no distinguir una cosa de otra, allí, la niña se sintió más a gusto que nunca antes. Sonrió, aunque no había nadie para verlo, solo ella era testigo.

—Lo mereces, pero prefiero dejarte marchar con vida —comentó ella con una sonrisa tirante en sus labios. Me acerqué y acaricié su mejilla, la suavidad de su piel era adictiva, me llevaba a desear poner mis labios en aquel mismo lugar.

Y cuando estaba a punto de quedarse dormida, cediendo ante la necesidad de descansar y el

deseo de escapar de una vez por todas, se aproximó una mujer de negros cabellos y raído vestido.

—¡Pues hazlo! ¡Gritame! ¡Dime algo! —reclamé inclinándome sobre ella, mis palabras golpearon su rostro, ella no se inmutó.

—¿Y de qué valdría? Ya no puedo acabar contigo. —Volvió los ojos al libro, ¿creía que si hacía como que no estaba allí yo iba a esfumarme?

Pero la niña estaba demasiado cansada para preocuparse de aquella extraña, cerró los ojos con una sonrisa perezosa.

—No es necesario que sigas buscando. —La voz de aquella mujer era cavernosa, si la niña la hubiera mirado se habría percatado de que ni siquiera había necesitado mover los labios—. Déjame tocarte, curaré tus heridas y no tendrás que marcharte.

—Si me cura habré de volver —respondió la pequeña acariciándose los brazos, las muñecas.

—Puedes quedarte conmigo.

—Ellos me encontrarán, siempre lo hacen. —Ya no había pena, ni preocupación, se conformaba con poder descansar unas horas.

Agarré el libro y tiré de él, ella me lo permitió. Lo dejé a un lado y cogí su mano, la atraje hacia mí, hasta que nuestros cuerpos chocaron, sorprendiéndome de que no opusiera resistencia. Se dejó guiar hasta que coloqué mi mano en su nuca y besé sus labios. Podíamos gritarnos, herirnos, pero cuando cerrábamos los ojos el fuego nos quemaba dejando solo la necesidad pura. Lamí su boca para internarme en ella, allí donde las palabras tomaban forma, donde su voz tomaba aquel tono tan dulce y juguetón, o airado y agresivo. Ella era mi locura concentrada en un cuerpo tentador.

—¡Gritame! Dime algo.

—Casi me matas. Huí y me caí por un pequeño barranco. —Fue como si sus palabras se convirtieran en dagas de hielo capaces de arañarme por dentro. Acaricié su mentón sin apartar los ojos de sus labios. Ella giró el rostro y yo recibí el peso de su mejilla sobre la palma de mi mano.

—Perdóname.

—La mataste. Ella era como una hermana, la quería. —Verla llorar me destrozaba, me habría arrancado la piel a tiras por evitar aquello, por poder cambiar la línea del tiempo, poder regresar al pasado y evitar lo ocurrido—. Era hermosa, buena, cariñosa, pero tú no viste nada de eso.

—No quería hacerle daño, ella no me soltaba.

—Me protegía. Me protegía, ¿lo entiendes? —Se envaró y sus manos volaron a mi cuello—. La quiero, la quería. ¡La quería!

—Lo siento.

—¡Deja de decir eso! —aulló tapándose los oídos.

—¿Qué puedo hacer? —Y ella golpeó mi pecho, sus manos cerradas caían sobre mí sin control, ella cerró los ojos y dejó que la rabia la controlase.

—¡Nada! Ella seguirá muerta, ¿cómo podría estar contigo día tras día sabiendo lo que ha ocurrido?

—Pelearnos juntos, lucharemos por dejarlo atrás. Eres una guerrera, ambos lo somos. —Tomé su boca de nuevo, esta vez de manera salvaje. Mordí sus labios, traté de cerrar mis dientes también sobre su lengua, ella luchó contra mí, lanzándome hacia atrás—. ¡Pelea! —Y el puñal ya estaba en su mano.

—¡Aléjate! Por favor, déjame pensar.

—No pienses, solo lucha. No te sientas culpable por sentir ese impulso, lo merezco. Soy el hombre que la mató.

—¡Cállate! —Lanzó el puñal de una mano a la otra, repitió el gesto sin atreverse a avanzar.

—¿Tienes miedo de que te haga daño? Llevas mucho tiempo preparándote para este momento. —Y empujé su hombro con fuerza. Cas gruñó a mi espalda, en aquel momento no me preocupaba recibir algún que otro mordisco.

—Naela, Nanha, Lianne. ¡Naela! —Y embistió, esquivé el filo por poco—. ¡Nanha! —En esa ocasión el acero rozó mi brazo—. ¡Lianne! —Lanzó el puñal, que pasó muy cerca de mi oreja, para rebotar contra la pared de mi espalda—. ¡Lianne! Ella murió por tu espalda, pero fue por mi culpa. ¡Todos murieron por mí! ¡Defendiéndome!

—Tu padre no aceptó al rey Robert I, antes o después habría pasado. Es nuestro rey, por mucho que a los ingleses no les guste.

—¿Y si yo no lo aceptase tampoco?

—Estoy cansado, scáthach. —Atrapé su cintura y la elevé hasta que nuestros rostros estuvieron a la misma altura. Contuve el aliento al sentirla más cerca que nunca, más mía que nunca hasta entonces.

—Y yo. Debo ver a alguien.

—No puedes. Los ingleses se acercan.

—Mejor, así no tendré que ir tan lejos.

—Te matarán —dije sintiendo que ella no me escuchaba.

Saltó sobre mí y enredó sus piernas en mis caderas.

Y la niña se giró para mirar a aquella mujer de hermosas promesas, a pesar de su apariencia no la temía, había tratado con monstruos muy hermosos.

—Ellos jamás se detendrán, solo la muerte podrá impedir que lleguen hasta mí.

—Entonces será lo que hallarán cuando entren en este lugar con malas intenciones. —La niña sonrió esperanzada.

—¿Me ayudará?

—Nadie te alcanzará, solo promete que te quedarás a mi lado eternamente. —Y la niña respondió sin dudar, aquel lugar era oscuro, los árboles hacían sonidos extraños y ella parecía la más horrenda de las mujeres, su rostro era el de un cadáver que estuviese en plena descomposición, pero conservaba una belleza que ni siquiera su tez pálida, ojeras y heridas podía ocultar.

—Lo haré.

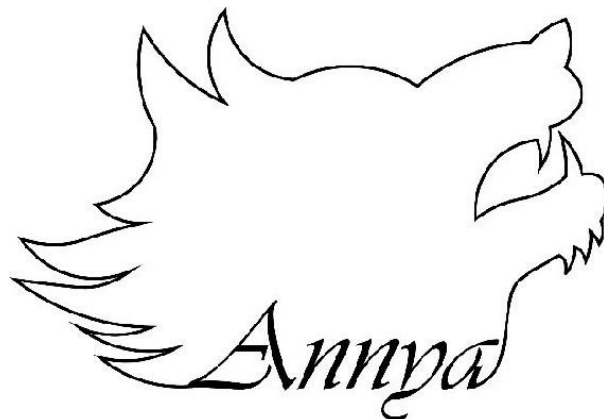
Tiró de mis cabellos hasta que mi cuello quedó a su alcance. Sus dientes se hundieron en la piel expuesta, sentí el dolor, no llegó a penetrar la carne, pero dejó su marca.

—Ahora eres mío —soltó orgullosa.

—Iré contigo.

—Cualquiera podría reconocerte, habrás de confiar en que volveré. —Y se descolgó como un animal salvaje, recogiendo su cabello en una trenza y guardando el libro en una vieja bolsa de piel.

Capítulo 18



Y tocaba un peregrinaje por tierras de nadie. Legalmente escocesas, ahora eran pisoteadas por ingleses que no dudaban en destrozar a aquellos que no jurasen lealtad a Eduardo I, no obstante, presentía que una vez cruzaron la frontera ya no les importaba. ¿Quién les juzgaría por acabar con cuantos quisieran cuando iban exactamente para eso?

Tormod me había dado una capa negra de piel que daba la impresión haber sido hecha para mí. Se adaptaba a mi cuerpo a la perfección, habíamos pasado un día juntos y cuando estaba a punto de partir me la entregó con una sonrisa enorme. Hacía mucho tiempo que no tenía algo tan hermoso, se lo agradecí con más caricias y besos, secretos que dejábamos en el otro, marcas invisibles que calmaban nuestros fantasmas.

Quizás el tiempo supiera que algo iba mal, la lluvia eran lágrimas de dios, yo lo sentía así. Allí donde miraba había destrucción y cuerpos, los supervivientes tras el paso de los ingleses recogían a sus muertos, apilándolos entre sus hogares en llamas. Ya no quedaban recuerdos, ni amigos, ni familiares, solo carne muerta que los que quedaban en pie trataban de enterrar.

Los niños caminaban perdidos, sin encontrar a sus padres, mujeres y hombres gritaban el nombre de sus hijos o amados. La pena era la constante y fue como ver repetirse la historia, solo que en este caso no eran escoceses los que portaban la espada ni los que se acercaban con negras intenciones.

Yo me mantuve siempre alerta, me ocultaba cuando veía a alguien, los que penaban no tenían tiempo suficiente para detenerse a mirarme. Era como caminar por un acantilado, ver las señales de peligro, las piedrecillas caer al vacío sabiendo que puedes ser la siguiente, cuerpos tan rotos que se habían convertido en irreconocibles, al menos sus rostros lo eran. ¿El riesgo merecía la pena?

Había pasado situaciones peores. Cas estaba a mi lado, me repetí sin pararme a pensar, cerré los ojos al horror, comprendiendo que daba igual el lado en el que me encontrase. Un trono, el

poder de un rey y dos hombres peleándose como niños por lo que creían que merecían, sin embargo, en el camino eran los que trabajaban con las manos, los que se arrodillaban sin preguntar, sabiendo que no cambiaría nada que alzaran la voz, que reclamasen sus derechos, eran ellos los que perecían sin que sus nombres se recordasen. Familias enteras desaparecían, sus huesos se pudrirían y quienes eran se perdería.

Y dejé que mi mente vagase, traté de llegar hasta un lugar, me concentré en encontrar a Luane. Aproveché la oscuridad, aunque ya quedaba poco de eso pues, en cada pueblo, el fuego seguía ardiendo, aun cuando parecía que ya no quedaba nada de lo que pudiera alimentarse.

Y el cordero se vistió con la piel del lobo y comprendió su hambre. Y el lobo dejó los colmillos y comprendió el miedo.

Pero a donde me dirigía era a tierras inglesas, a ciudades que jamás había pisado y de las que no recordaba el nombre. Era inevitable que diera de frente con ellos y que vieran en mí lo que no debían.

—¿A dónde te diriges con tanta prisa? —Hacía tiempo ya que me había acostumbrado a no ser tratada como una dama. No me sorprendían sus sucias miradas ni la forma en la que se relamían, saboreándome antes de atraparme.

Eran dos rezagados, posiblemente se hubieran separado de los demás a propósito y eso solo me dejaba una opción posible. ¿Alguna vez te acostumbras a matar? ¿Se convertía en algo sencillo? Al mirarlos sentí frío o lo mejor sería decir que no sentí nada.

—Solo quiero llegar hasta mi padre —contesté mostrando timidez, pero sacándome la capucha. Sentí el frío de la noche sobre el rostro, fue algo agradable que agradecí a quien tuviera que hacerlo.

—¿Y ese perro? —preguntó el de la derecha con, ¿miedo?

—Es un lobo, no un perro. —No pude evitar contestar. El orgullo por mi compañero era palpable, él se acercó y yo sonreí al sentir que rozaba mi pierna con fuerza, una caricia que significaba mil cosas diferentes. No necesitábamos hablar para saber que contaba con su ayuda—. Espero que me perdonen, pero es mejor que prosiga mi camino. Temo que pueda encontrarme con algún maleante.

—¿Y quiénes seríamos nosotros si no ayudásemos a una mujer cuando nos necesita? —El de la derecha trataba de ocultar sus pensamientos, mostrarse educado y caballeroso, el de la izquierda no tenía pensado gastar energías en actos estúpidos, saltó del caballo y se colocó ante mí.

—¿Sabes lo que nos gustaría que hicieras? —Era la primera vez que hablaba, estaba demasiado acostumbrado a que cumplieran sus deseos incluso antes de saber lo que quería. El mundo estaba acostumbrado a hacer realidad sus caprichos, no era un simple hombre, era poderoso, pero había cometido el error de desairar al rey. Nadie dijo nada, el rey tampoco se atrevería a quitarle la vida, sin embargo, lo mandó allí con la esperanza de que otro hiciera el trabajo por él y el duque estaba furioso. Quería desquitarse con alguien, en realidad llevaba haciéndolo desde que pisó esas tierras.

—Solo necesito proseguir, por favor. —Mi súplica era un aliciente más, aumentaba su gloria, placer, la emoción de conseguir una presa.

—Solo será un rato, —Su mano acarició mi mejilla—. eres muy hermosa. Incluso podría tomarte como mascota, trato muy bien a mis perras. Arrodíllate, si eres buena yo recompensaré tus atenciones. —Estiré los dedos y Cas se pegó a ellos sin hacer ningún ruido.

Solo cuando el otro también tocó el suelo, cuando dejó su montura vacía, me alcé

mostrándome como, en mi interior, era realmente. Coloqué ambas manos sobre el pecho de aquel inglés de ancho abdomen. Sus ropajes apenas podían contener aquella cantidad de carne y su papada se meció acompañando su risa estridente, incluso algo femenina. Y es que él no necesitaba belleza para conquistar a las mujeres, a veces por no pasar hambre o frío se le ofrecían, otras en busca de poder, creyendo ingenuamente que conseguirían atraparlos, pero cuando recibía un no simplemente los tomaba, ¿quién habría de castigar a un duque? Nadie se atrevería a tamaña ofensa.

Y cuando toqué su pecho creyó que besaría sus labios, los esquivé por poco, su aliento ácido rozó mi nariz y su boca brillaba untada en un exceso de saliva repugnante. Yo me coloqué al lado de su oreja.

—Hoy no tendrá su premio. —Él se tensó sorprendido. Antes de darle tiempo a reponerse del susto añadí—. Anya Connyn le saluda. —Parece que mi nombre trajo algo a su mente.

—Estás muerta. Conozco a tu padre, él me dijo... —Me separé lo justo para que pudiera observar mis ojos. ¿Me había vuelto despiadada por disfrutar? ¿Había perdido mi humanidad tras recibir golpe tras golpe? ¿Quedaba en mí algo de la joven, ingenua y dulce dama?

—¿Lo ha visto? ¿Sufrió mucho? —Y es que la duda rondaba mi cabeza, junto a la esperanza se revolcaba en mi interior.

—¿A la derecha del rey? El cabrón sabe cómo conseguir ascender, no se detendrá ante nada por conseguir aquello que cree que le pertenece. —El honor del que siempre habló padre tenía unos extraños preceptos. Todas las normas habían de adaptarse a lo que él necesitaba, a lo que quería. En algún punto de su vida decidió que la muerte de John el rojo era imperdonable, lo antepuso a su hija y mujer, no trató de proseguir su vida.

—Pocas cosas heredé de él, menos su determinación —repuse esquivándolo. Se encontró de frente con Cas, cuyas fauces pedían sangre, sus dientes estaban totalmente al descubierto, demostrando que eran mucho más grandes que normalmente.

Cuando Cas saltó yo ya lo hacía sobre el otro. Mi puñal a su garganta, no buscaba hacer prisioneros. Y lejos de mi mente vagó mi mano, hundió la hoja en el interior de su carne desgándole la vida, que salía a borbotones generosos que impregnaban mi piel.

Me alejé para observar como Cas seguía peleando, pero ya estaba sobre su víctima y era cuestión de tiempo. Me aproximé a ellos, me detuve a unos centímetros y miré a aquel duque desde la superioridad que estar sobre él me confería.

—Quizás podrías hincar la rodilla, si te portas bien es posible que te perdone la vida —susurré con ironía.

—¡Putá!

—Es posible, poco importa lo que pienses de mí. Ya no hay nada que puedas decir que me importe, nada de lo que puedas hacer te salvará de lo inevitable. Cas ha decidido, es un guerrero fiel.

Y ocurrió como debía. Miré la luna, inmensa sobre nuestras cabezas. Implacable, lanzaba rayos de plata sobre nosotros, rayos imposibles de retener, pero hermosos como ninguna corona. Aquellas fibras de plata se trenzaban a mi alrededor, creando un aura poderosa, invencible.

Seguí caminando sin mirar atrás, sintiendo las patas de Cas golpeando el suelo con rapidez, aproximándose a mí. Y sonreí con frialdad, ya no esperaba que fueran buenos o tuvieran piedad, tampoco me importaban sus colores o procedencia.

—Nos abandonaron cuando los necesitábamos. —Cas aulló a aquella inmensa bola de luz blanquecina, la sangre resbalaba de sus colmillos, sus ojos estaban fijos en las alturas—. Me

siento más cerca de ti que de ningún otro.

—¡Auuuuuuuuuuuuuu! —Y miré nuestras diferencias sin comprender que eso pudiera separarnos.

—¡Auuuuuuuuuuuuuu! —Y me uní a mi manera. Reclamé mi derecho en su reino, en el cual el ojo por ojo era una norma—. ¡Auuuuuuuuuuuu! —Lloré a aquellos que me dejaron contra su voluntad, arrancados de mi lado a la fuerza, fuerza que antes necesitamos y no teníamos. Preferían enseñarnos a doblarnos para poder moldearnos a su antojo, no pusieron armas en nuestros dedos, pues como mujeres habríamos de sentirnos desprotegidas si los varones no estaban a nuestra vera, para que siguiéramos necesitando a aquellos que nos explotaban o manipulaban—. ¡Auuuuuuuuuuuuuu! —La sangre que heredé no me hacía sentir fidelidad o rencor, no sentía nada. Si algo había en mí de madre y padre había desaparecido hacía tiempo, lo había arrancado para permanecer viva.

Tras un kilómetro de caminar sin descanso, descubrí más fuego, llamas y dolor. Entre aquellas casas una mujer, cuatro niños y un anciano. Los hombres eran los primeros en morir, peleando, pero los primeros.

—¿Vais a quedaros llorando? —pregunté colocándome justo en medio para que pudieran observarme bien—. ¿Esperáis que se levanten para que puedan decidir por vosotros? —La piedad o la compasión no les hacía ningún bien. Habría tiempo más adelante para lamerse las heridas y acurrucarse en la esquina más alejada.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —inquirió una pelirroja que apretaba a un diminuto niño, demasiado silencioso y quieto, acunándolo contra sus pechos, todavía llenos de leche.

—Luchar —repuse, molesta incluso porque no lo supieran, o tal vez sí que lo hicieran, pero prefirieran guardar aquellas ideas de rebelarse contra lo que siempre les habían dicho bajo tierra junto a los que una vez amaron.

—Ellos lo intentaron y no pudieron hacer nada —añadió el anciano sobre el cuerpo de un hombre, que debía ser su hijo.

—¿Esperaréis a que vuelvan y ya no quede nadie? —Di dos pasos hacia aquel anciano—. ¿Y estos niños? Sois lo único que les queda.

—Jamás lo lograríamos. —La voz de aquella mujer era cada vez más estridente. Me coloqué a su lado con el filo sobre su cuello.

—Entonces quizás fuera más piadosos que terminase con vosotros ahora. —Levanté su mentón al alzar mi puñal—. Siempre existe otra opción. Puedo guiaros hasta un lugar seguro, en el que si seguís mis indicaciones no os encontrarán. Tendré que desviarme unos días, pero estoy dispuesta a hacerlo.

—¿Por qué harías eso? Ya no le importamos a nadie, solo el castillo y defender a los que en él se ocultan —dijo una niña de unos doce años. Sus ojos castaños eran decididos y no dudaron al retar los míos.

—Porque los que pelean siguen en pie. —Me encogí de hombros—. ¿Pelearéis?

Y fueron los tres niños, que sabían hablar, los primeros en responder que decisión un sonoro “Sí”. El anciano permanecía cabizbajo, la mujer seguramente había perdido las ganas de sobrevivir.

—Te seguiremos. —Aquel viejo no tenía pelo ya que cubriera su cabeza, su piel se había plegado tantas veces que su edad era incierta, se incorporó temblando y se llevó la mano derecha a su cadera acompañando el gesto con una mueca de dolor. ¿Sería capaz de llegar a algún lado? Su vida estaba llegando a su final, poco lo separaba de aquel instante.

Me senté a la vera de la mujer y, amenazándola con la hoja ensangrentada, le arrebaté aquel cuerpo sin vida. Ella se olvidó del puñal y peleó por retenerlo, tuve que golpear su rostro para ganar aquella trifulca.

—¡Devuélvemelo! ¡¡Es mi hijo!! —Desesperada me arañó, golpeó mi rostro y se arrastró hacia mí cuando puse terreno entre ambos—. ¡Te mataré! —gritaba llorando y moqueando. Sus ojos eran una muestra de locura con tintes de pena—. ¡Lo haré!

—¿Entonces sí que puedes pelear?

—¡Es mío!

—¡Y está muerto! ¿Lo ves? No queda nada de él aquí, solo es un cuerpo de alguien a quien sigues queriendo. ¡No puedes dejarte morir! ¡Aunque creas que no te queda nada! —Y sentí que hablaba conmigo, con quien fui, con quien seguía enterrada en mi interior.

—Devuélvemelo, por favor... —suplicó entonces con una única necesidad, tener su cuerpo, sentirlo cerca, poder acunarlo y fingir que seguía dormido, tal vez si se esforzaba pudiera despertarse—. Dámelo... —Dejé el cadáver a un lado y tiré de ella hasta que llegué al cuarto de los pequeños que seguían con vida. Era una niña diminuta de enormes ojos azules. Lloraba incansable, aunque entre tanto dolor su llanto se había quedado como un sonido de fondo que ni siquiera percibíamos. Estiraba sus brazos hacia alguien, quien fuera, que pudiera hacerla segura. Tiré de ella hasta que la arrodillé ante la pequeña.

—¡Mírala! —Ella se negaba. Agarré sus mejillas, apretándolas con fuerza, giré su cabeza contra su voluntad. Obligándola a enfrentarse a los ojos inocentes de la chiquilla, a sus manos suplicantes.

—No me obligues... —La niña avanzó hacia nosotras, por algún extraño motivo no percibía peligro y, cuando tocó a aquella mujer, ella se derrumbó, atrayéndola, llorando sobre sus rubios bucles—. Lo siento, Kanael, lo siento tanto. Lo siento, lo siento. —No cesaba de repetirlo. La culpa de no poder evitarlo, de ser una espectadora de un acto tan atroz. La guerra para unos son números, pérdidas aceptables siempre que el que quedase en pie fuera del bando al que pertenecías. Era diferente estar al lado de los que se marchaban o incluso peor de los que se quedaban atrás, sintiendo la falta, la ausencia.

—Debemos irnos —dije entonces sabiendo que aquello era peligroso.

—Debemos enterrarlos —soltó el viejo como si fuera algo obvio.

—Cada segundo cuenta, anciano. Ellos ya están en un lugar mejor, ahora es vuestra responsabilidad proteger a los que siguen aquí.

Y comenzaron a levantarse, mirando por primera vez a mi lobo, que les causó bastante curiosidad. Los guie unas horas, repitiéndoles las indicaciones a seguir, instándoles a permanecer en silencio y no alejarse de la cueva cuando llegasen. Yo volvería, les dije tendiéndoles un par de presas recién cazadas.

—Gracias. —La voz tomada de aquella mujer me sorprendió.

—¿Por qué?

—Simplemente gracias. —Asentí consciente de que no era necesario postergar la despedida. Debía confiar en que estuvieran a salvo, en que a mi regreso no encontrase otra carnicería más.

—Este mundo es cruel, no deberíais olvidarlo.

Capítulo 19



*L*a seguí desde lejos, quise intervenir con los dos hombres, incluso me aproximé varios metros, pero ella no lo necesitaba. Tampoco me sorprendí ante los gritos o al verla liderar a aquellas personas que muchos verían como un lastre. Ella resplandecía sin ser consciente, tomaba las decisiones con rapidez, encontrando el camino adecuado.

—Deberíamos volver. Nuestros hombres nos necesitan —dijo alguien a mi espalda. Casi le arreé un buen guantazo a Ludovic por acercarse tanto.

—¿La han encontrado? —Volví mi vista al frente sintiéndome estúpido, volviendo a hacer locuras por una chica, regresando al insomnio.

—La llevan al castillo.

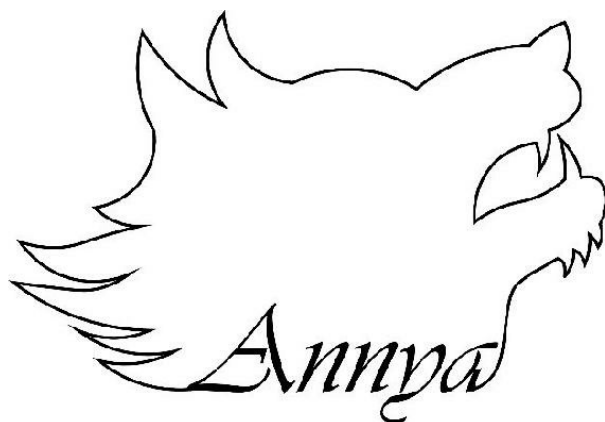
—Que no la dejen escapar, creo que tiene muchas preguntas que responder y una cabeza que perder —solté sintiendo ganas de correr hacia ella, un impulso que retuve saboreando el momento en el que la tuviera frente a mí—. ¿Han encontrado a Kenneth?

—Lo lamento, se esconde muy bien.

—Como la alimaña que es. —Annya se acercaba al puesto de vigilancia, pasando de largo sin que la escuchasen. No esperaban que nadie fuera lo suficientemente estúpido como para internarse en la boca del lobo—. Retíraos, id a cumplir mis órdenes. Volveré en tres días, resistid los ataques y acoged en el castillo a cuantos podáis. Es nuestra gente —añadí con la imagen de Annya tras mis pupilas.

Y caminé tras sus pasos, sintiéndome un muñeco estúpido, un títere que ella controlaba aun cuando no lo sabía. Aquel sentimiento que nació en mi pecho nada más conocerla no dejaba de crecer, no podía ni quería evitarlo. Estábamos cerca, ella seguía respirando. Era lo único importante.

Capítulo 20



*T*uve que amenazar a dos mujeres para sonsacarles. Cambiarne el vestido y trenzar el pelo en un recogido alto, no buscaba destacar. Agradecí a aquella condesa, o lo que fuera, que se hallase en las afueras. Atravesé su propiedad sintiéndome cansada, agarrotada al no haberme detenido ni a dormir. Cas estaba aún peor, su herida le molestaba y gimió en varias ocasiones.

—Ya no queda mucho —susurré con vergüenza porque fue elección mía no dejarle detenerse, no concederle algo de descanso. Quería enfrentarme a padre, saber qué era de madre, sin embargo, también necesitaba regresar. En mi interior aquellas tropas se dirigían hacia Tormod, lo buscaban a él. No sabía por qué estaba tan convencida, pero lo sabía—. Buscaremos a esa mujer y la obligaremos a... —Me toqué la frente—, y le pediremos que nos ayude. Nanha confiaba en ella —recapitulé lo suficiente para desdecirme, para corregir aquella negra ansia que iba ganando peso en mi interior. Siempre suponía la maldad en los que se acercaban y posiblemente eso me mantuviera con vida, no obstante, también corría el riesgo de herir a quien no lo mereciera.

Dejé inconscientes a los guardias que la protegían antes de que me vieran. Pasé sobre ellos como un fantasma, en silencio, atenta al más mínimo movimiento. Subí la escalinata de piedra asombrada por los cuadros, por las figuras que, diseminadas por el lugar, representaban a hombres y mujeres danzando, animales... Los muebles con acabados dorados, las flores en sus jarrones aun cuando nadie estaba despierto para apreciar su belleza.

Llegué hasta su recámara, la única del piso superior de la que salía el calor remanente de la chimenea. Cas se tumbó y yo me senté a los pies de aquella mujer, sobre la cama. Ella se despertó agitada, sobresaltada.

—Guarda silencio, nadie vendrá a socorrerte. —Me miré las uñas de las manos, sucias, asquerosas. Sentí que un baño me vendría muy bien, tras tantos años, estar cerca de la sociedad más civilizada me hizo anhelar mis viejas costumbres. Un baño, algo que no aprecié hasta que tuve que conformarme con las frías aguas del río que corría colina abajo, cerca de la cueva—. No

me conoces, pero Nanha me envía. —Si esperaba a una damisela llorona y quebradiza ella no lo era.

—¿Y sigue viva esa cascarrabias?

—No. —Ella se incorporó y tomó una cinta de la mesilla, con la que se anudó el cabello—. Lo lamento.

—No te preocupes. Somos viejas, es normal que nos marchemos. ¿Y bien? ¿Qué te trae tan lejos? —Me inspeccionó de arriba abajo.

—Necesito que encuentre a alguien y consiga que venga hasta mí. —No era una petición. Traté de suavizar mi voz sin conseguirlo. Quería tumbarme sobre aquella mullida cama de lana y dormir durante siglos, era como estar sentada sobre esponjosas nubes.

—¿Por qué crees que yo podría hacer tal cosa?

—Ella me lo dijo.

—¿Y por qué debería hacerlo? —Sonreí demasiado agotada para proseguir durante mucho más tiempo aquella lucha verbal.

—Porque se lo debe.

—Es cierto, aquella bruja salvó mi vida hace muchos años. Todos huimos en algún momento, aunque no necesariamente de alguien. —Me toqué la frente sintiendo el dolor avanzar.

—No tengo tiempo para esto ni la entiendo.

—La impaciencia de la juventud... —¿Era una regañina? Tentada estuve a darle una lección, no era una niña a la que pudiera castigar por usar las palabras equivocadas.

—¡Estamos en guerra! ¿Acaso no lo ve desde su casa de oro?

—Siempre lo estamos. Cambian las personas y los motivos, pero siempre hay guerra. La paz es escasa y valiosa, sin embargo, solo los que han vivido la guerra la valoran —Bufé molesta ante aquella lección no solicitada.

—¿Va a ayudarme o no?

—Lo haré, no te quepa duda. Ella me salvó y se lo debo. —Apartó las mantas y se colocó una bata sobre aquel camisón de lana. Para poseer tanta riqueza, no había ni cadenas ni anillos sobre su cuerpo. Habría esperado mucha más ostentación—. Esa vieja era dura, de las que vale la pena conocer. Siempre creí que volvería, pero era la más testaruda que conozco.

—¿Es necesario tanta cháchara? —inquirí aburrida.

—Creí que te interesaría saber el motivo por el cual voy a jugármela por ti. Si has acudido a mí es porque no tienes otra opción. Al menos podrías tratar de mostrar algo de respeto. Hace mucho que no tengo nadie con quién hablar del pasado, con quien poder ser sincera —continuó con ganas. No le importaba que yo me hubiese ido recostando o que mis ojos luchasen por mantenerse abiertos. Ella tenía demasiada ansia por contar una historia que a nadie le importaba. Cansada o no, debía mostrar algo de interés para que ella no se sintiera desairada.

—¿Y bien? Tengo algo de prisa.

—Primero cuéntame quién es tan importante.

—Mi padre, el conde de Buchan.

—Un hombre peligroso, te recomendaría que lo dejases estar. —Se sentó ante el tocador y recogió un cepillo, para comenzar a pasárselo por el cabello con tranquilidad—. Dudo que sigas mi consejo.

—Es mi padre, lo conozco mejor que nadie.

—Lo dudo mucho, cuando no te atreves a buscarlo tú misma. —Se me escapó una risita ante el ingenio que demostraba—. Nanha era como tú, incansable, siempre siguió el camino que creyó

correcto aun cuando podía ser el más peligroso.

—Solo deseo verlo, no será mucho tiempo.

—Tranquila, me deben algunos favores. Los ingleses creen que son los más listos, pero no difieren mucho del resto.

—Hablas de ellos como si los odiases, pero vives como una más —repliqué sin comprender a aquella mujer.

—Porque soy inglesa. —Cerré los ojos y me masajé la frente, tratando de detener el avance del dolor y el sueño—. Después de tantos años es casi lo único que soy.

—¿Cuánto tardarás? No me gustaría que me sorprendieran...

—Diré que es urgente, algo inventaré. Puedes quedarte en uno de los dormitorios, ahora mismo mandaré a un hombre para que lo busque.

—¿Tan sencillo?

—Nada lo es. —Lanzó el cepillo y éste cayó a mi lado. Lo miré desconcertada—. Deberías arreglarte si quieres que pueda reconocerte.

—Quiero que vea quien soy.

—¿Y quién eres? —preguntó interesada.

—No soy su hija, no soy la hija de un traidor. No soy una mujer inocente e incapaz de protegerse. Sé luchar, defenderme, ¡pensar sin que nadie me diga lo qué! —Aunque lo cierto era que no lo tenía claro. Nada lo estaba. Sabía que en cuanto lo tuviera frente a mí todo fluiría. La mierda que había ido guardando explotaría manchándolo todo, pero mis recriminaciones comenzaban mucho antes del ataque, porque nunca fue un verdadero padre, nunca prodigó el amor y la protección que necesitaba.

—Aún tienes tiempo para meditarlo.

—No servirá de nada. He tenido años.

—Nanha cuida de ti, ¿verdad? Tenía la facultad de encontrar a los pajarillos con el ala rota y arreglarnos a su manera. Nos hacía seguir en pie por mucho que prefiriéramos dejarnos caer. Sabes que algún día habrás de ayudar a alguien en su nombre, aunque ya no pueda acudir a ti mentándola. —Me encogí de hombros. ¿Duraría tanto? —Nunca me contó quién era, siempre que traté de hacerla hablar, me echó de su lado, pero las marcas de su cuerpo eran horribles. Incluso le faltaban varios dedos de los pies, solo una vez me confesó por qué me ayudaba. Su motivo era tan simple como que nadie lo había hecho con ella.

—¿Y eso es importante?

—Yo acababa de ser apaleada al ser descubierta con un hombre que no era mi prometido. Un prometido viejo y asqueroso, alguien que tendría que poseerme y cuyo roce me causaba repulsión. —Al final todas nos parecíamos. Mercancía al peso. Recogió una hoja de la mesa y escribió con rapidez—. No tardo nada. —Y la dejé ir, ni siquiera me lo planteé. Había cerrado los ojos unos segundos antes cuando un ruido fuerte en la puerta me hizo abrirlos de golpe—. En unas horas tendrás lo que tanto deseas. —Cas no percibía peligro y sus ronquidos eran dignos de ser mencionados en una canción. Ella lo miró sonriendo, pero sin comprender las penurias que ambos habíamos soportado, el dolor que debía sentir.

—Gracias. —Pocas veces usaba esa palabra.

—Yo casi muero golpeada por mi propio padre, repudiada al saber que no era virgen, pura para un viejo que llevaba tomando mujeres desde mucho antes de que yo naciera. Mi madre se quedó mirando, pero Nanha era la curandera. La mujer que llamaron para limpiar las heridas que ellos mismos me habían infringido, creo que no buscaban sanarme sino hacer más sencillo mi

viaje al otro mundo. Creo que en aquel momento lo pedí. —Yo gateé hasta que la almohada estaba bajo mi mejilla. Bostecé sin poder evitarlo, un gesto contagioso—. Ella me vio llorando, suplicando un final que me esquivaba. Cada vez que limpiaba mis heridas el dolor me hacía perder la consciencia, sentí que ya no quedaba nada para mí cuando el que era el amor de mi vida apareció “misteriosamente” muerto un día después de mi “castigo”.

—Los padres no siempre cumplen como tal. Se llenan la boca, aunque muchas veces no somos más que piezas en sus juegos particulares.

—Ella apareció y me obligó a beber sustancias asquerosas, a aferrarme al hálito que todavía tenía en mi interior —prosiguió acercándose y haciendo algo que llevaba mucho tiempo sin sentir, acarició mi pelo—. Ella apareció una noche con un hombre y me llevaron lejos. Me ocultaron durante un año entero, me dio otro nombre, otra historia. Me enseñó de plantas y del futuro que podía tener, también hablaba del pasado como errores a no repetir.

—No necesito una lección.

—Ella me trajo hasta Inglaterra, me dio un colgante y me dejó ante la puerta de una pareja de nobles. Cuando vieron el colgante insistieron en que era su hija, ellos no aceptaban mis negativas, se convencieron de que era ella, aunque no nos parecíamos en nada.

—¿Nanha?

—Nunca lo supe, pero me ofreció una buena vida, la opción de comenzar de nuevo, elegir. —Nanha era extraña, difícil de comprender. Prefería la soledad, conocía a aquellos que la rodeaban, pero siempre fue hermética sobre sí misma.

—Padre puede morir en unas horas —confesé sintiendo que había cometido un error, esperando una reacción que no llegó. Sus dedos continuaron acariciando mi pelo, hundiéndose en él y masajeando mi cabeza. Era terriblemente difícil no dejarme llevar al mundo de los sueños, allí donde todo era posible y el pasado no tenía por qué haber pasado—. Debería hacerlo.

—Puede ser un peso que nunca superes. No permitas que el dolor te arrebatte la tranquilidad.

—Siempre fue una mujer sumamente insoportable. —Y me reí recordando cuando me pilló bañándome completamente desnuda. Su forma de burlarse de mí, de reírse de mi vergüenza, de asegurar que algún día aquello que siempre dije que no tendría sería mío. “Si lo temes es porque es lo que más deseas.”, dijo completamente convencida de que tenía razón. Ella no dudaba, si lo hacía jamás lo demostró—. Su final era inevitable.

Y con cada roce de sus dedos contra mis cabellos yo me perdía más y más. Primero me vi en el sendero que llevaba al castillo, siguiéndolo sin pensar, con mi vestido preferido y unas botas recién estrenadas. En mi bolsa un par de bollos, lo más deliciosos del mundo y el colgante que Naela me había regalado el año anterior.

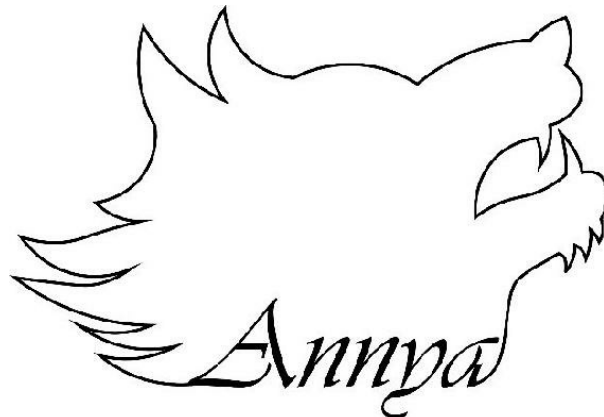
Avancé por aquellas piedras que en aquel momento me parecían familiares, como si no hubiesen pasado más que unas horas desde que había pasado por allí, reconociendo cada giro, cada desvío. Y como estaba feliz comencé a cantar, me gustaba cantar, aunque me sentí oxidada. Sentí una liberación absoluta, como si mi alma encontrase una paz adormecida, siempre cerca y lejos a la vez.

Nadie comprendía mi corazón mejor que Naela, su rostro aparecía entre las nubes, se dibujaba entre los pétalos de las flores, entre las ramas de los árboles. Y a medida que mi voz se alzaba y, de golpe, mi mente me trasladaba a mi antigua habitación la voz se unió a la interpretación.

*Y la dama siguió bailando,
jugando a ser un dios,*

*mientras la observaban,
lobos atrapados por el amor,
y ese veneno que temían,
les hizo perder el corazón.
Arrastrándose entre las sombras,
buscando una razón,
y la dama alzó los ojos,
y ellos perdieron la voz.
Solo uno sería elegido,
temor hacia aquellos que recibirían el no.
En algún punto de la fiesta,
ocurrió la celebración,
la dama sintió la flecha,
que atravesó su corazón.
Solo uno estaba triste,
los demás sentían rencor,
miraban el cuerpo de la muchacha,
sintiendo desesperación.
¿Por qué lloran los lobos,
si la luna aún no salió?
Porque la mujer sonreía,
a su propio reflejo.*

Capítulo 21



*E*l sol salía por el horizonte cuando Luane zarandeo mi hombro. Di varias vueltas evitando aquella molestia hecha mujer, había visiones más agradables nada más despertarse, aunque tenía que reconocerle que estaba llena de energía.

—Una hora más —pedí tapándome la cabeza. Cas saltó sobre mí para lamerme el rostro.

—Tu padre está de camino, no se retrasará mucho más. Tengo hombres siguiéndolo. —Era asombrosamente eficiente.

Y salté de mi letargo para sentir la euforia del final del camino. Casi dancé sobre la punta de mis pies, me moví con rapidez y me acerqué al tocador para observar mi reflejo. Mis ojos verdes, mi pelo rubio, mi tez clara. Era yo, aunque cambiada. Ya no había esa ilusión ni la confusión, sino una férrea determinación.

—¿Un baño? —Asentí y me sorprendí al ver que ella se acercó, abrió la puerta, y varias jóvenes la atravesaron portando un barreño y agua en grandes jarras. Llenaron aquel enorme cuenco de madera hasta que no cabía una gota más y se retiraron, siempre en silencio.

—¿Saben quién soy?

—Una invitada, es todo lo que necesitan —repuso ella.

—Voy a disfrutarlo. —Y sin pudor me deshice de cada prenda, ansiosa por el contacto cálido de aquel líquido sobre mi piel. Ansiando algo tan simple como el jabón y el olor que dejaría tras de sí, además de la sensación de limpieza.

Ella me ayudó con el cabello, yo no estaba acostumbrada a hacerlo sola. Cas no parecía contento, ni tranquilo, cada vez gruñía con más frecuencia, sin apartar los ojos de la puerta.

Salí de allí con una sonrisa y el agua resbalando despacio, pequeñas gotitas, diminutas, que se deslizaban sin prisa hasta llegar al suelo. Observé mi reflejo de reojo, imaginándome a Tormod, el deseo que sentiría, sabiendo que no podría mantenerse apartado y yo no querría que lo hiciera. Ojalá estuviera a mi lado, me dije. Solo con sentir su mano sobre mi hombro, su presencia a mi

espalda mientras caminase hacia el hombre que me había dado la vida, todo sería más sencillo. No lo era, nunca lo sería. Porque si fuera sencillo no tendría importancia. Si no me diera miedo no sería tan liberador.

Mientras me ponía un vestido hermoso, que no era mío, pero se ajustaba a la perfección, pensaba en él. Sentía que eran sus manos las que abrochaban cada botón, las que, sin querer, rozaban mi piel todavía desnuda. Quizás porque al no sentirlo a él la sensación de que faltaba un pedazo de mi ser era más notable, haciéndose casi insoportable. Aquel gigante de cabellos azabache era un demonio en mis recuerdos y un ángel en las marcas de mi cuerpo, en las de mi corazón.

—¿Y si soy yo la que muere? ¿Podría hacer algo por mí? —inquirí de pronto. Si esperaba que me reconfortase, no lo hizo.

—Claro.

—Cuida a mi lobo, déjalo libre para que regrese a casa. —Medité cómo proseguir—. Y si un hombre aparece preguntando por mí dile que decidí alejarme, que no era capaz de volver a enfrentarme con él.

—¿Por qué mentirle? Si viene hasta aquí por ti será que siente algo profundo por ti.

—Por salvarlo, evitar más muertes innecesarias.

—Tú también lo amas. —Su conclusión, dicha con tanta contundencia, me hizo sonreír.

—La libertad es el mayor regalo que puedes darle a alguien, ¿de qué le serviría sufrir por mí? El odio es más fácil de superar. —Mi sabiduría era excepcional, medité con sarcasmo.

—Dudo que se dé por satisfecho. Buscará las respuestas que no quieres darle.

—No lo hará. Demasiada sangre corre entre ambos, sabe que posiblemente no vuelva, aunque todo acabe bien —susurré conteniendo mi quejido, una muestra de debilidad. No era el momento de caer en deseos absurdos.

—Entiendo.

Y cuando oí su voz corrí hacia él. Descendí los escalones con rapidez, como si acudiera a los brazos de un amado progenitor que regresaba al hogar después de una larga jornada fuera, como si fuera a recibirle con besos y sonrisas, como si entre las faldas de aquel vestido no hubiera una daga, que mi anfitriona muy gentilmente me había dejado al lado de la ropa.

Él me miró, siguió hablando con otro hombre y volvió a mirarme abriendo la boca.

—¿Sorprendido, padre? —casi lo escupí.

—Annya...

—Eso parece. —Recorrí los pocos metros que nos separaban. Cara a cara, viendo en él rasgos que ahora eran míos, pequeños gestos que trataría de borrar, asqueada—. ¿Me extrañaba?

—Has sobrevivido. —Ya estaba repuesto. Recogió su capa, que había ido a parar al suelo, y la sacudió con bastante rudeza. Acto seguido la dichosa capa acabó sobre la cabeza del que le acompañaba—. Puedes retirarte. —Y nos quedamos solos, bueno, si no contábamos a Cas y a Luane, que observaban desde la cima de la escalinata.

—Te veo bien, padre.

—Pues ya puedo sentir los achaques de la edad. ¿Y tú? —Pareciera que trataba con un desconocido, cortés y distante. Sus ojos buscaban en las esquinas del lugar algún guerrero, alguien que saltaría sobre él para degollarlo. No confiaba en mí y hacía bien. Ya no llevaba nuestros colores, ni el kilt. Ya no me recordaba a aquel hombre orgulloso de sus orígenes, sino a alguien que trataba de pasar desapercibido entre sus aliados, ingleses que veían en los símbolos escoceses algo a repudiar. ¿Había dado la espalda a quién era por sus ideales? ¿Me sorprendía?

—Yo tengo preguntas y espero pueda solventar mis dudas. —Extendí la mano, señalando hacia la sala del fondo, y caminé tras él. Sus pasos resonaban con fuerza, volví a sentirme una niña que acudía a una regañina por propia voluntad, aunque sin ninguna otra opción—. ¿Quiere beber algo?

—Annya, tengo prisa.

—Siempre, padre. ¿Cuándo ha tenido tiempo para mí?

—¿Esa es tu pregunta? Debí suponerlo, al fin y al cabo, eres una mujer, un ser débil y caprichoso. —Se incorporó, yo salté sobre él y coloqué el filo sobre su pecho.

—Dispensa mi atrevimiento, aunque creo que comprenderás mi reticencia a dejarte marchar. Si lo hago es posible que no volvamos a tener una oportunidad tan maravillosa, he venido desde muy lejos solo para poder verte. —Y me tumbé de nuevo, sin guardar la daga, dejando que sus ojos se quedaran fijos en ella, no había amenaza mejor ni más efectiva—. No necesito que nadie acabe contigo, he aprendido mucho desde que no te tengo controlando mis movimientos.

—Va contra natura —respondió airado.

—Si fuera un hombre estarías orgulloso —le recriminé—. ¿Quieres beber algo? —repetí.

—No es necesario.

—¿Sabes lo que es la familia? Era una niña y me dejaste atrás para salvarte tú. El gran conde de Buchan corrió como una mujer asustada cuando los verdaderos guerreros se acercaron, me dejó para mantenerlos entretenidos, yo era la carnaza para darte tiempo.

—Annya...

—¿Qué?, padre. ¿Me equivoco? ¿En qué parte? —Y volví a tocar con el filo su pecho—. Sufrí mucho por tu ausencia, tenía la esperanza de que regresases con tropas en mi busca, que levantases cada piedra con...

—No seas melodramática, estás viva y eso es lo importante. Casi mejor, tu unión con...

—¿Mi unión?

—Son tiempos difíciles, hija. —Tomó aire, sonrió, con lo que él quería hacer parecer cariño, y volvió a su eterno discurso. Había un motivo detrás de cada acción, de cada uno de sus movimientos. Todo era una estrategia, todo tenía un sentido, aunque yo no alcanzase a verlo—. El rey necesita aliados, muchos de los lairds han accedido a nuestras pretensiones, sin embargo, los que se niegan son poderosos y corremos el riesgo de ser masacrados. Son muchos más. —Parecía disfrutar como nunca antes, dejando volar su mente y su lengua sin tapujos, yo se lo permití dándole espacio—. El rey está nervioso, preparamos una emboscada y teme que descubran nuestros planes. Hay mucho dinero en juego, el rey apenas consiguió que accedieran a subvencionar esta incursión.

—Y yo soy más barata. —Él giró el rostro dándome la razón.

—¿Y madre?

—Ella está prisionera, es una traidora. —Debía de ser un defecto de familia...

—Podrías pedir clemencia ante tu buen amigo Eduardo I.

—No la deseo. Soy feliz mientras ella se pudre en aquel lugar —reconoció sin un atisbo de culpa—. Ahora recoge lo que tengas, como ya he dicho tengo prisa.

—Debería cortarte la cabeza. —Él se llevó la mano al cinturón—. No lo intentes. —Nos medimos con los ojos, pendientes de cada movimiento, sabiendo que un solo gesto era decisivo—. Puedes irte, no merece la pena que acabe con tu vida, hace mucho que la has perdido.

—No puedo permitir que mi hija deambule por las calles como una cualquiera.

—Tranquilo, padre. Puedes darme por muerta, haz que nunca existí. Siempre se te ha dado bien. —Me incorporé y me volví en el último segundo—. ¿Por qué Naela dio la vida por mí? —

Sentía que había mucho más de lo que ya sabía.

—También te la dio. Tu madre nunca consiguió darme un heredero con vida, tuvo que aceptar que Naela... —Estiré las manos sintiendo repulsión. Naela había sido demasiado buena para yacer con semejante animal. Sentí pena por ella, sabiendo por sus historias que él no era, ni jamás había sido, el gran amor de su vida. Naela había perdido mucho, demasiado, al encontrarse con él.

—¿Quién era ella?

—Jamás responderé esa pregunta, solo diré que has heredado su capacidad de huir y traicionar a los tuyos.

—Entonces supongo que me ha enseñado bien —concluí, saliendo de aquel salón con orgullo. El gran conde de Buchan era insignificante a mi lado por mucho poder que concentrase en sus manos. Era un hombre atascado en el pasado, atormentado, sin nadie que realmente lo quisiera. Había perdido lo que una vez le perteneció sin que nunca lo hubiera valorado—. Hasta nunca, padre.

Cas me acompañó hasta la salida. Besé la mejilla arrugada de Luane al pasar. Entonces me giré y alcé la mano, en la que brillaba aquel hermoso anillo que una vez aquella vieja me regaló. Él perdió parte del color.

—Padre, sé que ella era buena y que tú le hiciste daño. Quizás nunca averigüe lo ocurrido, pero antes o después pagarás. Cuando la muerte venga a recogerlo Dios pesará sus pecados y no podrá ocultarle nada. —Él se encogió—. Nadie mejor que yo sabe lo que es la culpa, puedes disfrazarla, pero ante Dios no podrás mantener esa imagen que todos creen que es la real.

Y fui feliz al pensar en Naela, sintiendo que el camino de vuelta era mucho más corto o quizás llevaba el alma más liviana. Era una niña que fue querida, amada y respetada. Era la hija de la mujer más increíble y maravillosa del mundo, alguien que una vez sintió la arena del desierto bajo sus pies desnudos o que vio inmensas construcciones de piedra. Quizás algún día yo también lo viera, solo debía cruzar el mar, internarme en aquellas aguas que tanto me aterraban y dejar atrás lo conocido.

Quizás algún día...

Capítulo 22



*M*ientras esperaba, en el exterior de aquella inmensa mansión de altos muros de piedra y jardines inmensos que la rodeaban, tuve muchas dudas y miedo. ¿Y si decidía quedarse allí? Tendría que alegrarme por ella, sonreír y dejarla marchar, no obstante, también se llevaría mi esperanza, el amor que todavía quedaba en mi interior.

El sol estaba despertando, comenzaba a bañar la zona con su luz dorada y me daba la posibilidad de admirar aquel hermoso lugar en todo su esplendor. Con cada rayo, mi ansiedad crecía, llegando a cruzar varias veces el patio, dispuesto a irrumpir y sacarla de allí por la fuerza. Me la colgaría del hombro y la llevaría conmigo, la haría reconocer lo que ambos sentíamos bajo la piel.

Pero la puerta se abrió y ella salió, precedida por Cas. Los gritos de un hombre a su espalda, exigiéndole que regresase, que tomase el lugar que le correspondía. Ella avanzaba impasible, desde lejos mostraba una determinación envidiable, pero se tropezó y saltó para reponerse, para evitar que alguien la viese, entonces supe que todo era una fachada, hermosa, perfecta, fría. Dentro de ella estaba la tormenta, los truenos, las gotas de lluvia que trataban de borrar lo que ahora estaba grabado en piedra en el interior de sus costillas, entre los recovecos de su alma.

La dejé internarse en el camino, ella comenzó a correr, la capa que yo le había regalado volaba tras ella, como una estela negra, una mancha que perduraba, durante unos segundos, allí donde ella estuvo.

—Las manos arriba, Scáthach. —Cas me vio acercarme, creo que había logrado ganarme su confianza, la suficiente para que no diera la voz de alarma y ella saltase, sobre todo aquellos turgentes pechos, entre mis brazos. La abracé desde atrás, sintiendo su trasero pegado a mi entrepierna, ese calor y el olor. Gruñí hambriento—. Scáthach...

—¿Qué haces aquí? —preguntó, cuando se hubo recuperado de la sorpresa inicial.

—Ya has terminado, regresabas, ¿verdad? Venías a mí. —Ella se giró entre mis manos, sus

labios sonreían tímidos. Aquellos pequeños y blancos dientes aparecieron fugazmente—. Dime que es a donde te dirigías.

—Aún tengo a gente a la que proteger.

—Lo haremos juntos —añadí rápidamente, impidiéndole decir lo contrario—. Estaré contigo, no puedo dejarte sola, no me perdonaría perderte. Otra vez no. —Y junté nuestras frentes, cansado, cerrando los ojos y absorbiendo la calma de su contacto.

—Nunca he estado sola.

—He confiado en que podrías —reconocí, quizás mintiendo levemente, la posibilidad siempre estuvo ahí, pero fui fuerte—, lo has hecho.

—¿Qué crees que ocurrirá? ¿No vas a ir tras él y acabar el trabajo que te han encomendado? Robert puede tomarse como una ofensa que lo dejes escapar. —Me tentó y yo supe eludir su trampa.

—Nunca lo sabrá.

—No te detengas por mí. El hombre que hay en el interior de ese lugar es un extraño, alguien implacable y sin emociones. Dudo que en algún momento haya sentido cariño alguno por mí. —Y sus brazos se enlazaron tras mi espalda, fundiéndose con mi pecho, demostrando una fuerza inmensa—. Yo nunca le importé.

—Él es el que se pierde la oportunidad de conocer a una mujer increíble. Solo los locos permitirían que la vida les alejase de alguien como tú.

—Hermosas palabras para un guerrero.

—Desde el mismo instante en el que te vi supe que todo era diferente.

—¿Te he cambiado? —inquirió desconfiada.

—¿Necesitaba hacerlo para que me quisieras?

—No, yo... —Y pude ver la sombra de un fantasma tras sus ojos, sabiendo que en muchas ocasiones tendría que alejarla, pedir perdón e hincar la rodilla. Ella se apartó y yo volví a atraerla.

—Olvidalo.

—No quiero hacerlo, la quiero, siento que la traiciono.

—Ella murió para que tú fueras feliz. De poco le sirve que penes por las esquinas.

—Mucho valor te das —soltó ella con desdén, pero luego alzó el rostro esperando que yo recorriera la distancia que me separaba de sus labios. Un beso que nunca era un beso, convirtiéndose en un asalto y en fuego. Fuego líquido entre ambos—. Debemos regresar. Aquellos hombres no creo que tengan intención de hacer prisioneros y en breve moverán a mi madre del lugar en el que la mantienen cautiva. Me pareció extraño su gesto cuando la palabra madre fue expulsada por su boca, rechazo, incluso repulsión plasmada al detalle, aunque tratase de ocultarla.

—¿Y eso qué...?

—Si la mueven es porque Robert I ha conseguido vencer en algún lugar, porque el rey inglés se ve contra las cuerdas y necesita algo con lo que negociar.

—Sigo sin comprenderlo —la corté disfrutando de su voz, sus explicaciones, su mente prodigiosa, que en ningún momento dejaba de sorprenderme. Solo necesitaba apartar sus faldas, bajo mi kilt ya tenía mi espada preparada para penetrar su carne.

—Si les atacan por otro frente es muy posible que los hombres que ahora están en tus tierras queden desprotegidos. Nadie acudirá en su ayuda cuando se vean en apuros, cuando los escoceses los acorralen, y antes o después lo conseguirán, nadie tratará de socorrerlos.

—Y los animales acorralados atacan —completé su enigma apartando un mechón de su rostro.

Nada podría afeer aquellos rasgos, sin embargo, me gustaba apreciarlos en su totalidad—. Tranquila, mis hombres eliminarán la amenaza antes de que...

—No me preocupan tus hombres, los que han enviado son pocos para poder tomar el castillo, pero los que no se encuentran tras aquellos gruesos muros están desprotegidos. Además, debo volver a casa y comprobar que aquellos que confiaron en mí siguen con vida. No los salvé para que fueran masacrados poco después.

—Te acompañaré, pero solo si después haces algo por mí. Es necesario para que me comprendas, no quiero excusarme, solo... —me pasé las manos por el pelo, revolviéndolo, nervioso. Ningún cabello quedó en su lugar, se asemejaba a la melena de un lobo furibundo—. Ya no soy el mismo que hundió su espada en tu amiga...

—¿Crees que algo puede justificar lo ocurrido? —preguntó ella molesta.

—¿Acaso tú no lo piensas? El dolor puede cegarnos, pero también hacernos cambiar. Tras perder a aquellos que más había amado recapacité, le di valor a la vida, no solo a la de los que aprecio.

—¿Y antes? ¿Quién era el hombre que me persiguió sin compasión? ¿Quién era él?

—Alguien perdido —respondí sin pensar—. Ansioso por ser alguien digno, por vengar la muerte de mi padre.

—¿Digno de qué?

—De ser amado. Amado incondicionalmente, respetado, yo era el líder, pero seguían tratándome como el hijo del laird. No creían que mereciera...

—Ya. —Ella giró el rostro.

—No soy el mismo hombre. Me arrebataron a mi mujer y a mi hijo nonato. Me los robaron sin darme posibilidad de defenderme, encontrando solo humo cuando traté de hallar a los culpables. Lo intenté, traté de hacerlo por todos los medios, cegado por el odio y la venganza, no obstante, el tiempo pasó y todo cambió. Cuando tenía que sesgar una vida veía a la persona que había al otro lado, ya no eran cuerpos que se oponían a mis deseos, ya no era el mismo. —Era lo mejor que yo, un highlander al fin y al cabo, podía hilvanar en un intento de explicarme—. ¿No puedes comprender que no soy el mismo?

—Somos quienes somos por quienes fuimos. —Ella besó mi mejilla enternecida, la sentí ceder o tal vez eso deseaba pensar. Ella estaba allí, era mi oportunidad.

—Solo por ti volvería a matar sin pensar, sin sentir —solté de pronto.

—¿Eso es bueno?

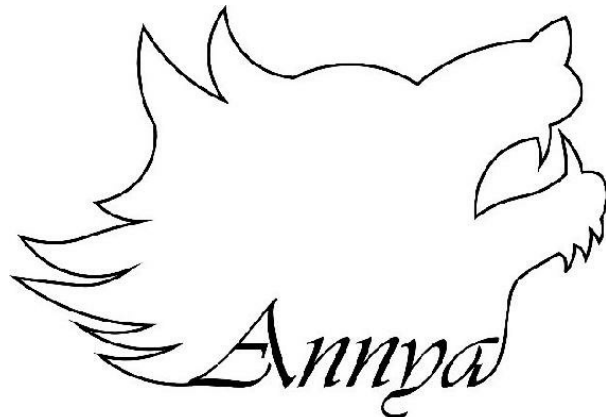
—Si algo te ocurriera no me importaría quién se enfrentase a mí, acabaría con todos. Si alguien te dañase... —Ella torció el gesto—. ¿No lo entiendes? Antes no valoraba la vida, ahora la valoro, pero la tuya está sobre la de todos los demás. No haré daño jamás, de nuevo, a aquellos que no han hecho nada malo. Trataré de discernir lo correcto, pero la locura que sentiría si alguien te dañase... Eso no es algo que pueda negar, no si quiero ser sincero contigo.

—¿Y eso es amor? —Acaricié su rostro con forma de corazón. Sus labios rojos y sensibles fueron después, dibujaba con mis dedos en su suave piel.

—Es lo que yo puedo ofrecerte, todo lo que tengo. ¿No hay nadie por quién darías hasta la sangre que recorre tus venas? ¿Nadie es tan importante como para lanzarte contra la muerte sin dudar?

—¿Tú? —Y me desarmó. Me dejó sin voz, sin aire, sin pensamientos. Me cortó por la mitad y quedé completamente abierto para ella. Podía ver en mi interior cuanto quisiera, no habría secreto que no fuera a revelar.

Capítulo 23



Y los buenos deseos se acaban, las buenas intenciones perduran mientras el corazón está en paz, sin embargo, cuando la oscuridad se aproxima estas mutan. Da igual que la persona sea amable, el dolor puede ahogar sus buenos pensamientos, llevarlos lejos el tiempo suficiente para realizar actos deleznable de los que se arrepentirá toda su vida.

Cuando nos aproximamos a la cueva supe que algo iba mal. La falta de sonido, ese fue el aviso. Todo estaba extrañamente silencioso, no era algo que esperase dado lo acostumbrados que estaban mis “invitados” a aquella vida. Ellos eran ruidosos, quizás demasiado.

—Quieto. —Cas corrió y yo, con el brazo de Tormod entre mis dedos, lo dejé hacer. Ante su gruñido me aproximé llevando a mi highlander conmigo—. Y lo que vi me desgarró, ¿era posible que quedara algo que pudiera romperse todavía? Solo era un cuerpo, internamente, de manera asquerosa, me alegré de que fuera el viejo. Me odié por ello, me repetí que él ya había vivido, ya no tendría la oportunidad de curar sus heridas, me mentí, pero era la opción menos mala—. Han venido hasta aquí. ¿Cómo han logrado encontrar este lugar?

—Con ayuda. —Miré a Tormod sin comprender hasta que me percaté de que llevaba algo entre los dedos. Era un trozo de tela, no el del clan MacLeod, sino el de alguien que yo ya conocía bien.

—Kenneth —concluí, con temor—. ¿No lo habían desterrado?

—Lo han hecho. Solo quiere que sepamos perfectamente quién está detrás.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Y vi que él tenía una ligera idea de lo que había causado aquel arrebato en un hombre que carecía de conciencia. No me gustaba saber que había sido él, la muerte de aquellos pobres niños y mujeres, sería mucho peor si él estaba al otro lado. En una ocasión le había escuchado decir que a él le encantaba jugar con la comida, poco después de llegar de una cacería y con una sonrisa extraña. Por algún motivo fue eso lo que escuché cuando mi mente terminó de procesar que había sido Kenneth el que encontró mi refugio y se los llevó—.

¿Seguirán vivos?

—Posiblemente, los necesita para el intercambio —dijo Tormod. Me dejé caer sobre una piedra, no tenía fuerzas para cerrar los ojos de aquel anciano del que no conocía el nombre que le había dado su madre, ¿cómo podía despedir a alguien que no había llegado a conocer? Nada de aquello estaba bien, me superaba.

—Yo lo guie hasta ellos. Posiblemente me haya seguido, a ti, a mí, da igual a quién. —Mímente no quería detenerse en eso, había pasado a imaginárselo demasiado cerca en algunas ocasiones, incluso percibía su aliento contra mi cuello, acompañado de un escalofrío de pura repulsión.

—Los salvaremos. Tenemos a alguien que él aprecia, que ama.

—Eso es imposible, dudo que pueda sentir cualquier tipo de afecto por alguien —desmonté aquella estúpida idea de raíz. Quizás Tormod creía que nos enfrentábamos a un hombre, pero los hombres sentían, amaban, lloraban, sufrían. Kenneth carecía de las emociones más básicas, alimentándose únicamente del dolor ajeno. Tormod me abrazó y yo me dejé consolar. Contaba con Cas, me dije. Cambiar de aires era una posibilidad, ahora yo estaba muerta, padre haría correr la voz con rapidez, temiendo la deshonra de que pensasen que me había escapado, cuando era la verdad.

—Sea como fuere, él siempre la ha protegido. —Asentí sin escucharlo. El aire mecía las copas de aquellos inmensos árboles, era un gran día. Los animales saldrían, animados por el clima cálido. Incluso podría bañarme un rato, nadar. Tormod me zarandéó, fije mis ojos en su rostro, parecía preocupado.

—¿Annya? ¿Estás bien? ¿Annya?

—Se ha acabado —dije ausente—. Cuando atrapan a alguien está perdido. Nadie escapa, ni de ingleses ni escoceses. —Y vi la espada de Tormod atravesando el cuerpo de Lianne, sus últimas palabras, sus ojos asustados, pero en cierta manera resignados—. Todos los que se acercan, todos aquellos que confiaban en mí. —Y recordé que yo misma había obligado a aquella mujer, a los niños, al anciano. Ellos no querían y yo los convencí, llenando sus cabezas de esperanzas baldías.

—Tranquila, los salvaremos.

—Están muertos, ya están muertos. Nos engaña para no tener que perseguirnos, nada más —repliqué sin detenerme, necesitaba continuar, aquel ya no era mi sitio, si es que algún día tendría alguno que sintiera propio de nuevo—. ¡Cas! ¡Vámonos!

—No sabes el camino. —Me detuve y lo miré.

—¿Y a qué esperas?

—A que vuelvas a ser tú. Deja de culparte por aquello que no controlas, el mundo es cruel.

—¡Había niños! ¿Acaso no lo comprendes? —Había frustración en mi ser que no veía la forma de salir. Aquel sentimiento tenía palabras propias, venenosas, peligrosas por lo cerca que se movía de la verdad y la mentira. Quería escupir mis acusaciones, quizás hacer recaer sobre Tormod, de manera injusta, el peso de lo ocurrido. Necesitaba olvidar que ellos habrían estado seguros si no... —Me siento como si fuera una muñeca que Dios mueve a su antojo, a su capricho.

—Annya, tengo alguien que ellos quieren y lo usaré hasta el final. Los encontraremos y le haremos pagar en sangre que haya osado tocar a nuestra gente. Ahora todas las vidas de esta tierra son responsabilidad nuestra. Todas, no solo ellos. Eres nuestra guerrera, nuestra reina. Yo soy tuyo, tú me das la fuerza para liderarlos, soy mucho más fuerte a tu lado —expliqué—. No estás sola, ninguno lo está. Acompáñame, lo conseguiremos.

—Tengo miedo —reconocí—. Sentí su lengua antes que sus labios. Mi sabor, su sabor al mezclarse. Éramos uno, la seguridad que me transmitía fue adictiva. Me aferré a él, me subí a su cuerpo, él se abrió camino hacia el centro de mi ser. La necesidad era contagiosa, una enfermedad que nos volvió rabiosos, animales concentrados en encontrar su sustento, una venda, una cura especial capaz de aportar serenidad. Nadie mejor que él para eso, el único cuyas caricias no me asqueaban, un regreso a mi pasado, un punto desde el que debía encontrar el camino hacia el futuro.

—Estás húmeda.

—Lo necesito. —Y Tormod se rozó contra mi carne más tierna e inflamada, una caricia que germinó en un gemido quejumbroso, a medida que el placer me recorría en una penetración lenta, las lágrimas se encaminaban solas hacia el vacío, descendían por mis mejillas sin que yo llorase, era un acto que mi cuerpo realizaba en solitario, alejado de mis pensamientos. Lloraba porque la tristeza superó a la ternura, al deseo. Quise dejarlo atrás, olvidarme de que estaba allí, peleando contra la tristeza como haría con cualquier otro. Me mordí el labio inferior y miré a Tormod, confusa—. Te necesito.

—Todo lo que pidas es tuyo, todo lo que soy te pertenece.

—Me fallarás, todos lo hacen. Solo Cas...

—Jamás —contestó con decisión. Y sus embestidas fueron salvajes, me sostuvo aun cuando sus músculos tuvieron que tensarse y caminó hasta que mi espalda tocó el árbol más cercano. Sentía sus dedos apretando la carne de mi culo, su respiración eran latigazos a una parte invisible de mi cuerpo que se revolvía con auténtico deleite por ser capaz de provocar tal grado de deseo. Nos dejamos envolver, aunque, no dejé de llorar. Solo cuando ya no podía soportarlo más, cuando el orgasmo ya era inevitable, mis ojos se secaron y lo miré saciada, incluso antes de aquella descarga de puro éxtasis.

Y fuimos uno, compenetrándonos hasta el punto de que percibí el instante exacto en el que él también perdió la batalla. Se derramó con fuerza en mi interior, al tiempo que yo lo aprisionaba queriendo postergarlo, queriendo mucho más, aun cuando era realmente increíble.

Tormod era un gigante, de anchos hombros y hermosos ojos negros, siempre me pareció atractivo, nunca como después de estar en mí. Sus ojos eran más resplandecientes, su rostro más masculino, sus músculos parecían haber sido gravados en piedra. Tormod era un highlander y el laird de un clan, era muchas cosas, aunque en aquel momento solo vi a un hombre, uno apuesto y seguro de sí mismo, autoritario en ocasiones.

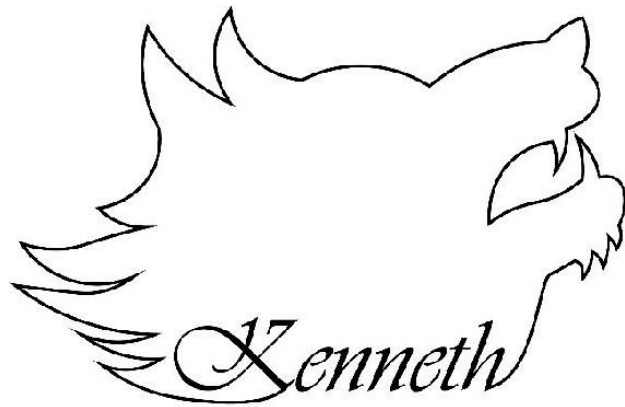
Lejos de apartarme, por primera vez sentí que él seguiría ahí cuando yo quisiera alejarme, que no se rendiría, él también creía que merecía la pena luchar por mí, me recordaba a Naela, Luanne y Nanha.

—¿Lo conseguiremos? —pregunté indecisa.

—Haremos lo que sea necesario y si, llegado el momento ellos no pueden acompañarnos, si ya no están allí, haremos que sus pérdidas sean recordadas. No puedo prometerte que todo vaya a salir bien, solo que Kenneth pagará por lo que ha hecho.

—Supongo que habré de conformarme. —Sonreí, sintiendo los ojos húmedos y el rostro hinchado. Él seguía mirándome embelesado, sin ver mis defectos.

Capítulo 24



M iré a aquellas alimañas con cansancio. ¿Los necesitaba a todos? Quizás un par de ellos menos no se notasen, ya no quería, ni podía, soportar más el llanto de aquellos seres diminutos. Las mujeres se interponían cada vez que me aproximaba, habían evitado un baño de sangre en demasiadas ocasiones.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —pregunté ante todos ellos —Quizás podría cortarles la lengua, siempre he preferido el silencio.

—¡No! Por favor... solo son niños.

—Todos los fuimos alguna vez. ¿Sabíais que yo tenía una melliza? Era hermosa, ahora ya no la miran de la misma manera. Yo mismo la moldeé, los niños son demasiado imperfectos, capaces de hacer enloquecer a alguien y ella tenía la facultad de hacerme enfurecer. —Me incliné sobre una de ellas, aquella niña tenía los ojos azules, unos iris que me traspasaron sin miedo, puede que fuera la que mejor me caía.

—Eres un monstruo. —Renqueante, apretándose el pecho de manera temblorosa y dejando a un niño adormecido sobre un trozo de tela—. Si tratas de tocarlo te mataré yo misma. —Yo disfruté golpeándola, ver su sangre manchar mi mano, la forma en la que su cuerpo cayó hacia un lado. Pateé sus costillas, ella abrió la boca en un intento de llenar sus pulmones, supe, sin duda, que un par de huesos se habían quebrado en su interior.

—Podemos seguir jugando un rato más —sugerí—, pero espero visita.

—No. —Y con un esfuerzo excepcional consiguió volver a ponerse en pie. Me miró con rabia, negándose a aceptar que no estaba a mi altura. Aquella hembra solo llegaba a mi pecho, sus manos eran diminutas en comparación con las mías, me habría sido sumamente sencillo quebrar su cuello. Me encantaba jugar y ella era un espécimen digno de estudio.

—Creo que voy a conservarte. Pocos me han durado más de una semana, —Me adelanté hasta que su nariz rozó mi cuerpo. Ella se mantuvo firme, yo agarré su pelo para que no cayera cuando

volví a abofetearla—. pareces fuerte. —Y la sensación placentera que me embargaba al herirla, era demasiado efímera. Y quise más, sus gritos eran la melodía más hermosa. Nada en el mundo podía compararse con el terror, el miedo que dejaba en mis juguetes, personas que olvidaban quién habían sido, que me miraban como un amigo cuando finalmente terminaba con ellos, había agradecimiento en sus expresiones porque la muerte era el final.

—Es mi hijo. No tienes alma, lucharé hasta que no quede vida en mi interior. ¡Es mi hijo! —Y me pateó las pelotas con tanta fuerza que la solté y ambos caímos. Y sentí ganas de reír, aquel dolor pasaría, pero solo imaginarme lo que haría con ella una vez hubiese ganado la fuerza suficiente para incorporarme, saboreé aquel momento antes de hacerlo.

Respiré con fuerza y apreté el mango de mi espada. Una menos, pensé. ¿Se darían cuenta? Solo los necesitaba entretenidos el tiempo suficiente para apresar al cabrón de Tormod, Annya después sería mi entretenimiento, disfrutaría destripándola mientras el gran señor miraba. ¿Acaso no comprendían que yo era el único que no era débil? Yo no caía en los engaños que el querer a alguien trae consigo, en mi vida nadie valía más que yo mismo. En algún punto de mi infancia comprendí que era diferente al resto, una persona perfecta, sin defecto alguno.

Nadie me explicó nada, aprendí con los animales y algún que otro aldeano que no volvían a encontrar. Hundí mis manos en el interior de un hombre por primera vez con siete años, primero tuve que rajarle la garganta, pero aquel pobre campesino no vio en mí un riesgo y eso me dio la oportunidad. Yo lloraba y él se acercó a consolarme, poco después se desangraba a mis pies, no tardé en abrir su abdomen, descubriendo pequeños secretos en su interior. Saqué cada órgano estudiándolo como a un animal más, sonriendo y jugando con sus intestinos durante horas.

Yo era perfecto, frío, calculador. Sabía dónde estaban mis límites en todo momento, empleando argucias que a nadie más se le ocurrían. Yo habría cuidado de aquel clan, no porque me importasen sus gentes, sino porque podía. Ellos estarían a salvo si me prometían lealtad, si hincaban la rodilla ante su señor. Era fuerte, podía mantener mis impulsos lejos de ellos.

Recordé a mi hermanita, esa que todos decían que era hermosa, que debía protegerla. Ella parecía traer alegría, ser el centro aún conmigo al lado y eso era algo que yo nunca soporté. Ella era una mujer, alguien insignificante.

—Has luchado bien. Otros, hombres más grandes y fuertes, se habrían rendido mucho antes. — Sonreí, pero por su reacción creo que aún le di más miedo. Aquello era lo que buscaba, lo que necesitaba, mucho más que respirar. Vivía por sentir la intensidad de la vida escapar de los demás, sus miedos y el dolor por quien quedaba atrás—. ¿Lo ves? ¿Sabes lo que le haré tan pronto termine contigo? —pregunté sintiendo que el filo de mi espada brillaba. La tierra verde que había bajo nuestros pies sería regada con su sangre, con la de todos ellos. Tan pronto hubiese acabado con Tormod y su ramera, iba a sembrar aquel lugar con los cadáveres de todos ellos, pero no con rapidez. Me tomaría mi tiempo, incluso con los más pequeños. Cada corte sería una obra de arte, un pequeño dibujo que traería melodías hermosas para mi alma. Había una diferencia entre el llanto y los aullidos de dolor.

—Déjalo. Por favor...

—¿Ahora suplicas?

—Es mi hijo. —Y me reí porque no hacía más que recordármelo como si eso fuera a significar algo para mí. ¿Creía que aquel lazo era importante? Yo había deseado la muerte de mi padre, de mi hermano, aunque no conseguí librarme de ambos. No obstante, me había llevado algo que mi hermano apreciaba, algo que seguía buscando y yo atesoraba para poder usarlo contra él llegado el momento. Ella me pertenecía, ella era mi juguete favorito, alguien que jamás diría nada en mi

contra ni trataría de huir, había castigado con tanta dureza cada uno de sus intentos que prefería el infierno a mi lado. Quizás ya no supiera subsistir sin mí.

—No me gusta separar familias. ¿Crees que soy un monstruo? —inquirí, usando sus propias palabras contra ella. Era una harapienta, nadie.

—Te matarán, ella lo hará.

—¿Ella? —Ahora sí que estaba interesado en sus palabras. ¿Annya? Yo la conocía mejor que nadie allí, Annya no era nadie. Podría aplastarla con facilidad—. Ella es una cobarde, una princesa sin trono que creyó que podría rechazarme sin que nada le ocurriera. Esperé, siempre lo hago cuando es necesario. —Me encogí de hombros—. Ella no es nada.

—Pues has de temerla. Ella es peligrosa, lo vi en sus ojos. Ella...

—¡Cállate! —Comenzaba a molestarme. Cuando golpeé su cara, mi patada la lanzó lejos. Su cuerpo quedó en una extraña postura, me acerqué para ver si respiraba y me sorprendí al ver que solo le había roto uno de sus diminutos brazos de juguete. Una muñequita que podía coser para hacerla más bella, pensé recordando alguno de mis juegos pasados.

En concreto recordé a aquella prostituta, de cabellos rojos como el fuego del averno. Ella siempre se movía sinuosa a mi lado, me ofrecía sus servicios creyendo que estaba interesado, que ciertamente lo estaba, pero dijo algo que no debía. “Puedo ofrecerte aquello que más deseas”. Nadie sabe lo que hay en el interior de la mente de otra persona, debió ser cauta con sus palabras, las prostitutas nunca fueron precisamente comedidas. “No deberías ofrecer servicios sin conocer todos los detalles de lo que podrían pedir”. Respondí aquella tarde, con una sonrisa en mis labios al saber de antemano que eso no haría más que excitarla. “Coge lo que quieras de mí,”. Iba a acercarme cuando ella se retiró. “pero todo tiene un precio.” Sonreí al recordarlo, era como volver a estar con ella. Sentí la suavidad de su piel sobre un lecho mohoso antes de disfrutar de la auténtica fiesta. Ella tenía un vestido lleno de remiendos, de colores indefinidos y varias tallas más pequeñas de lo que precisaba. Fue eso lo que me dio la idea, al verla maldecir cuando los puntos que mantenían la tela en su lugar saltaron la miré sabiendo, por fin, cuál sería su destino.

Lejos de cualquier posible remordimiento, aquel recuerdo en concreto era uno de los más agradables. Al mirar hacia aquella mujer, que ahora yacía inconsciente a pocos metros, veía a la pelirroja más voluptuosa del mundo. Yo había completado su belleza, otorgándole detalles que la naturaleza le había negado. Pequeñas suturas, precisas, hechas con mimo y cuidado. Entre sus labios había colocado un viejo trozo de tela, que ella mordía con fuerza cada vez que hundía la aguja en su carne para sellar para siempre su vista. Después decoré sus pechos, no me dejó avanzar más cuando se lanzó sobre mí. Pocas veces había dejado a uno de mis juguetes libre, ella era demasiado perfecta para atarla. Hasta que se precipitó sobre mi cuerpo a ciegas, me había encantado verla apretar los puños e intentar gritar, sin tratar de defenderse, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad.

Y ella lo sabía, yo lo sabía. Me dolió estrangularla antes de terminar mi obra, a mi manera, pues sentí pena al pensar que ella ya no estaba cuando quedé satisfecho. Ella era mía, como lo eran cada uno de mis preciados juguetes.

Dejé aquel pensamiento a un lado, confundido al ver que los minutos habían pasado sin que yo me hubiese percatado. Ahora la mujer había reptado hasta volver con su hijo, besaba su rostro, lo acunaba nerviosa en un intento por fundirse con él. Cuando me volví y la miré apretó la diminuta cabeza de su hijo contra su pecho.

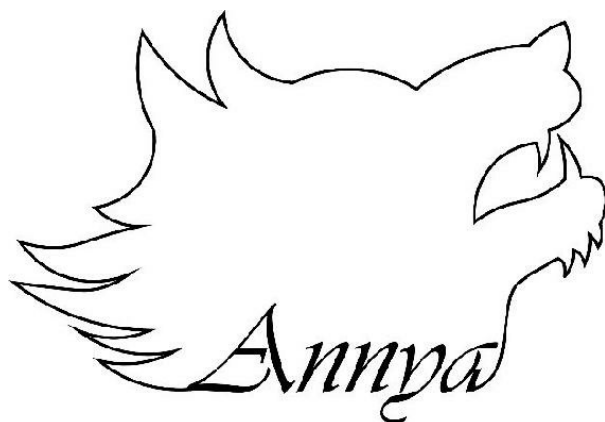
—No lo hagas. ¡No lo hagas!

—¿No? Voy a disfrutar con ese asqueroso insecto.

—¡No! —¿De dónde había sacado la daga? La reconocí, ¡era la mía! ¿Cómo...? Me miré el cinturón sorprendido por la pericia que demostró—. Prefiero ser yo, no te acerques... —Y entre temblores colocó el filo en el cuello de su pequeño. Había que tener valor para aquello, prefería ser ella la que sesgase la vida de su niño antes de que yo pusiera las manos sobre ellos.

Lo que para ella era una última salida para mí fue la mejor. Esperé con ansias, contando el tiempo, mirando sus manos hipnotizada descendiendo sobre el cuerpo diminuto de su hijo.

Capítulo 25



*N*os paramos ante el inmenso castillo de Dunvegan, prácticamente rozaba el mar. Sus altos muros de piedra se coronaban como los grandes señores de aquella costa, en la que las olas golpeaban con fuerza. Un sonido hermoso y salvaje, una lucha constante que el castillo observaba años tras año, impasible ante todos los que moraban en su interior. Entre aquellas se escondían muchos secretos, la mayoría de ellos ya olvidados.

Era hermoso, un lugar inmenso que sentí deseos por conocer. Tormod era su señor, el dueño de todo aquello, de las tierras verdes, de la costa, de las tierras.

—Acompáñame a conocer tu hogar —dijo él tendiéndome la mano. Asentí con miedo, olvidando por un instante que íbamos con prisa.

—¿Por qué estamos aquí?

—En seguida te lo enseñaré.

Un gran acantilado se postraba bajo aquella inmensa construcción. Era un lugar perfecto para soportar un sitio, para defender a aquellos que querías. Miré a Tormod con dudas y miedo a quien pudiera encontrarme, indefensa si decidían tomarme por la fuerza, temerosa de que descubrieran en mi rostro algún resto de lady Annya Comyn. Mil miedos que avanzaban por mi piel mientras, cogida del brazo de Tormod, atravesaba la inmensa puerta de aquel castillo como su nueva señora. Alguien que daría las órdenes, una extranjera para todos ante la que debían plegarse para acatar órdenes. Aquello no podía salir bien.

—Este no es mi sitio.

—Tu sitio está a mi lado. Eres mi mujer a los ojos de Dios. —Y besó mi frente en señal de respeto ante aquellos que nos observaban desde todas las partes del castillo. Estaban tan interesados que todos habían dejado sus quehaceres para observarnos. Sonreí tensa, sintiéndome expuesta.

—Hermosas palabras, pero falsas —contesté por decir algo, demasiado tensa para pensar con

coherencia.

Al final todos los sitios son iguales. Encontré los parecidos con mi antiguo hogar a los diez minutos, aquella ansia por agradar al laird, aquella forma de encogerse con miedo, temor a las represalias por si algo no le gustaba. Las miradas de soslayo, midiéndome, preguntándose cuánto aguantaría, cómo había conseguido engatusarlo, no sería la primera vez que se acusaba a alguien de brujería por un acto parecido.

Y en poco tiempo me condujo hasta una sala pequeña, con escasa ventilación. La luz apenas se filtraba por la única ventana de aquel lugar, demasiado pequeña para mi gusto. Me sentí atada nada más entrar, como si las paredes se acercasen, queriendo emparedarme. Incluso estiré las manos, rozando una para cerciorarme que aquella sensación solo se encontraba en mi mente, jugando con mis miedos, recordándome un viejo pasadizo, un lugar oscuro y lleno de todo tipo de sabandijas. Si hubiese tratado de volver sobre mis pasos no lo habría conseguido sola, aquello era un laberinto en el que todas las habitaciones parecían iguales, unas más amplias y otras más pequeñas, solo en la que nos encontrábamos ahora era distinta.

—¿Qué es este lugar? —pregunté, presintiendo que la respuesta no iba a ser de mi agrado. Tormod miró hacia la esquina y lo supe.

Una mujer estaba allí atada. Sus manos, sus piernas, inmovilizada y con la cabeza caída hacia un lado se dejaba morir lentamente. No hizo amago por mirarnos, no le importaba su destino porque creía que éste ya había sido decidido.

—Uno necesario.

—¿Cuál ha sido su delito?

—Uno de sangre. —Estaba siendo demasiado escueto. Lo sentía bullir, deseoso por saltar sobre ella. No se parecía en nada al hombre que dijo pertenecerme, haber cambiado y dejado atrás la sed de sangre.

—¿Por qué hemos venido?

—Es a ella a quien Kenneth quiere. —Al oír mentar a aquel monstruo la mujer elevó el rostro y tembló. No lo hizo por la sangre que la cubría ni por estar completamente inmovilizada sobre sus excrementos y orines. Fue el nombre de Kenneth lo único con suficiente fuerza para hacerla reaccionar.

—¿Por qué habría de quererla?

—No... —Su voz me desgarró por dentro. Tormod en cambio parecía mecerse, acariciaba la espada de su cintura mientras miraba, concentrado, el cuello palpitante de su rehén—. No...

—Tormod... —Pero él no reaccionada—. ¡Tormod! —Me miró, solo eso—. Tormod, estoy aquí. Tormod... —¡Al fin!

—Ella... Ella lo sabía, siempre lo supo. Mi familia, mi mujer, mi hijo... —Vi su dolor y lo compartí como propio—. Ella siempre acompañó a Kenneth, siempre estuvo a su lado. Ella lo sabía y me mintió. Juró que habían sido los ingleses, unos hombres que nunca existieron y que perseguí durante meses. —Me tapé la boca al oír su voz rasgándose, un dolor profundo que quise mitigar, sintiendo que posiblemente jamás podría lograr tal hazaña.

—Tormod, mírame —supliqué.

—Debería... —Y dio un paso.

—Tormod, no lo hagas.

—Ella los mató. Pudo impedirlo, ella sabía... —Dio otro paso. Sus ojos no se apartaban de aquella silla, de aquella mujer que sonreía al ver cómo Tormod cogía la espada.

Era yo quién, como siempre, se interpuso entre su tan ansiada venganza y él. Fui yo la persona

que abrió los brazos y permaneció impasible cuando él siguió aproximándose. No hice amago por defenderme, no era eso lo que él precisaba para recuperar el control que había perdido.

—Tormod, hay niños, mujeres que nos esperan. Somos los que deben protegerlos, ahora son nuestro pueblo. Confían en nosotros.

—Era mi familia.

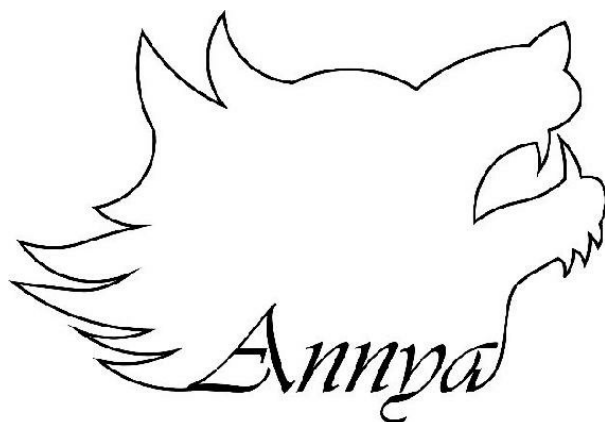
—Lo sé, pero ella será tuya después. Te lo prometo. —Por algún motivo me sentí asquerosa al hacer semejante promesa. Algo en mi interior gritaba que no era lo correcto, que había mucho más allí, ante mis narices.

—Nos la llevamos.

—Tormod... —Quise tocarlo, por primera vez se alejó.

—Unos minutos, concédeme eso para despedirme.

Capítulo 26



Y llevarla con nosotros me hizo sentir extraña, malvada. Cas se acercaba a aquella mujer sin miedo y para mí eso era suficiente para confiar, el corazón de aquel lobo de negro pelaje era el más sabio conocido, él podía leer en las personas, o tal vez olerlas. Poco importaba lo que yo pudiera pensar al respecto, Tormod jamás la perdonaría por un delito horrendo, yo también dudaba que pudiera hacerlo.

Escocia era una tierra mágica, siempre lo fue. En aquel lugar nacieron princesas y reyes, descendientes de poderosos guerreros, deberíamos cuidar de lo que nos fue concedido, no lo hacíamos. Había fuego o cenizas por doquier, muertos y heridos.

—Estamos próximos a llegar. —La empujó con tanta fuerza contra el suelo que ella rodó y se estrelló contra un árbol—. Átala. —Había asco en su tono, mezclado con el odio y la rabia, apenas controlable.

—Tormod, está herida. Deberíamos curarla antes de irnos. Ella está sufriendo. —Los ojos azules de aquella mujer me observaron sorprendidos, daba la impresión de que nadie hubieses sentido compasión por ella. Rocé su mejilla con ternura, ella tembló bajo mi toque.

—No la toques.

—¡Ya basta! ¡Es suficiente! —Me giré y lo enfrenté—. Me pediste que perdonase tus pecados, que confiase en ti y te amase. —Volví a él, coloqué las palmas de mis manos sobre su pecho—. La has juzgado, pero ¿qué ha dicho ella?

—Nada. Da igual lo que le hicieran, no ha dicho nada. —Removió su cabello frustrado.

—¿Qué le hicieron? —Tuve miedo a la respuesta.

—No lo sé.

—¿Cómo pudiste permitirlo?

—¡Era mi familia! —aulló encolerizado.

—¿Y qué soy yo? ¿Qué soy para ti? —pregunté esperando llegar a él, tratando de imponerme a

sus fantasmas, sintiéndome, en parte, egoísta.

—Lo eres todo. Eres mi presente y mi futuro, la mujer que amo y amaré siempre. —Una promesa que sonaba vacía al presenciar cómo miraba a aquella mujer, que no hacía amago alguno de incorporarse. ¿Acaso no veía que ella ya estaba muerta? Sus heridas eran mucho más profundas que los cortes y hematomas que podía mostraba.

—Entonces mírame, escúchame, permíteme opinar. —Sonreí cuando posó una de sus manazas sobre las mías, la otra voló a mi mejilla—. Ella no tiene por qué merecer lo que le han hecho. Mírala, hazlo sin los prejuicios, sin creerla culpable. ¿Acaso no has aprendido cuando me juzgaste por los delitos de mi padre? ¿Ves en ella a una asesina? —Y él dudó.

—Ella me juró que fueron ingleses, que los vio, pero tuvo demasiado miedo para actuar.

—Quizás tenía miedo, aunque dudo que sea a los ingleses.

—Si hubiera dicho algo la hubiese protegido.

—¿Por qué habría de creer tal cosa cuando la has encadenado y permitido que la torturasen? —Bajó los ojos avergonzado. Sonreí con ternura al ver su duda, el arrepentimiento, me devolvió el control temiendo cometer más errores, aunque solo durante el tiempo en el que sus ojos aletearon un par de veces.

—Ella sabe algo, ha de decírmelo —dijo con decisión.

—Probablemente, —La observé con cuidado—. no lo hará. No es el momento, ahora está aquí, la necesitamos, pero no debemos dañarla más. No más, por favor —supliqué cansada de tanta sangre y dolor. Eran siempre los que más protección precisaban los que peor eran tratados. Injusticias que se fundamentaban en la creencia ciega de que unas personas tenían privilegios sobre otras—. ¿Quién es ella?

—Una de las criadas que Kenneth trajo consigo.

—¿Una criada? —Lo dudé al ver cómo me miraba. Había algo en su gesto, yo mejor que nadie sabía cómo se veía cuando ocultabas a alguien que había nacido como lady en tu interior—. ¿Eso eres? No importa, ahora la ataremos con cuidado y nos iremos. —Me volví para mirarla—. Regresaremos cuando él haya muerto, tengo la sensación de que entonces no tendrás inconveniente en hablar. ¿Me equivoco? —Y yo fui la que más le hizo expresar, cierto que no despegó los labios, sin embargo, asintió con tanta vehemencia que era muy probable que se hubiera hecho daño en el proceso. Sonreí mirando a Tormod—. ¿Estás conforme con mi decisión?

—Creo que debo seguir todos tus deseos si sé lo que me conviene.

Una docena de hombres nos seguían, ellos nos indicaron el camino. Había un claro a unos kilómetros al oeste, allí un par de tiendas y menos de seis hombres. Kenneth confiaba demasiado en sus cualidades.

Tormod no trató de sorprenderlo, entramos en la más grande justo cuando Yvaine, aquella mujer que rescaté de una aldea muerta, la misma que amamantó a su niño ante mí, movía la hoja sobre un ser indefenso dispuesta a arrebatarse el futuro, la posibilidad de ser alguien.

—¡Quieta! —grité viendo a Kenneth entre ellos y yo. Su espada, inmensa, señaló a aquel grupo de personas. Los conté dos veces hasta que me quedé satisfecha, incluso me permití soñar con que todos, menos Kenneth, pudiéramos salir con vida de allí.

Una vez escuché a mi padre hablar con uno de sus hombres, tras una de esas batallas que otros contarían ensalzando a guerreros que ya no estaban. Dependiendo de quién contase la contienda las palabras mutaban, los héroes tenían distinto nombre. Había dejado de prestar atención a los detalles, aunque en aquella ocasión sí lo hice.

“La muerte es silenciosa, John. Todos hablábamos a gritos, pero al ver que aquella espada

pendía sobre mi cabeza dispuesto a cercenármela no había sonido alguno. Fue como quedarme sordo, sintiendo que alguien se aproximaba y me tendía la mano. Solo tenía que aceptar, que marcharme y habría calma.” La explicación del invitado de padre era en cierta manera poesía, hermosa. Yo me quedé en las sombras, escondida, deseando conocer mucho más. Casi pareciera que la muerte era algo que debíamos desear, apetecible y dulce. “¿Y por qué no la acompañaste?” preguntó padre con curiosidad, la misma que hervía en mi interior, una chiquilla de doce años en aquellos tiempos. “No podría regresar y tampoco proteger a los que amo y todavía no están preparados para dejarlo todo atrás.” Y sentí que era el hombre más inteligente y sabio de aquel lugar, mi padre torció el gesto. “Yo habría ido.” Remató el que nunca fue digno de ser llamado padre.

Tormod también había tomado su arma, la espada pedía que la hicieran cantar mientras rasgaba el aire. Estaban ansiosos por comenzar una pelea que nos pondría en peligro a todos, Kenneth no jugaría limpio.

—¿No eres suficiente hombre para pelear fuera? —preguntó Tormod.

—¿Por qué habría de hacerlo? Pospón las armas y permitiré que todos salgan con vida, todos menos tú —matizó. Sentí frío, Tormod no podía aceptar tal oferta.

—Mientes —solté convencida—. Jamás nos dejarías marchar. ¿Por qué cumplirías tu palabra? No tienes tal cosa.

—Annya... Hace demasiado que no tengo el placer de estar en tu presencia. Extraño sentirte entre mis brazos, llevo pensando demasiado tiempo cómo sería meterme entre tus piernas.

—Jamás harás tal cosa. —Tormod y yo demostramos estar muy compenetrados, llegando a la misma conclusión al unísono.

—¿Ni por ellos? ¿Qué daríais por las vidas de unos seres tan insignificantes? ¿La vida? —Tormod me tapó con su cuerpo, no con la suficiente rapidez para que no pudiera apreciar la satisfacción en el semblante de Kenneth.

—Le temes a él. ¿Y a mí? —Empujé a Tormod con fuerza, aunque fue él el que me permitió hacerlo—. ¿Pelearías conmigo por todos ellos? Sus vidas me pertenecerán si venzo.

—No vencerás.

—¿Entonces aceptas? —Me veía poca cosa. Algo se encendió en mi interior, aportando luz y sabiduría—. ¿Quién es la muchacha que Tormod apresó? La mentirosa.

—¿Ella? Ya no es nadie, yo me encargué de eso. —Odié como Kenneth jugó con las palabras.

—¿Quién era?

—Mi hermana. En cierta manera también la maté, todos creen eso y han dejado de mentarla. A mi hermano le dolía demasiado recordarla, solo encontraron sangre cuando salieron a buscarla. —Vi la satisfacción que eso le producía. Nadie se salvaba al toque mortal de Kenneth, aunque pensándolo bien era mucho más cruel con los que compartía sangre. Él era la enfermedad más cruel que asoló a su familia. ¿Qué podía haber mal en él para hacer tal atrocidad? —Ellos la creyeron muerta y yo tardé meses en conseguirlo.

—¿Qué le hiciste? —pregunté sin voz.

—Lo correcto sería, ¿qué no le hice? Ella lloró, suplicó, me miraba sin comprender cómo alguien que compartió el vientre de nuestra madre podía hundir la hoja con tanta ferocidad en su cuerpo. —Chasqueó la lengua—. Sigue caminando, es más de lo que han conseguido muchos de mí.

—¿Cómo...?! Ella es tu hermana.

—Lo era. Ahora es un objeto que sabe cuál es su lugar.

—Te mataré. ¿Empezamos? —Salí de allí, el sol me deslumbró. Me coloqué a un lado, flexionando las piernas y con Cas observando. Me acerqué a mi lobo y besé su cabeza. Susurré, prácticamente sobre su oreja y a un tono que nadie más me escucharía—. Si muero sálvalos. Amigo, no los dejes morir. Los niños son lo importante. —Y volví a besarlo. Temía que fuera una despedida.

Tormod salió como una tormenta, sus ojos desprendían rayos, prácticamente me alzó en un abrazo asfixiante.

—No lo harás. No dejaré que te pongas en peligro.

—Confía en mí —pedí sabiendo que lo estaba sujetando yo. Él temblaba.

—Te matará.

—Confía en mí.

—No puedo, no puedo hacerlo. Te amo, ¿no entiendes lo que me estás pidiendo? —preguntó presa del miedo por perderme. Ver como la historia se repetía, tener mi cadáver entre sus brazos sin poder hacer nada por evitarlo.

—¿Y qué tendría que hacer yo si fueras tú el que ha decidido pelear? Jamás sería justa, ni siquiera aceptaría. Conmigo peleará porque me subestima, no lo hagas tú.

—¿Y si mueres? —No supe qué contestar. ¿Quería desaparecer para siempre? En el pasado mi respuesta habría sido un sí rotundo, instantáneo, sin dudar. Mirándolo deseé ver el mañana, quería una vida a su lado, hijos, un hogar caliente al que regresar. Su voz por las mañanas, sus caricias, convertirme en alguien diferente a su lado sin dejar de ser yo. Él era mi esperanza, aunque fuera también parte de mis fantasmas. Nos veíamos de verdad, sabíamos lo que había en el fondo del otro sin tener que rebuscar.

—Los salvarás a todos, encontrarás la forma.

—No puedo. —Era duro, lo comprendía. Debía hacerlo, dejarme combatir. Observarme mientras un hombre trataba de separar mi cabeza del resto del cuerpo. Sonreí al imaginarme que era Kenneth el que miraba su pecho mientras su cabeza se alejaba rodando, aunque solo fuera unos segundos percibiría su derrota en su máximo esplendor.

Kenneth salió al exterior llevando consigo una cuerda, como ganado sacó a personas humanas, seres de carne y hueso que tiraban para tratar de evitarlo.

—¿Lista? —me preguntó aquella rata con hermoso rostro. Aquello tenía que ser un demonio, encarnado, una mala broma de Dios, una prueba que teníamos que estar destinados a superar. ¿Qué sentido tendría sino?

—Claro.

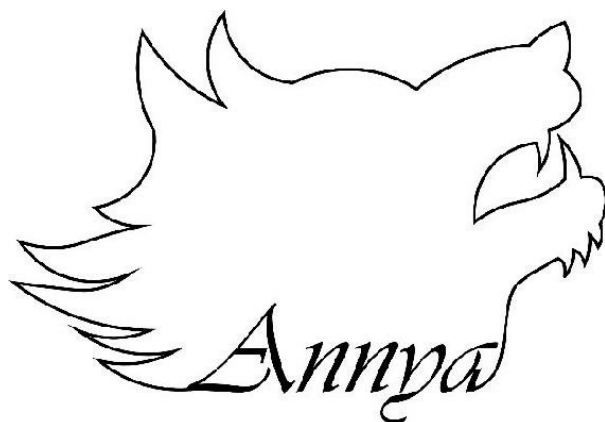
—No lo hagas. —Tormod seguía aferrado a mi brazo.

—Has de confiar en mí. Apóyame, permanece a mi lado ahora que te necesito. Mírame confiando en que lo conseguiré, mira a Cas. —Tormod lo hizo—. Él me quiere, lucharía conmigo hasta el final, pero permanece impasible. No ataca porque me respeta.

—Yo también lo hago, lo eres todo para mí.

—El amor duele mucho. —Besé su mejilla y me giré dispuesta a todo. Esperaba más problemas, no los hubo. Si me hubiera detenido posiblemente hubiera roto nuestras posibilidades, habría demostrado que no tenía lo que yo buscaba. Necesitaba a un igual, un highlander, un guerrero, un compañero y amigo—. Cuando quieras —grité en dirección a Kenneth.

Capítulo 27



Cuando Cas comenzó a recuperarse demostró tener un instinto inigualable. Al principio desconfiaba, no me permitía tocarle, pero se acercaba a mí y me olía cuando me creía dormida.

Por eso aproveché aquellas ocasiones para pasar la mano por su pelo, aproximarme despacio, abrazarlo contra mi pecho.

Una noche se tumbó a mi lado, sentí su calor contra mi costado y me supe acompañada. Avanzó despacio, incluso aunque siempre sospeché que era consciente de que yo le había salvado la vida, sin embargo, necesitó tiempo y yo se lo concedí, porque el cariño es así, va a su ritmo y no debe ser forzado. ¿El amor? El amor toma mucho más.

—¿Y bien? —Kenneth giraba sin apartar los ojos. Sus brazos y piernas flexionados, esperando, sin decidirse a ser el primero en embestir.

—Soy precavida —repuse sintiendo que si lo hacía perdería. Yo debía esquivar, cansarlo, buscar su punto débil sin arriesgar. Pequeños toques, cortes, heridas diminutas en zonas sensibles.

—He soñado con esto, con esto y mucho más. Aquel día te busqué horas después, quería ahorcarte. Después te violaría y dejaría tu cuerpo en el comedor del castillo para que todos pudieran apreciar mi obra.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Lo hice. —Tropecé, me repuse con rapidez. No debía permitir que jugase con mi mente, no era el momento de que me dejase afectar por algo tan lejano. Ya no era la misma, aquella mujer había muerto—. Encontré a otra persona.

—¡Pelea! ¡Ataca y déjate las conversaciones para alguien a quién le interese lo que puedas decir! —exigí tensa, muy tensa. Había combatido contra hombres mucho más grandes, pero a él lo conocía y lo temía. Lo veía como alguien invencible, me sentía a su lado igual que la primera vez. Indefensa.

—¿Neira? ¿Nala?

—¿Naela? —Tuve miedo.

—Cierto, Naela. Un nombre curioso, ¿era el suyo de verdad? —Movi6 el brazo sin acercarse, aprovechando que la hoja de su espada era inmensa, la esquivé—. Ella me recibió, se defendió y no dijo nada cuando la apuñalé en el hombro. Hizo demasiado ruido, atrajimos la atención y tuve que retirarme, no obstante, eso despertó mi curiosidad.

—Pelea y calla.

—¿Tú no quieres saberlo? Dicen que de joven era la más hermosa. Ojos azules y pelo castaño, alguien indomable que llegó a nuestras tierras tras un naufragio, que no sabía el idioma y no tenía a nadie más. —Y las historias de Naela volvieron—. Ella buscó trabajo, se ofreció para todo, bueno, casi todo.

—Ella jamás...

—Tu padre la vio y la violó. La atrapó y siguió violándola hasta que la preñó. Entonces la llevó al castillo, donde nunca creo que llegase a tocar a su esposa, y ala, ya tenía la familia perfecta.

—¡Cállate!

—Sabes que es cierto —susurró Kenneth. Lo sabía, eso era lo peor. Sentía orgullo de ella, pero saber que fui concebida en un acto tan horrendo me dolía. Naela era pura bondad, cariño, amor. Su gran amor... un hombre que no sobrevivió y que ella siempre recordó. Ese debió haber sido mi padre, no alguien que nunca me miró con cariño o incluso aprecio, alguien que no tembló al dejarme abandonada a mi suerte.

—¿Te gustan los cuentos de vieja o tienes miedo? ¿Es eso? ¿Quieres hacerme dormir?

—¿Sabes lo que contestó cuando le dije que no valías nada? —Yo negué despacio, contuve el aliento.

—Que serías una reina. Que por tu sangre corría el pasado de los que dominaban la tierra. Estaba tan loca que dijo que el dios de la muerte y el dios del sol habían bendecido tu nacimiento. —¿De qué dioses hablaba? No importaba, obtendría respuestas. Cansada de aquella conversación ataqué, al final fue él el que terminó despistándose.

Herí su gemelo, retirándome para evitar que mi atrevimiento me saliera caro.

—¡Zorra! —gritó él.

—¿Quieres más? Tengo muchas ganas de demostrarte cuánto he pensado yo en ti. —Y ya no me detuve. Cas se movió, perdí el pie tropezando con una estúpida piedra y resbalando con ella. Kenneth saltó sobre mí, vi mi final, pero un grito de Tormod me hizo reaccionar justo a tiempo.

—Creo que va a ser un gran día. —Kenneth se veía vencedor, aunque por su intento comprendí que no pretendía herirme de muerte, tenía intenciones mucho peores. Vencer era lo que buscaba, pero vencer teniendo oportunidad de “conversar” conmigo una vez todo hubiese terminado.

Fue como bailar a los pies de una hoguera, los músculos agarrotados y calientes, el sudor impregnando nuestras ropas, nuestros dedos habían apretado con tanta fuerza los mangos de las armas que estaban blancos e insensibles.

Sentí un pinchazo en mi brazo, no necesité mirarlo para saber que me había cortado, más tarde ya tendría tiempo de procesar el dolor.

La primera vez que observé a dos highlanders entrenar la contienda duró media hora, embestían y no se cansaban. Descargaban una intensidad inmensa en cada golpe, tratando de penetrar las defensas del otro con fuerza bruta, dejando tras de sí el sonido del metal al chocar, una onda que atravesaba el ser de aquellos que observábamos desde la distancia. Mi experiencia me había demostrado que nunca duraban tanto, era cuestión de minutos y suerte, mucha más suerte

de la que reconocerían nunca. Grandes hombres perecieron por caídas a destiempo y tropezones desafortunados.

Y descubrí, en medio de una revelación divina, que, si aquel debía ser mi final, si el destino había decidido que no había más camino que seguir, terminaría sonriendo, disfrutando. Yo era Anya, no la del pasado. Era libre, independiente, capaz de decidir. Había entrenado, tenía alguien por quien vivir, por quién pelear.

Y esboqué una macabra mueca que emulaba la ansiedad y la felicidad que me obligué a sentir. Deformé mis facciones sin percatarme, Kenneth se sorprendió. Salté sobre él, su espada atravesó mi pierna, él la soltó y yo no me detuve.

—¡Aléjate!

—¿Tienes miedo? —Si la muerte tenía rostro era el mío, pensé con orgullo—. Será mucho más rápido de lo que tú me hubieras concedido. —Con mis piernas y brazos lo envolví, lo apreté sin pensar en el dolor. Lo único importante era evitar que pudiera volver a atacar, mover mi mano lo suficiente para cortar con profundidad su cuello.

—¡Largaos! Pueden llevártelos.

—¿Ahora negocias? ¿Me concedes las vidas de personas que nunca te han pertenecido? —inquirí irónica. Mordí su oreja con fuerza, ¿por qué lo hice? No lo sabía, solo liberé la ansiedad contenida, lo mordí y arranqué aquel trozo de carne. Los dejé atónitos, ¿era necesario? Estaba descontrolada, con la sangre palpitando en mi interior, podía sentir cada dedo, cada poro de mi cuerpo.

—¡Aaaah! —Trató de golpearme con la cabeza, por poco lo consigue. Empezaba a actuar por desesperación.

—¿Qué le hiciste? ¿Por qué? —El miedo, que tantas veces sentí, la impotencia de verme pequeña mientras me golpeaban, trataban de forzarme, me arrebataban lo que era mío y mataban a cuantos apreciaba. El saberme pequeña, desprotegida mientras el mundo continuaba sin detenerse a pensar en mi dolor, en el que apenas conseguía dormir una noche entera. Yo estuve rota, tal vez aún lo estaba, pero aquel día, en aquel lugar con uno de los malos en mis brazos, decidí que no era tiempo de reflexiones. Debía aprovechar la oportunidad, quizás fueses la única.

Hacía sol, las nubes se habían alejado, ¿cuándo? No lo sabía, sin embargo, los rayos calentaban mi espalda.

Cuando Kenneth sintió la hoja contra su garganta se tiró al suelo, la espada salió de mi carne en el proceso, aullé matándolo sin pensar. No hubo una orden por parte de mi cerebro, la mano actuó por instinto al sentir el dolor que la hoja dejaba tras de sí.

El impacto me dejó sin aire, su cuerpo sobre el mío, acompañado de la caída y la herida, fue demasiado. Lo solté, aunque eso no cambió el futuro, la herida que le había infringido era mortal. Él abrió los labios, escupía sangre que seguramente estuviera impregnada de sucias amenazas, caían sobre mí de forma húmeda, recordándome a la lluvia de verano, gotas cálidas nada desagradables.

Alguien lo alejó, me ayudaron a incorporarme, aunque no toqué el suelo durante mucho tiempo.

—Nos vamos a casa —susurró Tormod sobre mi pelo. Besó mi cabeza con dulzura, acunándome con suavidad, alejando el dolor.

—No le hagas daño a su hermana. Ella hablará, pero trátala bien.

—Ella también es culpable —repuso el testarudo de Tormod, ya no tan convencido como la primera vez.

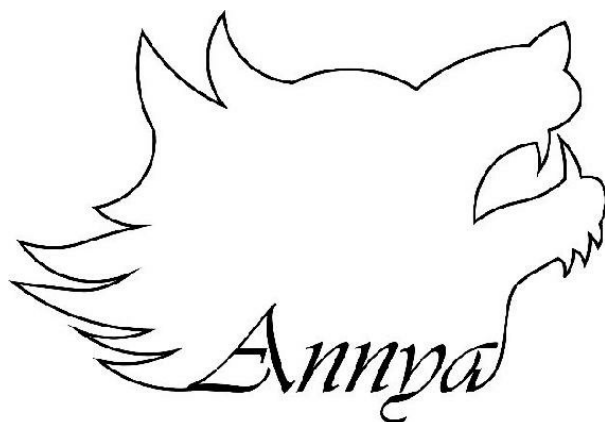
—Ella fue una víctima, obligada por aquel que debía amarla. No le harás daño, es más, la protegerás hasta que yo pueda hablar con ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque me amas y yo te amo a ti. —Se me cerraban los ojos. Cas me lamió los dedos y yo los estiré buscando su pelaje—. Amigo, lo conseguí. —Estaba demasiado cansada.

—Todos estaremos aquí cuando despiertes —Aquello era una promesa. Me perdí en aquellos ojos negros, sentí que mi cuerpo caía en el interior de aquellos dos agujeros, me sumergí en la oscuridad sin miedo, aquel era mi hogar, cálido, conocido, mío.

Epílogo



*I*ncluso cuando todo sale como nos gustaría, cuando alcanzas aquello que soñaste, no todo son sonrisas y abrazos, ni cálidos te quiero para siempre. ¿Por qué? ¡Aquella era nuestra primera gran pelea tras convertirnos en marido y mujer!

—¿Cómo que la desterrarás? —En mis manos el joyero que me había regalado. Lo apretaba entre mis dedos resistiendo el impulso de lanzarlo sobre su cabeza.

—¡No has conseguido que diga nada! —Me acusó como si no lo hubiera intentado. Solo llevábamos un mes juntos, treinta días de placer en los que apenas nos despegamos del lecho.

—Ella necesita cariño, aprecio. Es tierna, dulce, sensible, tiene miedo. —Tormod miró el techo, un gesto que quise arrancarle a golpes. Salté sobre la cama, él sonrió ante el reto.

—Scáthach, no lo intentes. Es posible que te ganes unos buenos azotes. —Sonreí arrogante.

—Ella empieza a confiar en mí, no voy a permitir que la echés de mi hogar.

—¿Tuyo?

—Sí. Tú, este lugar, todo es mío. —Me senté con suma tranquilidad y dejé el joyero a mi lado —. Dame una semana, por favor. —Y me lo concedió tras besarme, meter sus manos bajo mi ropa y colocarse entre mis piernas. Él ya conocía cada rincón, lunar, zona a explorar.

Cuando nos amábamos nos movíamos con impaciencia, de manera salvaje y tierna. Nos bebíamos el uno al otro. El colocaba sus manos sobre las mías, las alzaba sobre mi cabeza y tomaba de mis pechos lo que necesitaba. Y cuando uno de los dos se aproximaba al precipicio lo hacía para no volver, para arrastrar al otro consigo, siempre juntos. Era una promesa que cumplíamos por instinto.

Tormod se quedó en la cama y yo decidí bajar. Me puse mi mejor vestido, uno de un precioso tono azul cielo. Varios hombres armados se cruzaron conmigo en el camino, inclinaron la cabeza en señal de respeto y continuaron su camino.

No necesitaba pensar para saber dónde estaba ella. Siempre en la torre, entre tapices y

costura. Concentrada en el mar que veía a través de la ventana, aislada, en la soledad brillaba como muy pocas antes.

Me sorprendía que nadie se hubiese percatado de su belleza, no solo por fuera. Desde la muerte de Kenneth ella había mutado, convirtiéndose en alguien diferente, todos merecíamos un nuevo comienzo.

—¿Molesto? —pregunté al acercarme a la puerta, que siempre permanecía abierta por orden del laird.

—Annya, lamento si te he incomodado. Si lo deseas puedo retirarme, no me gustaría importunarte con mi presencia. —Ella se encogió y yo acudí a coger su mano. Las cicatrices eran profundas, pero allí donde la cubría la ropa, temía verlas algún día.

—Quédate. Hablemos, creo que es el momento. —Ella asintió y miró por la ventana. Sus ojos eran hermosos y brillaron con emoción. Apretó mi mano con ansiedad, aferrándose a ella, incapaz de mirarme. Habló ignorando mi presencia, pero sintiéndome siempre a su vera.

—Él siempre fue diferente, frío, causaba miedo a todos los del castillo. —Se mordió el labio—. Aunque era mi hermano y yo siempre lo había justificado. Era listo, divertido cuando fingía, hubo épocas en las que llegó a engañarnos. Si se lo proponía podía ser maravilloso, convertir los días en algo increíble, hacer soñar a todo el mundo con sus palabras.

—Lo querías, es normal. No te culpes por ello.

—¿Cómo no hacerlo? No lo entiendes, yo pude detenerlo, preferí obviar lo evidente. —Se soltó y avanzó hacia la ventana, temí que en un impulso se lanzara por ella, precipitándose al vacío, perdiendo la vida cuando volvía a tener algo que merecía la pena.

—No me asustes. Ahora tienes alguien que te aprecia. —Ella se giró y asintió, estaba llorando—. Yo te aprecio.

—Nadie se percataba de sus andanzas, yo tampoco quise hacerlo, pero era inevitable. Veía las manchas de sangre, siempre faltaba alguien al día siguiente. Su humor mejoraba tras aquellas salidas e incluso llegué a justificarlo. Si por cada salida había varios meses de prosperidad no podía ser tan malo, ¿cómo pude pensar eso? No creí que los matara, me negaba a pensar tal cosa, sin embargo...

—Eras una niña.

—Pude decir algo. Una vez lo intenté, me presenté en la sala de mi padre, la misma que usaban para guardar los documentos importantes. —Cerró los ojos y tembló. Se abrazó a sí misma—. Él estaba allí, me miró y supe que conocía mi secreto. Aquella noche descubrí por primera vez su verdadero rostro.

—Permíteme abrazarte. Déjame consolarte, no tienes por qué pasar por esto sola. —Me ofrecí desde el fondo de mi corazón.

—Mató a la mujer de tu marido cuando se enteró que estaba embarazada, yo lo supe varios días antes. De nuevo guardé silencio y ahora he de vivir con ello —confesó cansada, tocándose la frente. Los remordimientos podían ser el mejor de los venenos, torturándola a cada segundo, sin permitirle descansar.

—Tenías miedo...

—La única vez que traté de hablar, de hacer lo correcto, él me ató a una cama. Durante toda una noche me metió la cabeza en un barreño hasta estar a punto de ahogarme, siempre a las puertas de la muerte. Me ahogaba sin descanso, sin darme tiempo a reponerme, temí que jamás fuera a terminar. —Se dejó caer en el suelo—. A la mañana siguiente no había marcas, estaba igual, nadie podía apreciar lo ocurrido, solo mi voz era diferente. Creyeron que había enfermado.

Un sonido a mi espalda me hizo girarme para darme de frente con Tormod. Su gesto era indescifrable, pocas veces me ocurría. Me interpuse, él me apartó y se aproximó hasta aquel bulto que antes era una mujer y ahora un animal herido.

En dos zancadas se colocó sobre ella, con su mano agarró su cuello y la levantó. Toqué su brazo sin comprenderlo, él no era así. La acercó a la ventana demostrando una fuerza descomunal.

—Pudiste haberlos salvado. Mi hijo, mi mujer. —Nimue no quiso defenderse—. ¡Di algo!

—Pude hacerlo, debí hacerlo —reconoció ella.

—Eran mi mundo, no merecían lo que ocurrió. La degollaron, sufrieron... —Los dedos de Tormod apretaron un poco más, temí por ella.

—Tormod, por favor. Cariño, escúchame... —supliqué yo. Ella no era la culpable, tenía que verlo, reaccionar a tiempo.

—No sufrió. —Me quedé en silencio mirando a Nimue. Tormod se detuvo, sin llegar a bajarla—. Le di unas hierbas para que no sufriera —repitió.

—¿Por qué? Te habría protegido. —Y aunque amaba a mi esposo supe que era un ingenuo. Ella puso voz a lo que yo pensaba.

—Nadie habría podido impedir que me atrapase. Incluso ahora temo que logre aparecer en cualquier momento, nada más importa. —Nimue giró el rostro, observó aquella caída sin miedo, una sonrisa tranquila y conforme—. Es justo, no tienes por qué sentirte culpable. Quizás así ambos hallemos tranquilidad.

—¡No! —aullé, él no se movió.

—Es lo que deseas, estás rota por dentro —siguió hablando Tormod concentrado en ella—. Sufres.

—Lo hago. —Nimue apoyó sus manos en las de Tormod. La dejó sobre el suelo. —He olvidado cómo era, no sé decidir por mí misma. Ya no recuerdo cómo es ser libre y eso me hace sentir más miedo.

—Ahora no eres libre, eres una MacLeod. Aprenderás sobre hierbas y formarás parte de las mujeres que atienden a Annya. —Sonreí orgullosa por la decisión de nuestro laird.

—¿Por qué? —Nimue sentía que era demasiado bueno para ser verdad, ahora, cuando miraba de reojo a la ventana. Ví pavor.

—Calmaste su dolor, a pesar de saber lo que ocurriría si te descubrían. Lo siento. —¿Se estaba disculpando con ella? ¿Con la hermana del asesino de su familia?

Se giró y entrelazamos nuestros dedos. Nimue sonreí mientras se pasaba los dedos de manera tierna por el cuello, no llegué a comprenderla del todo. Descendimos como dos amantes que se dirigen al fin de mundo, aunque en nuestro caso era un río a pocos kilómetros de allí.

Usamos un único caballo, sus manos envolvían mi cintura. Durante un rato solo me apoyé en su pecho. La brisa acariciaba mi cabello, el sol calentaba nuestra piel.

—¿He hecho lo que deseabas? —Y me pregunté cuál habría sido mi decisión.

—Todo.

—¿Eres feliz?

—A tu lado, con todos aquellos que están rotos —concluí recordando sus palabras—. Es un clan de almas heridas.

—Nuestro clan.

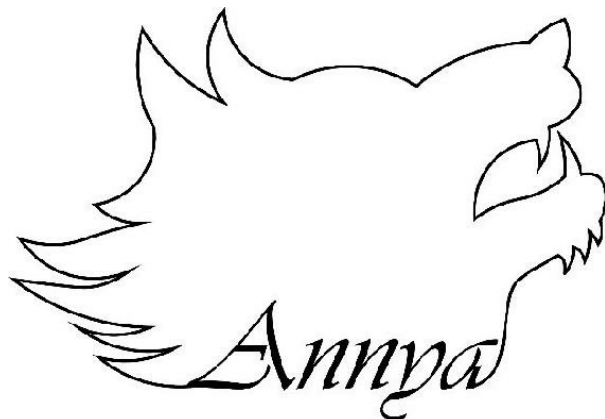
Llegamos y descendí de un salto. Cas estaba en aquel lugar, podía sentirlo.

—Hola amigo —susurré abriendo los brazos y arrodillándome. Sin embargo, Cas ya no estaba solo. Ahora él había avanzado y una hembra de pelaje plateado apareció tras él. Acaricié su pelo,

lo olí, sonreí sumergiendo la cara en él—. ¿Cómo sabías lo que necesitaba? —Tormod rio con ganas.

—¿Más de dos días lejos de tu lobo? Intuición, scáthach.

2 años más tarde



Una celebración en toda regla. El alcohol y la comida eran abundantes. En aquella inmensa sala estábamos todos, nadie había dejado pasar la oportunidad de celebrar a mi lado el primer año de vida de Malcom. Era un niño fuerte, decidido, independiente, deseé que fuera justo. Algún día tendría en sus manos demasiado poder para una sola persona, pero no era el momento de pensar en eso. Besé su frente antes de dejarlo marchar a jugar con otros niños.

Yvaine se sentó a mi vera.

—¿Cómo están todos? ¿Felices? —la interrogué mirando a los niños jugando, a Aila en una esquina sin quitarles los ojos de encima —¿Y Aila? ¿Sigue odiándome?

—No te odia, tampoco puede olvidar. Era su hijo.

—Estaba muerto, Yvaine. Yo le di algo por lo que continuar. —Eso era lo que les contaba a los demás, por dentro no era exactamente igual—. ¿Algún día podrá entenderlo?

—Ya lo hace, a su manera te respeta. Dale tiempo. —Asentí girándome lentamente hasta quedar frente a frente con Yvaine.

—Nunca pedí la responsabilidad, pero ahora sois de mi familia. —Ella me abrazó y me dejó consolar.

—Todo está bien, sucedió lo que estaba escrito. Ahora mi hijo es feliz, Aila tiene a Annabella, por cierto, ¿no te sorprende la elección de nombre?

—Es posible que lo haya pensado.

—Todos lo hemos dejado atrás, estamos juntos. Los pequeños son los que olvidan antes.

—Yo aún tengo pesadillas —reconocí.

—No deberías. —Y mientras hablaba tomó mi rostro y lo giró para que viera a padre e hijo jugar con dos diminutas espadas de madera. Algo me decía que había traído al mundo a otro highlander testarudo—. Ellos son tu premio, Dios ha sido benevolente y justo.

—Nimue se ha marchado, dijo que debía conocer mundo, tratar de olvidar.

—Quizás es lo mejor. —Yvaine se había convertido en mi gran apoyo, alguien que conocía cada rincón oscuro de mi mente y con la que podía conversar largo y tendido.

Tormod vino corriendo y me alzó al tiempo que Malcom apresaba mis faldas.

—¡Es mía! —gritó el padre.

—¡No, mía! —repuso el hijo. ¿Yo? Miré a Yvaine y sonreí feliz. Inmensamente feliz.

Y encontré mi lugar, uno en el que mi pasado no existía, para ellos era Anya, una campesina sin importancia que logró enamorar al laird. Cuando me miraban no sospechaban los secretos que, todavía, guardaba en mi interior. Ellos siempre vieron a un sencilla y orgullosa mujer.

Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A_R_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCID

Os espero...